



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

**“En la calle nunca dejaba de ser mujer”:
Experiencias de familia y género en
mujeres que han vivido en calle en la
ciudad de Bogotá**

Laura Piedad Santamaría Osorio

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Trabajo Social
Bogotá, Colombia
2018

“En la calle nunca dejaba de ser mujer”: Experiencias de familia y género en mujeres que han vivido en calle en la ciudad de Bogotá

Laura Piedad Santamaría Osorio

Tesis o trabajo de investigación presentada como requisito parcial para optar al título de:
Magister en Trabajo social, con énfasis en familia y redes sociales.

Directora:

Mg. Carolina Rodríguez Lizarralde

Codirectora:

Ph.D. Eucaris Olaya

Línea de Investigación:

Familia y Procesos sociales

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Trabajo Social

Bogotá, Colombia

2018

A ellas, quienes me motivan a abrir la mente, el corazón y el espíritu, que me permiten verme en sus ojos, sus cuerpos y sus narraciones. Ellas son el despliegue de lo impensado y real en un solo espacio. Miles de historias trazadas por la valentía y el gozo de ser mujeres donde lo deseen, vivir en calle.

A ellas, mi madre y mi hija, constantes e incondicionales, aguantan a este ser que todos los días desvaría entre todos sus roles. Estoy consciente de transformar y ser mejor, para cuidarnos y sostenernos con amor.

Multiplicarlo en otras, es nuestro deber.

Agradecimientos

Gratitud al espacio, al programa y al servicio que provee el Instituto Distrital para la Protección a la Niñez y a la Juventud (IDIPRON). Con ellos y ellas, y durante el tiempo que estuve allí, no sentí otra cosa que no fuera agradecimiento, al camino y a la vida misma que me guió a conocer sus historias, a brindarme la oportunidad de compartir, de aprender y de acompañar desde la sencillez de ser seres humanos. Este lugar no sólo atiende niñas, niños, adolescentes y jóvenes excepcionales, llenos de atributos, si no que quienes trabajan allí, lo realizan con la convicción del cambio social, cultural y estructural que muchos soñamos. A ellos y ellas, gracias por permitirse existir desde ese lugar.

A Carolina, directora, investigadora, compañera y cómplice. Ambas creemos en la oportunidad que brindan estos proyectos y, desde nuestra propia energía femenina, reconocemos con amor los desafíos de ser mujeres. Gratitud por tu compañía, entereza e incondicionalidad que me ayudó a sacar esta investigación a la luz.

Una mención especial a Eucaris, quién acepto el desafío de acompañar este proceso y con su mirada constructiva enriqueció mi visión. Política, feminista y lidereza de este proyecto curricular, muchas gracias.

Resumen

En esta investigación se presentan las narraciones y exploraciones artísticas de mujeres jóvenes vinculadas a la Unidad de Protección Integral el Oasis II del IDIPRON. A partir de sus experiencias, relaciono tres constructos teóricos que enriquecen la investigación: 1) Sus nociones de familia, intención de conformarla y formas familiares desde o en la calle; 2) el proceso de socialización de género en familia y en calle, y 3) una descripción de los entornos donde conviven. A lo largo del análisis, me cuestiono y me debato entre los términos en que se percibe la familia, el género, los dilemas entre lo público y lo privado, y el lugar de las mujeres que viven en calle. Mi postura está atravesada por el construccionismo social y con ello, el ser mujer joven con familia, de género femenino, que transita la calle.

Palabras clave: Mujeres, conformaciones familiares, género, habitante de calle, narraciones, exploraciones artísticas.

Abstract

“Experiences of family and gender of women whom have lived on the street in the city of Bogotá”: presents the narrations and artistic explorations of young women linked to the Integral Unit of Protection Oasis II - IDIPRON. Based in her experiences, I relate three theoretical constructs that nourish the research: 1) Her notions of family, how they build it and what are the family forms from or on the street; 2) I generate an approach to the process of socialization of gender in the family and into the street; and 3) I describe the environments where they coexist. In this process, I question myself and I debate between different terms how family is perceived, the construction of gender, the dilemmas between the public and the private space, as well as the role of the women who live on the street. My position is crossed by social constructionism because of being a young woman with a family, a female gender identity that transit the street.

Keywords: Women, family conformations, gender, homeless, narrations, artistic explorations.

Contenido

	Pág.
Resumen	<u>V</u>
Abstract	VI
Contenido	VII
Lista de figuras	IX
Lista de tablas.....	X
Introducción	11
1. La fragmentación en las investigaciones del habitante de calle, las familias y las mujeres que circulan el espacio callejero.....	23
1.1 Generalidades conceptuales, históricas y prácticas de la población habitante de calle	27
1.2 Acerca de las familias y las conformaciones familiares.....	34
1.3 ¿Son la violencia intrafamiliar, el maltrato infantil y el abandono afectivo los agentes expulsores del hogar?: Lo repetitivo en las investigaciones.....	40
1.4 Experiencias particulares de la mujer en calle.....	42
1.5 El IDIPRON y su actuar sobre el goce efectivo de derechos de NNAJ.....	50
2. Acerca del método	55
2.1 Sobre el espacio y las participantes.....	59
2.2 Talleres reflexivos y diarios de campo.....	63
2.3 Productos.....	69

2.4	Descripción de las sesiones.....	72
3.	Análisis y resultados	75
3.1	“La gente piensa que, porque uno está así, no tiene familia”: La conformación familiar.....	76
3.1.1	Como proceso de individuación.....	90
3.1.2	Como proyecto de vida.....	93
3.1.3	Sobre la atribución a las relaciones.....	96
3.1.4	Determinantes psicológicos	98
3.2	“Entonces fue así como pude sobrevivir”: Socialización de género en la familia y en la calle.....	105
3.2.1	Socialización de género en la familia.....	109
3.2.2	Socialización de género en la calle.....	119
3.3	Una casa más cerrada que... las cerraduras que tiene este lugar”: Entre la casa, la calle y la institución.....	127
4.	Conclusiones y recomendaciones	146
4.1	Conclusiones.....	146
4.2	Recomendaciones.....	156
A.	ANEXO: Diario de campo. Sesión 0: Volver a la unidad	157
B.	ANEXO: Sobre la violencia en nuestros cuerpos	159
C.	ANEXO: Cuando salí a caminar en la noche	161
D.	ANEXO: ¿Por qué le doy miedo a esa chica que anda sola por la calle?	162
	Bibliografía.....	165

Lista de figuras

	Pág.
Figura 1- 1. Atención de los NNAJ de acuerdo a su edad y situación.	52
Figura 3- 2. Exploración artística construida por Alana y Bianca.....	81
Figura 3- 3. Exploración artística construida por Elena.	84
Figura 3-4. Exploración artística construida por Karina	95
Figura 3- 5. Exploración artística construida por Cristopher.	97
Figura 3- 6. Exploración artística construida por Cristopher.	98
Figura 3-7. Exploración artística construida por Lila.....	102
Figura 3- 8. Exploración artística construida por Helen.	114
Figura 3- 9. Exploración artística construida por Naomi.	115
Figura 3- 10. Exploración artística construida en Luna Park.	120
Figura 3-11. Exploración artística construida por Oriana.....	127
Figura 3-12. Exploración artística construida por Paloma.	130
Figura 3-13. Exploración artística construida por Cristopher.	132
Figura 3-14. Exploración artística construida por Helen.	133
Figura 3-15. Exploración artística construida por Gali.	137
Figura 3- 16. Mapa construido por joven del IDIPRON.	140
Figura 4-17. Sobre mi cuerpo y algunas preguntas que me hice.....	155
Figura 4-18. Cuando releí mis diarios y quise concluir.	155

Lista de tablas

	Pág.
Tabla 1-1. Listado de investigaciones	24

Introducción

“Más de la mitad de la humanidad sean hombres o mujeres, vive aplastada por el sufrimiento. El sufrimiento de la pobreza, la desnutrición, la enfermedad, la falta de educación, la explotación. Pero el sufrimiento de haber nacido mujer agrava todos los demás problemas”

Ockrent, El libro negro de la condición de la mujer, 2007

En diciembre de 2015 estallaron los medios de comunicación con la noticia del Monstruo de Monserrate, un asesino serial que mató con sevicia a más de 11 mujeres que vivían en calle, de edades entre los 18 y 22 años, dejando sus cadáveres alrededor del cambuche en donde residía, y lo inconcebible para mí, es que nadie denunció -nadie abogó por los nombres de estas extrañas-. De acuerdo con Cruz (5 de Diciembre 2015) este asesino veía a las mujeres como objeto de placer y luego de acceder a lo deseado, concluía matándolas.

Si bien el vivir en calle es decisión de mujeres y hombres: ¿Qué tan seguro es este espacio para las mujeres que deciden estar en ella? Y ¿qué relaciones existen entre esta noticia y lo que viven en calle?

Esta investigación plantea que los encuentros significan y resignifican los tejidos sociales que han sido invisibilizados en un panorama que no ha privilegiado las voces de mujeres que viven en calle, que no logra dimensionar sus motivaciones reales y que están lejos de dignificar las condiciones de las mujeres. Así como no se ha logrado concebir o consolidar una categoría de familia desde y en la calle, muy distinta a la que se planteó como ideal-tradicional y a la escrita en la Constitución Política de Colombia de 1991.

Esta reflexión hace parte de la temática en la que quiero profundizar, una población que ha sido vista desde el margen, como un fenómeno periférico que revela los límites y arbitrariedades del orden social, los nuevos espacios y las nuevas formas de generación

de conocimiento. De acuerdo con Torres (2006), priorizo una investigación desde el margen en cuatro aspectos: 1) se rescata el lugar central del sujeto y su subjetividad, 2) se detectan las problemáticas predominantes con prácticas sociales emergentes que definen los nuevos campos de conocimiento, 3) se incorpora lo cultural, las identidades y las subjetividades colectivas, y 4) se reconoce las construcciones sociales y colectivas.

Durante este escrito se exponen algunas de las razones para que haya una problemática de doble condición social¹, que impide la igualdad y garantía de sus derechos (Ochoa, 2008), y que serán objeto de análisis en esta investigación:

Fernández (1993) plantea que, desde la teoría de Aristóteles se establecía que la vida en la *Polis* es superior a cualquier otra y el Estado es el lugar donde se puede lograr esta participación. Con esta denominación surgen dos categorías: las personas que naturalmente gobiernan y otras que naturalmente serán gobernadas, entre ellas se clasificaron las mujeres, los niños, los esclavos, los mecánicos y los trabajadores, que, si bien son necesarios para el funcionamiento del Estado, son “hacedores” y no “tocadores” de flauta en términos aristotélicos. En los hombres, libres, adultos y varones, quedó la tarea de producción en lo público, sujetos de la *Polis* con capacidad de opinar e incidir en los contextos sociales, mientras que en las mujeres el mundo privado-apolítico. En el desarrollo de esta dualidad público-privada quedan expuestos los lugares secundarios donde se realiza la mujer: inteligencia/intuición, palabra/emoción, poder/afecto, producción/consumo, eficacia/donación.

Las mujeres hemos sido históricamente asociadas a la familia, al desempeño en el hogar y a la crianza de los hijos, y con ello se ha justificado su esclavitud y dominación durante siglos. Cuando se legitima este dominio se determina que quienes participan del Estado pueden incidir en el contexto social, mientras que mujeres, niños y hombres con dificultades económicas, no puedan hacerlo.

Ese mundo privado en el que nos seguimos desarrollando se especializa en la racionalización de los sentimientos, la intimidad y las relaciones de afecto, que, desconociendo su importancia, lo clasifican como un “mundo de retaguardia, marginal y

¹Se entiende doble condición social en la medida en que se es mujer –enfoque de género- y decide vivir en calle –enfoque de derechos-.

subalterno” (Fernández, 1993). No solo se da por sentado que las mujeres permanecemos en esa “inferioridad”, sino que el matrimonio, la familia y los hijos están naturalmente asociados y a cargo de nuestro quehacer.

Lagarde (1997) plantea que existen cinco cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas, todas con vinculación al terreno privado por coacción. Sin embargo, el más relacionado con este argumento es el cautiverio de la madre esposa. Este es el estereotipo que más incide en la lógica social y al cual se atribuye la “normalidad” de nuestro sexo. Se argumenta que así no se tenga hijos ni esposo, la función del materner es natural y por tanto “maternalizamos” de manera simbólica, económica, social, imaginaria y afectiva, con tendencia a la “especialización política como entes inferiorizados en la opresión, dependientes vitales y servidoras voluntarias de quienes realizan el dominio y dirigen la sociedad” (pp. 365). En la misma medida, la *madre* representa una institución histórica, clave en la reproducción de la sociedad, de la cultura y de la *hegemonía*, y en la realización del ser social de las mujeres. Es así que se vuelve custodia del orden imperante en la sociedad y en la cultura, como también lo planteó Aristóteles.

Ahora bien, Lagarde (2001) define que la figura de la esposa no se puede desligar de la concepción del matrimonio, el cónyuge y su finalidad más clara: la familia. La conyugalidad implica la procreación y fundación de la familia, pero además ha sido pensada desde las normas sociales y culturales que reproducen la asimetría genérica entre cónyuges. Es decir que se espera que: a) de edad la mujer sea menor en la relación, b) tenga menos conocimientos reconocidos que los hombres, c) sea económicamente dependiente, d) a nivel erótico que deba ser virgen, casta o con menor experiencia o destreza sexual, e) física, que sea de menor estatura, constitución corporal más delicada, más sana y no tener incapacidades físicas e intelectuales, y f) de personalidad más acogedora, dependiente, obediente, entre otras. No olvidemos que el matrimonio legalizó la heteronormatividad en las relaciones.

El lugar fundacional de la familia, como se venía exponiendo anteriormente, da lugar a la división sexual del trabajo propuesta desde Marx y reiterada por Lévi-Strauss (1956) que infiere la adopción de un orden original/natural de la familia. Estos planteamientos restringen de allí en adelante, los quehaceres de acuerdo a los sexos –división entre mujeres y hombres-, pero también generacional –adultos, distinto de niños- y social –

estratos socioeconómicos. El trabajo doméstico categorizado para mujeres adultas es heredado a las niñas y, por tanto, hace parte de su socialización desde pequeñas, mientras que el trabajo de los hombres es visto como una colaboración.

Estos requerimientos que han sido estructuralmente impuestos con fines económicos, políticos y como mecanismos de poder, han transgredido los deseos de igualdad que queremos para las mujeres, y aun cuando seguimos en el propósito de alcanzar un equilibrio, se suscitan otras dificultades para la mujer actual. En este punto vale la pena aclarar que estas situaciones han cambiado, que ahora el voto, el estudio y el trabajo hacen parte de la cotidianidad de ambos sexos, sin embargo, los cambios siguen siendo recientes y no son posibles para todos, a costa de condiciones económicas y estructurales. En Colombia, podemos acceder a la educación superior desde 1934 y hasta 1957 podemos ejercer nuestro derecho al voto, sin desconocer que persisten las brechas salariales y la inequidad laboral entre hombres y mujeres (Revista Semana, 20 Abril 2018).

Sin embargo, habiendo destruido algunos imaginarios del mundo público, todavía nos pesa que debemos coexistir entre las funciones del trabajo remunerado y el trabajo invisible doméstico, “el que se hace por amor” (Fernández, 1993), mientras hemos estado denunciando la violencia intrafamiliar, la violencia de género, el maltrato infantil, el acoso laboral, el abuso sexual, los feminicidios, entre otras, donde se evidencia la injusta inequidad. Es entonces donde vale la pena decir que las mujeres y los niños tenemos agenda pública y nuestra participación es tan importante como la de los hombres del Estado.

Por esto, surge como punto articulador de esta investigación las mujeres que conocen la experiencia de vivir en calle, como aquellas que irrumpen el mundo público para vivir en él y exponen sus motivos para no permanecer en el espacio casa, lo privado.

El “VII Censo de habitantes de calle” realizado en Bogotá en el 2017 halló que, de 9.538 personas encuestadas, 1.061 son mujeres y 6 intersexuales (DANE & Secretaria Distrital de Integración Social, 2018). Esto quiere decir que solo 11.1% de habitantes en calle son mujeres, mientras que 88,9% son hombres. Ante la pregunta de su orientación sexual el 94,6% respondieron heterosexual, 1,7% homosexual, 1,6% bisexual, 0,5%% no sabe, 0,6% no responde y 1% sin información. El estudio de Parches y Cambuches (2015) de

la Secretaria de Integración Social caracterizó 3.531 personas. De ellas, 3.254 personas representan el 92,2% que son hombres y 264 son mujeres, que corresponden al 7,5% del universo muestral. En cuanto al género, el 9,2%, 325 personas se consideran del género femenino y el restante 89,9% de la población en el género masculino. Llama la atención que la categoría género fue retirada durante el censo 2017 de Bogotá.

En el resto del país, y de acuerdo a la información que se ha logrado recolectar – estudios censales hay muy pocos-, se siguen sorteando proporciones parecidas entre mujeres y hombres. El Centro de Estudios de Opinión (2009) desde la ciudad de Medellín reportó 3.381, el 69,8% corresponde a hombres y el 30,2% a mujeres. En Cali, el censo realizado por el DANE, Alcaldía de Santiago de Cali & Fundación FES Social (2005), se encontraron 1.975 personas que son habitantes de la calle, el 86,2% son hombres y el 13,8% son mujeres. Aunque no existe un censo formal en la ciudad de Bucaramanga, los programas de atención han logrado ofertar sus servicios a 1.366 habitantes de calle, de los cuales 1.165 son hombres y 201 son mujeres (Nuñez, s.f).

En otros países como Argentina, el último estudio (Rosa, 2010) arroja 1.287 personas adultas, donde el 75% son hombres solos, el 15% son mujeres solas y el 9% son familias (La categoría de estudio *Familias* será un punto interesante de discusión y de diferencia con respecto a las investigaciones que se llevan a cabo en nuestro país). En Sao Paulo-Brasil Boehm (22 de Abril de 2016) revela que el último estudio censal ha reconocido a 15.905 personas viviendo en situación de calle y un predominio de población hombre con un 88% y de mujeres un 12%.

Como es visible en las cifras la correlación de sexos en calle, varía entre 5% al 30% son mujeres, 70% al 95% son hombres, mientras que un porcentaje mínimo se reconoce como intersexual. Esta información brinda un panorama más amplio de información de la que se lee a través de las cifras y su relación está dada por el reconocimiento de las dinámicas y formas distintas en que se vive la calle en el cuerpo de la mujer.

La calle, como lugar público, ha sido pensada con predominancia masculina y se le ha otorgado una orientación: la heteronormatividad. Preciado (2008) identifica el espacio público como un lugar de debate, que organiza y produce un discurso visible socialmente que normaliza cuerpos con el fin de: 1) minimizar la aparición de todo cuerpo potencialmente desviado, donde la sexualidad se convierte en dominio privado; 2) que el

espacio público sea un espacio de producción de masculinidad heterosexual que tiende a ocultar la feminidad y la homosexualidad, las vuelve periféricas en el espacio, y produce placer, derivado de la segregación de otros.

La calle es recorrida por cualquiera y es relatada en las historias de quienes la transitan, pero es habitada por pocos y es elección de vida. Ahora, las preguntas siguen allí ¿Quién quisiera vivir en calle? O ¿Por qué se piensa que el hacerlo es algo fuera de lo común? La imagen que tenemos de la calle suscita las problemáticas de venta y consumo de sustancias psicoactivas, delincuencia y robo, prostitución, trata de personas, muerte y un sinnúmero de hechos asociados a lo que transmiten los medios de comunicación, el discurso público y las narraciones de la gente.

Permanecer en casa aparece como un indicador moral que distingue a las mujeres ‘virtuosas’, ‘bien enseñadas’, de las que ‘se criaron en la calle’ (Gentile, 2008). La casa es el lugar donde nos podemos proteger de los riesgos, es el resguardo de lo rutinario y previsible. El espacio por normatividad de los sujetos más vulnerables y dignos de protección: mujeres y niños. Si como mujer te atreves a salir a la calle, te expones al abuso, a ser tratada como prostituta –mujer de ningún hombre- y tener tu sexualidad a disposición pública. En palabras de Hita (1997, citada en Gentile, 2008, p. 159):

“El ‘mundo de la calle’ sería legítimamente atravesado por la mujer cuando fuera una extensión de la casa, para ir a trabajar o visitar parientes. De otra forma, su presencia en la calle no es bien vista por la moralidad popular”.

Lo irónico de esta situación es que, de acuerdo con las investigaciones, los problemas familiares –o problemas en casa- influyen en la idea de vivir en calle y que hacerlo garantiza una mejor calidad de vida. Nicoló (2000), Grajales (2013) y Gentile (2008), en estudios de Colombia y Argentina, demostraron que el acoso/abuso sexual, las distintas formas de violencia, el embarazo o el rompimiento con la pareja son causales para tomar esta decisión. Es así que la casa no parece ser un lugar de resguardo –para evadir los riesgos de ser mujer o las violencias basadas en género-, pero tampoco parece serlo la calle y vale la pena que me pregunte: ¿Qué tanto estar en calle nos da libertad para elegir sobre nuestra vida personal, laboral y socio-familiar? Y ¿Qué tanto limita nuestro quehacer?

Pese a que existen estos rezagos de información, aún los discursos sociales y científicos no visualizan formas familiares que se estén dando en calle y permanezcan en ella. Asuntos que son vagamente abordados en los estudios y que han buscado individualizar a los sujetos habitantes de calle, como sujetos aislados y sin familia, donde hemos creído que para que haya familia se debe compartir el mismo espacio y debe haber convivencia.

Se debe tener en cuenta como estos asuntos dialogan con las categorías conceptuales descritas principalmente por la política pública y la intervención social actual, las cuales definen al habitante de calle. La Ley 1641 de 2013 Artículo 2 (Congreso de la República de Colombia, 2013) lo define como una persona sin distinción de sexo, raza o edad, que hace de la calle su lugar de habitación, ya sea de forma permanente o transitoria. Acorde con la muestra de este estudio, son ciudadanas habitantes de la calle en servicios de atención especializada, que quiere decir que hacen parte del circuito al que puede acceder la población habitante de la calle y su institucionalización tiene un carácter voluntario (DANE & Secretaria Distrital Integración Social, 2018).

Incluso esta Ley y el IDIPRON (2017) mencionan que se prioriza un enfoque diferencial por ciclo vital, cuando son niños, niñas y adolescentes buscando su oportuna y temprana rehabilitación e inserción en la sociedad, a través de su capacitación y posterior vinculación en el sistema productivo social. Sin embargo, en las definiciones conceptuales se omite la categoría familia y generalmente se añade como motivo para iniciar la vida en calle, allí empieza a aparecer la noción de corresponsabilidad como parte del proceso de intervención. Es finalmente el IDIPRON quién está detrás de esta política pública que busca atender y solventar las dificultades del habitante de calle.

Esta indefinición de familia introduce la población de este estudio: mujeres que han vivido en calle, quienes socialmente parecen no tener lugar en la familia o no son concebidas como mujeres con familia. Su cuerpo es puesto como disposición pública y a conveniencia de muchos –instituciones, profesionales, hombres habitantes de calle y mujeres- nunca estuvo en lo privado, no tienen pasado, hermanas/os, hijas/os, progenitores, compañero y así es más fácil pensarlas. En la retórica de los modelos intervencionistas y en los mismos estudios censales, el habitante de calle siempre es: (1) Una persona vencida por el consumo de sustancias psicoactivas que hay que ayudar a

“dejar vivir” o “hacer morir”, o (2) una persona que proviene de un entorno con conflictos y dificultades familiares.

Así es como nace la lectura que hago de la categoría familia, que empieza por reconocerla cambiante, multiforme y de poco ajuste. Se edifica un pluralismo reconocido por las investigaciones sociales, las políticas públicas, los nuevos enfoques teóricos y finalmente quienes viven en familia. Sigo los postulados de Beck-Gernsheim (2002) en la “Reinvención de la familia” cuando afirma que la biografía individual está hecha de varias familias y su forma se pacta diariamente a través de sus vínculos, su calidad y su duración, así como puede también renovarse y reconstruirse constantemente. Puyana (2014) afirma que existe multiplicidad de formas de conformación, vínculos, deseos y significados al que podríamos llamar familia.

Sin embargo, la familia está limitada por las creencias, mapas y premisas que se tienen acerca del mundo (Zapata, 2004) y estas son las que definen la forma en que la vamos a vivir, haciéndolas parte de un proyecto de vida y de proceso de individuación. Mantenerse en cierta forma dependerá exclusivamente del empeño, el cuidado y la disposición de sus integrantes, quienes validan la importancia que tienen las relaciones y ciertos valores que hacen más posible la consolidación de la forma familiar (Milfont, Gouveia, & Costa, 2006).

La problemática puede ser más compleja cuando pensamos que es posible que exista una familia desde la calle y no en el resguardo de lo privado. Algunos estudios identifican formas familiares que subsisten en calle y surgen sin la necesidad del espacio casa.

Por ejemplo, Granados (1976) y Muñoz & Pachón (1980) revelaron cómo la movilización del campo a la ciudad y la condición de desplazamiento forzado reproduce familias enteras en calle que se adaptan a esta dinámica, o también suele darse en grupos de hermanos. En otro contexto, se identificó que mujeres que viven en calle, tienen hijos que con el tiempo elijen habitar la calle (Nicoló, 2000) y que quienes quedan en embarazo y son madres desde este espacio adquieren un estatus social más valorado por otros grupos, obtienen simpatía y mayor cantidad de recursos (Gentile, 2008). Tampoco puede desconocerse que, de acuerdo a las evidencias, las mujeres suelen mantenerse en contacto con las familias de origen, más que los hombres.

Se vuelve una categoría vital para esta investigación el género y la socialización que se hace de éste en familia y en calle. Se entiende el género como el mundo de representaciones históricas que son socialmente construidas en torno al comportamiento y el deber ser de cada sexo (Valencia, 2011), incluye actitudes, normas y creencias de lo que es apropiado (Montaño, 2014) desde las actividades más pequeñas hasta las más amplias. Es decir, desde la forma en qué se debe dar afecto hasta las formas en que se debe dar un discurso público. El género constituye una parte importante de la identidad, y es influido por la diferencia anatómica y sexual, la pertenencia étnica, la ubicación socioeconómica, las creencias religiosas, la postura política y el deseo sexual.

El género es habitualmente socializado por la familia y por personas que se definen en el mismo género, es decir que se aprende a ser hombre o mujer compartiendo con iguales (Rebolledo, 1998). Sin embargo, si vives en calle desde muy joven y eres mujer, es muy probable que la socialización de género estará a cargo de un hombre –dado que el 90% de la población habitante de calle pertenece a este sexo- y de ahí en adelante cambie lo que se piense y se actué como mujer. Es importante recordar que, como plantea Rebolledo (1998), la socialización de las mujeres suelen hacerse espacios cerrados, casa y colegio, y en hombres en la calle, el bar, el club, la cancha, entre otros.

El interés principal de mi investigación es deconstruir este paisaje, dando cuenta de la riqueza que hay en las narraciones y los trabajos de exploración artística –darle un lugar al lenguaje verbal y no verbal- de mujeres que han vivido en calle en la ciudad de Bogotá D.C y sus nociones que teorizaré en: (1) los procesos de conformación familiar y las formas de vivir familia, (2) la socialización de género en familia y calle, y (3) los espacios de socialización.

Es así que formulo la pregunta de investigación: ¿Cómo viven el ser mujer, habitar la calle y conformar familia un grupo de jóvenes de la Unidad de Protección Integral Oasis II del Instituto Distrital de Protección para la Niñez y Juventud (IDIPRON)?

Cabe admitir que hay un interés personal que nace cuando conocí en 2014 a la población que se atendía en la Unidad de Protección Integral Luna Park del IDIPRON y en el cual trabajé hasta el 2016. Las conocí a ellas, mujeres jóvenes y adolescentes que habitan o habitaban calle. Percibí lo distinto, algo que me costó asimilar. Ellas decidieron salir al terror que para mí significaba, vivir en calle, me mostraron que no sólo hace parte

de una decisión, sino que es una alternativa distinta, donde prefieren asumirse en lo público, con un cuerpo de mujer. Con ellas me enfrento a mis propias formas de familia, a percibir las como mujeres con/en familia, provenientes de unos padres, quizá con hermanos, muchas siendo madres y creando una nueva versión de lo que significa este constructo desde y en la calle, e incluso el espacio mismo.

Con esta investigación pretendo honrarlas a ellas y comunicar, visibilizar y transmitir lo que es escucharlas, construir caminos entre mujeres, para finalmente presentar una investigación que sea proyectada en el discurso científico, social y público sobre las realidades de vivir en calle. Esta labor no sólo versa en el reconocimiento de ellas, sino en lo propio, en el ser mujer que recorre caminos, que crea historias en la calle, en familia y en lo femenino. Implica desmontar mis propias realidades, cuestionarme todos los días, reconocer los discursos religiosos, políticos, sociales y culturales que me influyen, mis creencias y mis verdades, las cuales pongo en juego para reconocer en ellas y en mí, un nosotros de familia y un vivir en calle.

Este texto se encuentra escrito a varias voces y por esto, en muchos momentos quien lo lea lo encontrará polifónico. Aguilar y Fregoso (2013) afirman que los textos académicos pueden insertarse en esta definición, pues seleccionan fragmentos de otras voces que llegan a ser enunciados de una premisa o tesis para fundamentar una argumentación, pero también para realizar los constructos teóricos en los paradigmas disciplinares. En la misma línea, también juega con la intertextualidad y se convierte en un tejido de voces constituido de distintos códigos. Una de las características de la intertextualidad es que el lector/receptor debe identificar las voces que aparecen en el texto, no como estructuras sintácticas, sino como fenómenos discursivos.

Junto a la postura del construccionismo social –donde quien investiga es crucial-, juego constantemente con el lenguaje en que está planteado este escrito. Aguilar y Fregoso (2013) proponen tres funciones del sujeto enunciante:

- Yo soy la autora o sujeto empírico que regula los contenidos discursivos.
- El sujeto de la enunciación o las voces del locutor son de los autores que se citan y que establecen autoridad en la disciplina, también son las paráfrasis, las opiniones o argumentos personales que marcan el estilo personal del texto y

asumen las afirmaciones del mismo. Estas permiten darle un tono de intelectual en mayor o menor nivel.

- El enunciador o sujeto del enunciado que son perspectivas abstractas que expresan una posición, una actitud, una opinión dentro del discurso citado, y permiten exponer los pronombres: yo, nosotros o el impersonal discurso científico.

Cuando finalice el texto, usted descubrirá que detrás de las reflexiones y conjeturas del problema de investigación, queda la sinceridad de la autora y sus sentires más profundos con respecto a las categorías de análisis. Al final, solo soy yo, cruzada por la experiencia de trabajar con ellas.

Este fue el lugar desde el cual me costó hablar sin dejar de sentir como el Otro porque finalmente siempre fui el otro y ellas me lo sabían saber, sentir y comprender. No por eso dejo de ser un lugar honrado, en el que ellas se descargaron como mujeres, madres, hermanas, hijas, trabajadoras, ciudadanas y eso fue muy valioso para mí. El lugar de lo distinto, lo logré a través de que no era la usual o la esperada profesional en psicología o investigadora y esto abrió la puerta para que mis intervenciones tampoco estuvieran guiadas por el “deber ser”. Al contrario, nos hizo sentirnos mucho más conectadas en nuestros diálogos y en otros puntos, nos hizo distanciarnos sobre todo cuando se habla desde factores estructurales (socioeconómicos).

Esto también se fortaleció desde el enfoque de investigación-creación-recreación que tanto mencionaron mis directoras y colegas cada vez que me leían. Nuestro centro era la exploración artística, la metodología estaba abierta a construir en grupo y disentir a través de él, luchando con los patrones estéticos y las versiones que habíamos creado de familia, género, casa y calle, con otros miles que se entretajan entre lo vivido y lo deseado. A veces el evadirlo o negarlo es mucho más fácil, el aclararlo o darle consciencia cuesta un poco más, y allí está la virtud de pensarnos en esas categorías reales.

Gracias a ellas es que puedo pensar estos análisis. Ellas que salen al margen en una sociedad que homogeniza el pensamiento, la acción y la palabra, que enaltece a quienes se acoplan a los esquemas y las normas, y segrega, enajena y entorpece las nuevas realidades y las nuevas formas. Descubrir que nuestras historias están llenas de

particularidades/singularidades más que secuencias de causa-efecto, enriquece cualquier historia de vida que quiera ser leída, incluso la propia se amplía su nivel de entendimiento-consciencia. Un llamado para que no sea tan fácil juzgar y si, cuestionarse.

A partir de allí, se exponen los objetivos de esta investigación:

Objetivo general

Analizar las experiencias de familia y género de un grupo de mujeres jóvenes de la Unidad de Protección Integral Oasis II del IDIPRON, quienes han vivido en calle en la ciudad de Bogotá.

Objetivos específicos

- Develar las formas familiares desde y en la calle, y la intención de mujeres jóvenes por conformar familia.
- Narrar las experiencias de socialización de género en el entorno familiar y callejero de este grupo de mujeres.
- Entender las variaciones que existen entre casa, calle e institución como espacios de socialización de género.

1. La fragmentación en las investigaciones del habitante de calle, las familias y las mujeres que circulan el espacio callejero.

El presente estado de la cuestión surge de la revisión documental de treinta textos científicos, obtenidos a través de las bases de datos del SINAB de la Universidad Nacional de Colombia, algunos productos de trabajos de pregrado y posgrado, estudios investigativos compilados en libros y artículos indexados en revista. Otros fueron obtenidos de bases de datos como Redalyc y Scienti. Entre estos se reconocen estudios internacionales de Estados Unidos, Argentina, Brasil, Guatemala, Panamá, México y República Dominicana, y otros aplicados en el territorio colombiano, cuyas principales zonas son Bogotá, Bucaramanga, Medellín, entre otros.

En general, se advierte un interés de jurisprudencia, ciencias políticas, sociales y humanas por investigar el fenómeno de habitante de calle, así como algunos acercamientos de política social y del Estado que develan su preocupación. Algunos enfoques de estudio se han especializado en visibilizarlos como ciudadanos, otros con miras a descubrir alteridades, deficiencias o trastornos causales del fenómeno, preocupaciones por su salud física o mental, recorridos históricos y formas de intervención. Por otro lado, se advierte un desconocimiento de la diversidad de experiencias que existen en calle, especialmente en la trayectoria de mujeres, donde todavía existe la invisibilización de sus prácticas y sus cuerpos.

También se recalca un interés disperso y ocasional que parece estar lejos de comprender la complejidad del fenómeno, así como la dignificación y el reconocimiento de los derechos fundamentales de los habitantes de calle.

Se relaciona en la Tabla 1-1 un listado de los textos que fueron tomados en cuenta para este apartado de la investigación:

Tabla 1-1. Listado de investigaciones

#	Autor (es)	Título del trabajo	Fecha de publicación
1	Ballesteros, G.	Psicopatología del gamín bogotano	1968
2	Barreto, J. & Puyana, Y.	Sentí que se me desprendía el alma: Análisis de procesos y prácticas de socialización	1996
3	Bixler, R.	Aculturación de niños desadaptados de la clase media mediante los cuidados de un instituto	1965
4	Cámara de Comercio	Habitantes de la calle: Un estudio de El Cartucho en Santa Fe de Bogotá.	1997
5	Childhope	Hacia donde van las niñas y adolescentes víctimas de la pobreza	1990
6	DANE-IDIPRON	Mujeres con hijos habitantes de calle: Estudio de caracterización	1999
7	Gentile, MF.	Ser niño o niña y 'estar' en la calle. Género y sociabilidad.	2008
8	González, M., Blandón, D., Quiceno, J., Giraldo, A. & Forero, C.	Habitar los puentes: vida y muerte, dos formas de comenzar algo	2014
9	Granados, M.F	Gamines	1976
10	Gutiérrez de Pineda, V.	Familia y cultura en Colombia	1975
11	Gutiérrez de Pineda, V., Perry, E., Vila, P., Echeverry, Y. & Arias, J.	El Gamín: Su albergue social y su familia	1978
12	Gutiérrez, J.	Gamín: Mi vida con niños de la calle	1998

13	Moncada, K. & Segura, L	Uso de las expresiones artísticas como medio terapéutico en un grupo de personas habitantes de calle	2015
14	Muñoz, C. & Pachón, X.	Las niñas a principios del siglo: futuras esposas, religiosas o célibes caritativas. Bogotá 1900-1930. En M. Velásquez. (Ed.), Las mujeres en la historia de Colombia	1995
15	Muñoz, C. & Pachón, X.	Gamines: Testimonios	1980
16	Nicoló, J.	El niño de la calle qué hacer: Musarañas II	2000 ^a
17	Noreña, C., Muñoz, I. &Rodriguez, S.	Indicadores antropométricos de la niñez en situación de calle en Medellín, Colombia	2015
18	Ochoa, R.	“De ñeras, parceras y otras chicas”	2007
19	Ospina, P.	Una mirada a las niñas en las instituciones de protección a la infancia.	1997
20	Pachón X. & Muñoz, C.	La niñez en el siglo XX	1991
21	Pachón X. & Muñoz, C.	La aventura infantil a mediados del siglo	1996
22	Quintero, L.	La exclusión social de habitantes de calle en Bogotá	2008
23	Ramírez, M.H.	Mujer y violencia. En F. Thomas, G. Dueñas, M. E Martínez, M.H Ramírez, Y. Puyana, J. Barreto, Y. López, M. León, M. Ordóñez. (Ed.), Mujer, amor y violencia. Nuevas interpretaciones de antiguas realidades	1987
24	Ricardo, C., Correa, M., Velásquez, J.D., Álvarez, M., Franco, J.G., & Celis, M.A.	Características sociodemográficas y trastornos mentales en niños y adolescentes habitantes de la calle en un centro de atención social de Medellín	2011

25	Rodríguez, C.	Cuerpos femeninos callejeros: Hacia una construcción de política social con enfoque de género en Bogotá	2014
26	Román, A.	Prácticas de crianza recibidas por jóvenes adultos habitantes de la calle en la ciudad de Bogotá	2011
27	Rueda, B.	La educación de las jóvenes que viven en calle: Un aporte a la discusión sobre los objetivos y los métodos	2007
28	Saucedo, IA. & Taracena, BE.	Habitar la calle: pasos hacia una ciudadanía a partir del espacio	2011
29	Valencia, J., Sánchez, J., Montoya, L., Giraldo, A. & Forero, C.	Ser niño en situación de calle: Un riesgo permanente.	2014

En concordancia con las investigaciones se determinan cuatro tendencias que serán categorizadas en (A) *Generalidades conceptuales, históricas y prácticas de la población habitante de calle* es un eje que narra la aparición progresiva del fenómeno en Bogotá y Colombia, así como las particularidades que lo van constituyendo y las nociones sociales que se dan acerca de éste, (B) *Acerca de las familias y las conformaciones familiares*, revela como los estudios se han preguntado por este constructo, dejando la marca de la familia tradicional y estigmatizando la existencia de otras conformaciones familiares que “técnicamente” alimentan la aparición del fenómeno, el eje (C) *¿Son la violencia intrafamiliar, el maltrato infantil y el abandono afectivo los agentes expulsores del hogar?: Lo repetitivo en las investigaciones*, muestra causales del fenómeno orientadas a la culpabilización constante de la familia y fundamentadas en un modelo de crianza que era válido socialmente, el castigo físico y constante, y por último la cuarta tendencia (D) *Experiencias particulares de la mujer en calle*, que relata las diferencias en las vivencias de ser hombre y ser mujer, atravesadas por condiciones adjudicadas al género y a los imaginarios sociales.

En el quinto fragmento se finaliza describiendo la labor del IDIPRON y su planteamiento estratégico que busca el goce efectivo de derechos de NNAJ, de acuerdo con la política pública que lo regula.

1.1 Generalidades conceptuales, históricas y prácticas de la población habitante de calle

A través de un recorrido histórico, expongo la aparición de la habitabilidad de calle en menores de edad en Colombia, el cual surge principalmente en las ciudades con mayor movimiento económico, social y cultural. Este, problema social, se empieza a presentar bajo términos expositivos y descriptivos (principios de siglo XX), que luego toman un enfoque interventivo (mediados de siglo XX) y que ahora, del 2000 hasta la fecha, se convierten en un tema político y estructural que habla del enfoque de derechos.

Pachón & Muñoz (1991; 1996) luego de su minucioso estudio de artículos, fotografías, relatos y noticias periodísticas describen la niñez durante el periodo de 1900 a 1990 aproximadamente. El “chino bogotano” era un trabajador regular para la ciudad. Debían buscar la forma de sobrevivir, realizaban pequeños trabajos y se ubicaban en grupos de edades heterogéneas en las cuales se apoyaban diariamente. Por una parte, el “chino” era aquel en condición de orfandad, que nunca conoció o reconoció a sus figuras paternas-maternas, o que fue abandonado, y por otro lado, era el niño que tenía que colaborarle a su madre en la supervivencia del hogar, así que rebuscaba trabajos en la calle para sobrevivir diariamente. El chino bogotano se convierte en un elemento fundamental en las alteraciones del mundo público, donde se le podía encontrar fácilmente.

“Era (‘el chino’) el único medio de información y no era deficiente. Había ido a todas partes, se había enterado de todos los movimientos, sabía dónde y quién resultaba vencedor... Lo mismo acontecía en las campañas bélicas [...] Con frecuencia fue enviado a llevar noticias a los sitios de campaña y burlando hábilmente todas las vigilancias y todas las precauciones, terminaba con honra su comisión” (Mundo al Día citado en Pachón & Muñoz, 1991, pp. 305)

Sin embargo, se le fue asociando rápidamente a sucesos de delincuencia, hurto callejero y robo organizado, peleas callejeras, muertes y desconcierto en la ciudad. Algunos

menores cometían crímenes de homicidio registrados en distintos noticieros de la época y eran absueltos por su condición de orfandad, de edad o su relato, con el cual se disculpaba poniendo de presente “su desgracia, su miseria y su madre sin sostén, para implorar benignidad de la justicia en cuanto fuera posible ejecutarla” (Pachón & Muñoz, 1991, pp. 320).

Es así que se convirtió al “chino bogotano” en una preocupación social, digna de ser estudiada por profesionales y reflejo de condiciones estructurales de la ciudad. Se aseguraba que detrás de la problemática había vagancia escolar, desorganización familiar y miseria. Los adultos, miembros del hogar, se ven obligados a salir a trabajar y durante el día, el niño queda completamente abandonado.

El cambio de la denominación “chino bogotano” a “gamín” se da entre los años 1920 a 1930 donde la ciudad deja de considerarse, en su mayoría, rural y se reconoce como ciudad en crecimiento sostenido.

El discurso profesional de la época concibe el gaminismo como un síndrome o trastorno de inadaptación del menor. Ballesteros (1968) investigó la psicopatología del gamín a partir de la observación de 151 niños, quienes fueron estudiados por un equipo de psiquiatras, psicólogos, trabajadores sociales y profesores en un Centro especializado en Bogotá. Sus edades varían entre los 7 a 18 años, con permanencias en calle de menos de un mes hasta los 62 meses (5 años y 1 mes). Se evaluaron, caracterizaron síntomas patológicos y trastornos que estuviesen aliados a su condición. El 49,2% de los casos se relacionaron con trastornos en los rasgos de carácter y conducta, el 13,3% se les adjudicó algún trastorno del aprendizaje y el 37,5% corresponden a trastornos de los hábitos y neuróticos.

Este estudio determinó que los gamines tienen un “pobre desarrollo del Yo con retraso intelectual, inadecuación del esquema corporal, pobreza de la capacidad de prospección, adaptación a la realidad e identificación, así como marcada disociación” (pp.160). Además, que “debe ser considerado como un niño seriamente enfermo, desde el punto de vista emocional [...] y requiere un tratamiento adecuado, lo cual implica medios apropiados, pero fundamentalmente el que sea realizado bajo una orientación psiquiátrica altamente especializada” (pp.160).

El aporte de los investigadores Gutiérrez de Pineda et al. (1978) con su estudio sobre “el Gamín, su albergue social y su familia” realizado en las ciudades de Bogotá, Bucaramanga, Cali, Medellín y Cartagena, en el cual se hace una descripción detallada de las familias con “gamín” frente a las familias sin “gamín” realizó 180 entrevistas a profundidad con las familias entre los estratos del 1 al 6. Los autores describen el proceso de aculturación del niño a las calles y lo estructuran del siguiente modo:

- “El pregamín” o muchacho que empieza a salir de su casa, pero guarda mucha relación con ella
- “Gamín de barrio”, más sano que los demás, es un gamín que repela sin salir de las áreas periféricas donde tiene su residencia sino esporádicamente
- “El gamín predelincente” o gamín de San Victorino donde empieza a vincularse con adultos que ya tienen robos grandes o apartamenteros. En general, es mucho más fuerte, utiliza armas de defensa, sabe a quién robar y dónde vender mejor los productos de sus robos. Sus actividades se vinculan a la prostitución y consumo de drogas.
- Muchachos desadaptados sociales” como aquellos menores que presentan algunos problemas de conducta o de comportamiento específico. Esta categoría puede asociarse a la descrita en un momento anterior por Ballesteros (1968) sin generalizar la población de gamines.

Así mismo describen una tipología del gamín otorgada por su dinámica evolutiva y la representatividad que ofrecen en el medio urbano estudiado (Gutiérrez de Pineda et al., 1978, pp. 13):

- Huérfanos, abandonados y extraviados sin asilo institucional o informal sustitutivo.
- Limosneros y recolectores de desechos que deambulan periódicamente en forma individual o en grupos familiares.
- Trabajador infantil, dos tipologías:
 - a. Ayudante familiar sin remuneración, vendedores ambulantes y vigilantes en los sitios públicos, bajo la tutoría de un adulto consanguíneo.
 - b. Trabajador infantil independiente, lustrabotas, voceador o chancero.
- Vagos infantiles depredadores o gamín de vecindad y barrio.

- Merodeadores esporádicos de la ciudad, o escolares ausentistas y de media jornada, con lazos familiares vigentes.
- Menores que sobreviven totalmente del medio callejero sin circunscribirse específicamente en trabajadores infantiles:
 - a. Aportantes económicos del hogar por imposición de progenitores.
 - b. Con retorno hogareño esporádico y satisfacción parcial de obligaciones domésticas.
 - c. Con ruptura total de su familia y autovalimiento personal.
- Formas mixtas eventuales o permanentes.

Esta investigación nutre la complejidad del fenómeno del gaminismo y aporta significativamente al estudio de relaciones familiares que se halla inmersa en una infinidad de posibilidades. Gutiérrez de Pineda et al. (1978) las sintetizan en dos espectros:

- Las acciones callejeras son actividades encubiertas que los menores realizan a espaldas de su familia:
 1. Estudiantes que evaden la asistencia escolar y en la jornada de trabajo vagan. No regresan a sus hogares o en los periodos vacacionales deambulan libremente por la ciudad y ejercen algunas tareas.
 2. Los menores que se evaden del hogar mientras las madres deben permanecer fuera en su jornada laboral.
 3. Los pequeños que ejercen tareas laborales de ejercicio callejero, vendedores ambulantes, lustrabotas, vigilantes, chanceros, etc.
 4. Menores que evaden esporádicamente la vigilancia progenitorial.
- Las actividades que los menores ejercen obedecen a que los progenitores los expulsan con estas finalidades:
 1. Procurarse su propio sostenimiento
 2. Ayudar al hogar como obligación impuesta
 3. Rechazo abierto de su presencia en el hogar por múltiples considerandos.

En Bogotá, la Cámara de Comercio (1997) realizó el estudio “Habitantes de calle: Un estudio sobre la calle del cartucho en Santa Fe de Bogotá”. A partir de la época de los 80, el narcotráfico y sus redes de distribución incorporaron nuevas dimensiones

cuantitativas y cualitativas a los fenómenos de indigencia capitalina. Es así que se aumenta la presencia de ollas y sopladeros, como lo fue la zona del Cartucho. Un espacio callejero con población permanente y flotante, con un rasgo común: el consumo abierto de droga, aunque no es homogéneo en toda la zona y combina diversas actividades económicas.

La relación entre el territorio y los “ñeros” o “*indigentes*”, que obedecen a las denominaciones de finales de siglo XX, son significativas en la medida en que “sirve de punto de encuentro de los discriminados, los revaloriza socialmente y los libera del rechazo o del hostigamiento social” (pp. 24). El Cartucho ofrece un espacio público y simbólico de resguardo, donde el sujeto extraño es descubierto de inmediato y representa amenaza.

El estudio también categoriza los sopladeros y el cambuche. Los sopladeros son casas bastante deterioradas en cuyos cuartos vacíos los individuos o grupos utilizan un espacio para consumir. En estos lugares suelen dormir, tener relaciones sexuales y realizan sus necesidades fisiológicas. Por otro lado, el cambuche se categoriza como un territorio personal, al cual sólo es posible acercarse con conocimiento previo del propietario. Es un ámbito privado en el que se consume y se duerme, ubicado en el espacio público.

Ricardo et. al (2011) aplican su estudio de características sociodemográficas y trastornos mentales en 148 niños y adolescentes habitantes de calle de la ciudad de Medellín. Inicialmente se marca la diferencia de este periodo con respecto a los anteriores, donde la denominación cambia, se titula y se mantiene actualmente como *habitante de calle*, que es incluyente y está basada en el enfoque de derechos. Adicional a esto, este estudio mantiene una preocupación por la condición mental de niños y adolescentes, y concluye que existe comorbilidad de al menos dos trastornos, especialmente la dependencia a drogas y el trastorno negativista desafiante. Entre las categorías más frecuentes está la dependencia de drogas con el 58,1%, los trastornos de conducta con el 54% y el trastorno negativista desafiante con el 49,3%. Así mismo, se afirma que el consumo de sustancias es una de las estrategias para garantizar la supervivencia en calle, entonces es difícil establecer si éste favorece la situación de calle o si la calle induce al consumo de sustancias psicoactivas.

En la investigación de Valencia et. al (2014) participaron alrededor de 30 jóvenes entre los 14 y 18 años de la ciudad de Medellín, a los cuales se les aplicaron las técnicas de entrevista, observación y diario de campo. Entre los aportes más relevantes de su estudio se hallan las situaciones de riesgo a las que se enfrenta la habitabilidad en calle: “encontrar un espacio para dormir, la búsqueda de comida, conservar la libertad, luchar contra las enfermedades, soportar el rechazo, el maltrato de los otros y la búsqueda de dinero” (pp. 87).

La calle se convierte en un desafío para quién quiere sobrevivir y sobre todo durante las noches, donde se presentan hechos de violencia ejercida por otros niños, policía y grupos de limpieza social, algunos argumentan que es mejor buscar dinero para pagar un lugar seguro. El consumo de sustancias es un riesgo en la medida en que genera reacciones por parte de la policía, de transeúntes y de otros que niños que se aprovechan para robarles o atacarlos, y los hace blancos fáciles de accidentes de tránsito. Las instituciones de atención se convierten en agentes maltrantes y estigmatizadores, razón por la cual periódicamente los jóvenes deciden desertar, según su reporte.

Se suman como situaciones de riesgo el expendio de drogas, el hurto y la prostitución, especialmente en mujeres, en los cuales reconocen el maltrato físico y verbal, la tentativa de cárcel y el peligro que involucra para su vida.

González et al. (2014) realiza su investigación con habitantes que viven debajo de puente y se pregunta por las nociones de salud y enfermedad en sus historias. Distingue dos razones, influidas por la etapa de ciclo vital, que llevan a la situación de calle: En la niñez está relacionado con maltrato físico, verbal y los abusos de índole sexual, emocional y la situación económica, mientras que en la adultez se relaciona con la adicción a sustancias psicoactivas, consumo de alcohol, ludopatía y gusto.

Su concepción de estar sano está relacionada con mantener su cuerpo en buenas condiciones generales y mantener prácticas de higiene, para este cuidado deben contar con alimentación, buenas condiciones sanitarias, vivienda y descanso. Sin embargo “nadie está completamente sano” y alegan sobre sus precarias condiciones de alimentación y vivienda:

“Yo pienso que en realidad nadie está sano, el que no tengamos problemas de salud, tal vez mentalmente tengamos algún problema, sano completamente o espiritualmente no estamos nadie...” (pp.36)

Como sujetos sienten una relación más cercana al término de enfermedad, en la medida en que reconocen que les hace falta bienestar, no sólo determinado por su salud física sino que obedece a estados espirituales: el dolor sentimental, la baja moral, la ira, la tristeza, la falta de afecto y el cambio de estado psíquico, que pueden ser causados por la soledad, la lejanía de la familia, la discriminación y el egoísmo de la sociedad (González et al. 2014). Desde este lugar, reconocen que el consumo de sustancias psicoactivas produce estados alterados de conciencia que generan bienestar emocional y espiritual.

Generalmente las enfermedades físicas son tratadas de acuerdo a su gravedad. Ellos mismos buscan el mecanismo para revertir el malestar a través de medicamentos, aunque en otras ocasiones consideran que el cuerpo adquiere sus propias defensas y puede restablecerse naturalmente. Sin embargo, cuando las medidas de autocuidado no son efectivas buscan acceder a instituciones de salud, donde frecuentemente hay barreras de acceso, la atención es deficiente, hay maltrato y discriminación. En sus versiones:

“El acceso, es lamentable, uno debe esperar... hasta el último turno, después del último turno sigue usted, si las condiciones de higiene tuyas no son adecuadas, no lo atienden, se tiene que morir ahí afuera...” (pp. 40).

La investigación asegura que se pierde del temor a la muerte y que se ha estado tan cerca de esta experiencia, que es reconocida como una etapa de la vida misma.

Se relaciona el estudio de González et al. (2014) con el de Noreña et al. (2015), su interés general devela la preocupación por la salud física de quién habita calle. Noreña et al. (2015) indaga sobre indicadores antropométricos y características sociodemográficas en niños, niñas y adolescentes que se encontraban siendo atendidos en cinco instituciones de protección a la infancia en la ciudad de Medellín. Los investigadores realizan un estudio descriptivo de 453 historiales de atención médica y nutricional del año 2008. Entre los resultados más relevantes se encuentra la desnutrición y el riesgo de desnutrición crónica, con consecuencias más desfavorables para el sexo masculino. En

la misma línea, se halla que la talla baja, el riesgo de talla baja, la delgadez y el riesgo de delgadez fue mayor en niños, niñas y adolescentes que reportan consumo de sustancias psicoactivas.

A todo este espectro se suma la orientación que se da al diagnóstico e intervención de la población. Quintero (2008) desde la óptica de su estudio sobre “la exclusión social de habitantes de calle en Bogotá” afirma que el sistema debe tener un análisis racional, multidisciplinario y plural que pueda ser aplicado a situaciones concretas que sirvan para la toma de decisiones y donde se incluya la salud mental, en la política y en el sistema de evaluación del fenómeno, que revele aspectos prioritarios de intervención.

1.2 Acerca de las familias y las conformaciones familiares

El colonialismo en Colombia dejó inscrito un modelo de familia tradicional que pretendía regular las formas de crecimiento poblacional. Los alcances de estas nociones no fueron totalmente difundidas y adoptadas en el territorio colombiano y de eso puede dar cuenta Gutiérrez de Pineda (1975). La investigadora se propuso abordar la familia en Colombia a partir de sus tipologías y halló la existencia de un hábitat, un devenir histórico, unas instituciones y una cultura que tornaba a la familia como un fragmento, una secuencia o una implicación causal de estos sucesos, lo cual la motivó a clasificarlos en diferentes complejos culturales que son ampliamente reconocidos. Allí se develan condiciones culturales y sociales creadas, algunas, por el colonialismo u otras en que éste proceso no se estableció significativamente. Así los complejos culturales santandereanos y antioqueños se distinguirán por el establecimiento de relaciones de autoridad y economía centradas en el dominio masculino, mientras que los complejos restantes como son el andino, el negroide y algunos otros asentamientos revelarán condiciones nacientes de madresolterismo, prácticas de amaño, uniones libres y reconstrucciones familiares, reflejo de conformaciones dinámicas colombianas.

De acuerdo con Gutiérrez de Pineda et al. (1975, citados en Cámara de Comercio, 1998) se halló que en la zona oriental y la costa pacífica muchos niños nacían de relaciones entre terratenientes y sirvientas o indígenas, dando lugar al madresolterismo, válida para

la época, no existían compromisos legales. Esto se convirtió en la proliferación de niños callejeros.

En la misma línea, en la zona antioqueña existía la tradición de tener gran cantidad de hijos, propia de familias con escasos recursos, obligando a los menores a buscar alternativas de vida a edades muy tempranas, bien en sus sitios de origen o fuera de ellos. Al no encontrarlas, muchos jóvenes quedaban atrapados en la vagancia.

Vale la pena señalar que por esta época –entre los años 60 y 70- el territorio colombiano sufría las consecuencias de la violencia bipartidista y esto acarrea el desplazamiento y la migración de miles de familias provenientes del campo a la ciudad. Hecho que aumenta la inseguridad, la presencia de gamines, así como de familias sin un sostenimiento económico. Granados (1976) refiere al final de su investigación que la familia del gamín bogotano se halla en un proceso de acomodación a la ciudad, vive en inquilinatos donde tiene de vecinos a delincuentes, prostitutas, comerciantes del centro y lo más probable es que sus miembros reciban a la larga algún tipo de influencia negativa de los que ganan dinero “fácil”. El hacinamiento facilita la desorganización familiar, se conocen nuevas parejas, figuras de padrastro y madrastra son encontradas en las familias con gamín y se abandona el núcleo.

En el estudio de testimonios de niños gamines, Muñoz & Pachón (1980) plantean que “la mayoría de los niños entrevistados son hijos de inmigrantes rurales, que han tenido dificultades de adaptación a medio urbano, ya sea por la escasez de trabajo, por carecer de un nivel de adiestramiento adecuado para la ciudad, o por ambas cosas a la vez” (pp. 102). En la misma línea aparecen los inquilinatos con condiciones habitacionales caracterizadas por el hacinamiento. Es entonces donde algunos niños preferían salir al patio o la calle –junto con otras causales-, y empiezan lentamente a abandonar a progenitores y a hermanos.

Muñoz & Pachón (1980) describen en el testimonio del ‘Muñeco’:

“También hay niños que son del campo y se aburren y se vienen aquí a la ciudad y ven que aquí hay gente y de todo y les gusta. Yo conocí dos hermanos que los llamaban los Piquitos. Ellos eran del campo y estuvieron en el Albergue Infantil y eran jilipos y ahora son unos rateros crueles; fueron los que nos enseñaron y ya están amañados y viven sabroso” (pp.32)

La adopción de un credo religioso y la legislación del matrimonio valido una única forma de conformación familiar, la familia tradicional, que la diferenciaba de otros tipos de unión. Así los territorios fueron organizando y validando sus prácticas hacia la familia tradicional.

Con este estilo de conformación la mujer y los hijos están sometidos a una dependencia más o menos absoluta con relación al padre, aceptar la sumisión como garantía de la integridad y armonía en el hogar. De acuerdo con Ramírez (1987), se empiezan a evidenciar reiteradas amenazas explícitas e implícitas, de abandono del hogar, cuando se presentan elementos de conflicto, o cuando hay intentos de plantearle algunas exigencias. Estos patrones eran más frecuentes en poblaciones de bajos recursos y bajos niveles económicos, donde las mujeres dependían económicamente.

Si la mujer continuaba en este estilo de hogar, se imponían severas restricciones a sus libertades personales, traducidas en maltrato verbal y físico, hasta en la expulsión del hogar. Algunas tomaban la opción de fuga e incursionaban en el servicio doméstico remunerado, donde también eran objeto de críticas, especialmente en estados de gravidez. Es así que estudios como el de Gutiérrez de Pineda et al (1978, citado en Ramírez, 1987) aseguran que el gamín bogotano proviene de hogares presididos por mujeres, de estructuras plurifraternales, donde la madre ha entablado sucesivas relaciones maritales, propicias al conflicto y a la violencia. “El maltrato reiterado sobre el niño o la niña se configura en un determinante de su elección por la vida callejera” (pp. 114)

La educación, por otra parte, refuerza con tenacidad la división por sexos del mundo. El mundo femenino tiene estrecha relación con la enseñanza del trabajo doméstico, las responsabilidades de la reproducción y la crianza, siendo elementos que han sido desvalorizados en la cultura patriarcal. Esta doble represión, del medio familiar y el educativo, tienen como consecuencias la evasión del hogar, los atentados contra la propia vida o la deserción escolar (Ramírez, 1987).

La educación se fue tejiendo en los conceptos religiosos del cristianismo que le interesa que aprendan a “conocer y a gobernarse a sí mismas”, a “reprimir sus instintos por urbanidad, a no decir lo que piensan por astucia, a ser dócil en provecho propio, a ser amable por vanidad” (Muñoz & Pachón, 1995, pp. 442). El proyecto educativo de

principios de siglo XX estuvo fundamentado en que la sociedad tuviese mujeres aptas para los servicios domésticos, que incluía las funciones de esposa inmejorable y compañera ideal, y las labores sociales, siendo religiosas o célibes caritativas. Se le dictaba en clase: trabajos manuales, enfermería, horticultura, lencería, apicultura y las actividades que orientaran su proyecto de vida hacia la domesticidad. Esta tarea también recaía en la figura materna, quien debía por excelencia, aplicar castigos, dar consejos y ser ejemplo de conducta. En este estilo de familia, el padre solía verse poco y la madre era quien se encargaba del cuidado de los hijos y el hogar.

La Cámara de Comercio (1997) reveló en su investigación que la mayoría de hogares de habitantes de calle se caracterizaban por ser “familias incompletas”, donde 53 de los casos se atribuían a madres cabeza de hogar que presentaban ausencias permanentes por motivos laborales y asegura que no existe la consolidación de un vínculo afectivo con el niño.

Se confiere un estatus superior a la familia tradicional-completa y se diferencia de la incompleta caracterizada, en su mayoría, por hogares con jefatura femenina. Cabe preguntarse ¿acaso es indiferente la presencia de la figura paterna-masculina?

Ospina (1997) cuestiona a las instituciones de protección de niñas y adolescentes, donde se culpabiliza de la problemática a la figura materna, desconociendo desde la labor profesional, las situaciones que estas mujeres han vivido e incluso el mismo abuso que padecen en el presente, la soledad y las situaciones de angustia económica. Desde la óptica institucional son consideradas “mujeres sin valores, sin autoridad y sin autoestima”, prejuicios que sólo apuntan a estigmatizar a las familias y a las madres.

Con el estudio de Barreto & Puyana (1996) se indagan condiciones de vida de un grupo de mujeres de sectores populares urbanos de Bogotá que, trazadas por un maltrato físico intenso y constante, adoptaron un estilo afectivo de sumisión que las hace aceptar las afrentas de los varones y reproducir búsquedas afectivas en relaciones maltratantes. Así mismo, replican la agresividad recibida con sus hijos y con otras mujeres.

Estos estilos adoptados conservan directa relación con las pautas de crianza y la educación que se impartía en aquella época, donde existe una tendencia de doble moral entre “dejar hacer – dejar pasar”. De acuerdo con las autoras, cuando niñas, se les

preparaba para enfrentar situaciones amenazantes de subsistencia, formándolas en trabajos rudos o agrestes para la sobrevivencia del núcleo. Se les inducía a la aceptación del sufrimiento en una familia autoritaria que, bajo una educación hacia lo doméstico, les enseñó a aceptar oficios subordinantes. En muchas ocasiones se les restringía el juego y se inhibía su expresión corporal y sexual.

“Mujeres con hijos habitantes de calle: Estudio de caracterización” realizado por el DANE-IDIPRON (1999) se relacionan 222 encuestas y 4 entrevistas a profundidad con madres que tienen hijos habitantes de calle, donde se obtiene que las madres aseguran que repiten en sus hijos experiencias de maltrato, desamor, hambre o miseria, e ignorancia, igual a las que ellas vivieron. En este estudio las mujeres relataron cómo su infancia estuvo colmada de carencias afectivas y físicas, donde ellas interiorizaron un modelo de familia hostil y lo replicaron en procesos de socialización con sus hijos.

También se revela como el 70,27% de estas mujeres ha mantenido más de una unión marital, traducida en una frecuente búsqueda de alguien que apoye su sobrevivencia y la de sus hijos, siendo este el motivo para buscar marido o abandonarlo (DANE-IDIPRON, 1999). A este respecto se le suma la nupcialidad precoz, la maternidad adolescente, la fecundidad elevada, la inestabilidad de las uniones, la jefatura femenina, la bajísima escolaridad y los procesos migratorios de la mayoría.

En este punto parece que existe una culpa “aceptada” de las mujeres que relatan sus historias, sin descuidar que los resultados son interpretados por dos instituciones. Así como no se debe dejar pasar las afirmaciones de Ramírez (1987) que plantean un modelo de familia tradicional, y Muñoz & Pachón (1995) que presentan una educación orientada a la domesticidad, la maternidad y los deberes de esposa, ambas investigaciones demuestran lo restrictivo de estos espacios para las mujeres.

En contravía a los estudios de “familias incompletas”, Gentile (2008) halla en Argentina que: las proporciones se mantienen constantes entre los porcentajes de chicas y chicos que provienen de hogares conyugales completos y sanguíneos tanto como de hogares ensamblados o monoparentales (en general, con jefatura femenina).

Es interesante mencionar que, aunque históricamente se impone una forma de conformación familiar, se haya que las realidades en qué se vive familia siguen

transformándose y que se les ha otorgado gran incidencia en los términos en que es estudiado el fenómeno. Considero que es importante cuestionar y repensar las formas de ver ambas estructuras: la familia y la vida en calle.

Son pocos los estudios que reconocen la calle como un lugar digno de habitar por los individuos y como resultado de estos, vendrán miles de intervenciones que desean que ese individuo salga de ese medio y se reintegre al hogar, no importa las condiciones en que se viva en este.

Lo que no se alcanza a dimensionar es que este espacio calle se vuelve una extensión del espacio doméstico, reflejo de lo que se alcanzó a reconocer como hogar. Saucedo & Taracena (2011) estudian el concepto de arraigo en un grupo de jóvenes que habitan en el centro de una plaza en México y descubren las prácticas diarias que los convierten en comunidad, adicional de recibir ayuda y reconocimiento de quienes viven cerca de la zona. Describen que sus formas de funcionamiento social sustituyen los modelos propios de “ámbitos familiares”, fuertes vínculos de relacionamiento, reglas de convivencia, credo religioso (observaron prácticas de rezo y altares) y espacios parecidos a lo doméstico, donde organizan muebles a manera de sala, comedor, dormitorios, baño, entre otros. Dirán los autores que esta resignificación del espacio público brinda la posibilidad de un espacio privado. Incluso revelaron que cada cierto tiempo se reciben personas que van a presentar a sus bebés, sus nuevas parejas o a llevar cosas, “en una lógica muy semejante a la de una visita familiar” (pp. 276).

Concluyen que la tentativa del desarraigo de niños, niñas y jóvenes de la calle implica negar aquellos aprendizajes y recorridos realizados, así como espacios construidos y los vínculos afectivos que le brindan seguridad, desconociendo las experiencias gratificantes que encuentran en la calle.

Hasta aquí parece que hay una evolución de conceptos que permite vislumbrar que caminamos en el reconocimiento de distintas formas de conformación familiar.

1.3 ¿Son la violencia intrafamiliar, el maltrato infantil y el abandono afectivo los agentes expulsores del hogar?: Lo repetitivo en las investigaciones.

Existe gran variedad de investigaciones que se acercan a los ciudadanos habitantes de calle desde diferentes formas: estudios cuantitativos, analíticos, explicativos, intervencionistas, entre otros. Sin embargo, el interrogante más frecuente está relacionado con la familia (además que suelen ser vistos como sujetos sin familia) y hay una inquietud por determinar –encasillar- a la misma, como se percibe en el apartado anterior.

Para iniciar los hallazgos de las investigaciones se hace prevalente señalar un curioso estudio presentado por Bixler (1965), donde narra la vivencia de un Instituto de Protección de Minnesota-Estados Unidos que recibe niños desadaptados –que no lograban ser adoptados a causa de esta condición-, donde parte de su dinámica de intervención consiste en desarrollar un ambiente familiar que reproduce los valores de clase media que les hace falta a estos niños que han sido criados en ambientes de clase de baja. De acuerdo con el autor, este será un modo correcto de acabar con la problemática, ya que en la institución se lograban los cambios conductuales anhelados. Llama la atención de este estudio el reconocimiento de una familia clasificada por estratos sociales, construyendo algunas que son más funcionales que otras.

Por demás se describe un panorama histórico que apunta a describir a la violencia intrafamiliar, el maltrato infantil y el abandono afectivo como expulsores del hogar:

La familia del estudio “Gamines” de Granados (1976) es vista como el hogar donde hay ‘mucho palo y poca comida’, donde se “sueña con ser gamín para poder comer todos los días, ser castigado lo menos posible y ser admirado por la gente” (pp.14). El 45% de los niños consideran a sus padres como malas personas, figuras que sólo desean maltratar, consumir alcohol y son dominados por la madrastra o el padrastro.

Se encuestan 110 gamines y se resalta que el 59,1% mostraban deseos de regresar a su hogar si cambiaban las condiciones de agresividad que recibían de sus padres, declarando estar cansados de la vida en calle y relatando que la violencia también la

viven de compañeros y policías, mientras que el 34% argumentaba que no deseaban regresar porque la violencia en su hogar es peor y en la calle no aguantan tanta hambre.

Gutiérrez de Pineda et al. (1978) analizaron las percepciones de los gaminos frente a su familia y detectaron que entre las causas de salida de hogar se encuentran: (1) "Me pegan mucho" en el 52,71%, (2) "Me echaron de la casa" en el 9,1%, (3) "Murieron ambos padres" en el 8,2%, (4) "Somos muchos, pobres y pasamos hambre" en el 5,5%, (5) "por gusto propio" el 4,5%, (6) "Mis padres son irresponsables" en el 0,9%. En este punto es crucial el impacto del maltrato familiar en la mitad de los casos estudiados, lo que cuestiona la dimensión afectiva.

Los autores realizan un análisis de las expresiones psicoafectivas de la familia descubriendo que las *familias sin gamín* se caracterizan por expresiones positivas de amor, amistad y respeto, mientras que en las *familias con gamín* prima el relacionamiento desde el odio y el miedo. También se revela que el sentimiento de miedo prima en relaciones fraternales donde hay gamín.

Durante la época descrita por Muñoz & Pachón (1995) el drama económico y social de las familias que vivían en miseria desataba condiciones de infanticidio y maltrato infantil en la ciudad. Generalmente se presentaban castigos con rigor de la mano del padre, mientras que la madre los realizaba cuando este no estaba. Sin embargo, los niños quedaban en el medio y sólo cuando sus clamores se hacían públicos, se convenía la intervención pública de vecinos o familiares y se hacían noticia en periódicos o revistas de la ciudad.

Los gaminos buscaban la calle como refugio contra la violencia familiar, ya que eran ellos las víctimas directas del consumo de alcohol y el maltrato, por condiciones estructurales estresantes que oprimían a la familia con pobreza, desempleo, difíciles condiciones de vivienda y salubridad, adicional que estaba bien visto el castigo físico, verbal y psicológico.

Los relatos compilados por Gutiérrez (1998) en "Mi vida con niños de la calle", psicoanalista mexicano de práctica, nos muestra una visión humana y sensata que involucra las realidades más profundas de la ciudad. Desde 1964 inicia un recorrido en el que da voz a un grupo de gaminos que llaman su atención y con los cuales formo una

relación que le invitaba a pensarse y repensar las estructuras que convergen en esta problemática. Se destaca la historia de *Chichigua* cuando se le preguntaba por él a sus familiares:

“El palo de la hermana y las ganas de no trabajar lo sacaron de la casa hace cinco años – decía-. Allá hay que ir muy lejos a buscar el agua y a él no le gusta eso –explicaba. Chichigua salió del hogar por primera vez más o menos a los seis años, a raíz de una paliza que le dieron Isaias y Blanca Aurora, sus padres, borrachos como una cuba, en castigo por lo del agua, pero que hubiera podido ser con cualquier pretexto, por lo que él les tenía pavor; sobre todo si se emborrachaban” (pp.368).

En su libro, Gutiérrez (1998) cuestiona en varios capítulos el modelo familiar como un ambiente que a veces no contiene la violencia a la hora educar.

Desde la investigación cuantitativa, el maltrato familiar se haya como la primera causa de salida del hogar con 103 casos reportados, luego las malas amistades en 92 de los casos y los problemas económicos con 53 casos, en un total de 371 casos estudiados (DANE-IDIPRON, 1999).

Planteado por la investigación de Román (2011), quién estudia las prácticas de crianza recibidas por jóvenes adultos habitantes de calle en la ciudad de Bogotá, recogiendo datos sociodemográficos e indicadores de prácticas de crianza por medio de encuestas a 70 personas que asisten a programas de la Secretaria de Integración Social y el Hospital de Chapinero. Entre los ítems de prácticas de crianza que indaga se contempla la dimensión de apoyo afectivo y la regulación del comportamiento, revelando que sólo el 25% recuerdan que les hayan brindado afecto positivo y el 77% reportan uso de técnicas de sensibilización mediante el uso de la fuerza física, eliminación de privilegios o retirada de afecto como prácticas de regulación del comportamiento.

1.4 Experiencias particulares de la mujer en calle

La calle ha sido un espacio masculinizado e indiferente con la vivencia de los cuerpos femeninos, así que el rastro investigativo con enfoque de género es corto y homogeneizante, en la medida en que la mayoría de los estudios relatan la experiencia masculina siendo la más frecuente y visible. Sin embargo, las vivencias son

completamente distintas y se aproximan con las siguientes descripciones de las investigaciones que hay en el tema.

A principios de siglo XX, pocos eran los casos en que solían verse en las calles colombianas niñas y jóvenes viviendo en calle, a razón del proyecto educativo y de vida para el que se les iba adoctrinando dentro del ámbito privado. Sin embargo, llama la atención dos investigaciones que relatan con un hecho no menor lo que le sucedía a aquellas que se “expusieran”. Muñoz & Pachón (1980) describen la historia de María Catalina, la cual fue tomada del Bogotá Ilustrada de Diciembre de 1906:

“María Catalina N, niña de unos 10 años, de constitución raquílica dice el examen médico legal... María Catalina hija de la miseria, porque esa N. es el apellido de todos los atormentados de la suerte, de todos los irredentos, de todos los que van pasando por los abrojaes; N. es él y hondo en esas carnes de 10 años. Y más adelante dice una declaración: ‘la madre le pegaba mucho’, es decir, desnudez, hambre, golpes, todo cayendo sobre aquel cuerpo flacuchento y amarillo.

Un día María Catalina ha pensado: Me voy... ¿A dónde? ¿Tú no lo sabes, verdad, María Catalina? Te vas porque hay algo que te atrae, porque hay algo que te llama; es que el camino llama y atrae a todos los miserables, y les pone en los débiles pies fuerza para andar y andar sin rumbo. Ya estás libre, en pleno campo, María Catalina; pero hay que buscar trabajo para comer, porque aprieta el hambre.

[...]

A la casa de Forero volvió María; pero allí no se la quiso, allí no había trabajo. Que se fuera.

Si, que te fueras, amiguita mía; la miseria estorba en todas partes. Esos tus harapos, esa tu cara pálida, ese tu cuerpo estrujado y raquílico estaban mal allí, disgustaban a los amos, enfadaban a los niños. ¡Los felices no quieren molestarse los ojos con tales cosas! Al camino otra vez, María Catalina.

Pero ella no quiere irse. ¡Qué ha de querer! Es débil y no puede andar: que la dejen ahí, que la amparen, que no la arrojen.

Entonces entre los dos niños, entre los dos hermanos, hubo un acuerdo: esa muchacha estorba; es preciso salir de ella. Otro interviene: también un rapaz de 9 años y de nombre Sinforiano Arévalo. Entre los tres hubo un concilio terrible; algo que pone miedo. Entre

esas seis manos la vida de María Catalina voltejeaba como un juguete que ellos iban a romper.

[...]

Arévalo le dice a José del Carmen: desnúdala, y José del Carmen le quita los harapos a la niña, que empieza a llorar. Y, en su declaración dice: ‘Una vez desnuda, yo la cogí de un brazo, Narquitos de otro y Sinfioriano de los pies y la echamos a la quebrada’.

Angustia, la de aquel cuerpo sujeto por seis puños fuertes; la de aquella boca sollozando en vano, la de esos ojos dilatados. Terror, el terror que debió circular por esa carne inocente que iba a ser sacrificada.

[...]

Luego la justicia les ha llamado y ellos han acudido sin temor. Yo los he visto, estaban tranquilos, algo más, estaban alegres; cuchicheaban y se reían por lo bajo” (pp.314)

María Catalina es la historia de una niña en calle asesinada a manos de tres niños de edad homóloga, que encontraron su vida como un juego y a la que se le menospreció.

Muñoz & Pachón (1980) relatan varios testimonios de gaminés acostumbrados a violentar sexualmente a los más pequeños como establecimiento de su dominancia e inicio de la vida sexual dentro de las galladas. Entre los testimonios aparece el testimonio sobre el cuerpo de una niña en la narración de un gamín:

“A veces más bien se buscan niñas. Una vez nos cogimos a una. La cuentamos y la invitamos al centro dizque para gastarle plata y para mostrarle una tienda. Pero mentira, la llevamos a la camada. Ella no quería entrar, pero nosotros la convencimos diciéndole que entrara con confianza, que allí había una mamá y que ella no se ponía brava. La camada era una casa vieja y abandonada. Entramos y le dijimos: ‘Bueno, de aquí usted no sale hasta que nosotros queramos’. Entonces nosotros la cogimos, la desvestimos y, como estaba gritando mucho, yo cogí un pañuelo y le tapé la boca. Entonces empezamos a culiar con ella, y era mejor que con los chinchés. Al principio, ella lloraba, pero ya después no. Nosotros la dejábamos amarrada y por la noche llegábamos, le dábamos comida y nos poníamos a pichar. En este tiempo los Gallo estaban de jefes. Ellos sí

sabían de eso de mujeres y nos enseñaron a nosotros a culiarnos² también a las mujeres.” (pp. 41-42)

Sin necesidad de ahondar en las realidades de estos relatos, las aproximaciones investigativas seguirán en la misma línea. Se destaca la aproximación conceptual que hacen de la “niña gamina” los investigadores Gutiérrez de Pineda et. al (1978):

“Quien capitanea los grupos de limosneros de ‘comidita’, de ropas en desuso y recolección de desperdicios, en las canecas de basura, llevando consigo en su diario recorrer hermanitos de pocos años. Desaparece su estampa femenina camuflada con el atuendo unisexo en las ‘galladas’, protegida o protectora de algún grupo donde juega precoces roles de mujer” (pp. 8)

Del mismo modo, resalta que en Medellín el 60% de las menores sobreviven a través de la mendicidad y en segundo lugar de la “prostitución”, fenómeno que se encuadra con las peculiaridades regionales de la imagen femenina, sobre todo las realidades que se viven en el complejo antioqueño.

Childhope (1990) presenta un informe que revela como la pobreza determina la situación de países centroamericanos como Panamá, México y República Dominicana donde niñas y adolescentes deciden vivir en calle. Indistinto a las investigaciones anteriores se reporta que el hacinamiento, la promiscuidad, la desintegración familiar y la presencia de diferentes figuras masculinas en el hogar como causales para vivir en calle. Sin embargo, de la experiencia en niñas se destaca la violación dentro del seno familiar.

Se resaltan en este estudio que hay mayores riesgos para las menores de edad:

- El subempleo es casi tres veces más elevado que en hombres.
- Como mujer eres discriminada por el tipo de actividad que puedas desarrollar para trabajar y se reducen los espacios de participación.
- Se encuentra más proclive a ser violentada física y sexualmente.
- El abuso sexual es frecuente, ya sea en el hogar, la calle y las instituciones.

² Culiarnos: De culo, referente a brindarse a la posesión sexual (Muñoz & Pachón, 1980)

Siguiendo esta investigación, la vivencia en calle trae consigo que las niñas empiezan a pensar y actuar en términos de mujer adulta participando en ambientes despersonalizantes y carentes de afecto que refuerzan sentimientos de no pertenencia y ausencia de identidad. Reporta que en la totalidad de los casos, las relaciones en el hogar son conflictivas, basadas en una comunicación violenta y agresiva, y que finalmente estas situaciones obligan a la niña a “creer” que tiene libertad y control sobre lo que le rodea, dándole sentido a la calle como un lugar más acogedor.

Se asocia la niña trabajadora al desarrollo de oficios no regulados legalmente, sujetos de explotación y discriminación, siendo la prostitución una de las condiciones que más genera miedo de acuerdo a sus reportes (Childhope, 1990).

El trabajo de Nicoló (2000a) resalta que no era muy común ver a las “niñas de la calle” y que es una situación que exige atención, argumenta que acuden a la calle luego de experiencias muy dramáticas como enfermedades, embarazos o rompimientos de pareja. Describe que son mujeres de barrios pobres que han tratado de organizar un hogar sin éxito y sus hijos también terminan en calle, ganándose la vida en trabajos como el reciclaje o dentro del mismo grupo colaborando en actividades delictivas.

En Guatemala el programa “Sólo para mujeres” de Rueda (2007) se especializa en relatar las condiciones de vida en calle de un grupo de jóvenes y las alternativas de intervención que se han diseñado para el fortalecimiento personal y social de las mismas. Entre los hallazgos más relevantes se describen los rasgos de personalidad y el comportamiento adjudicado a la mayoría de las jóvenes:

“Los rasgos de personalidad y el comportamiento de estas adolescentes suelen tener su origen en los episodios traumáticos padecidos en el transcurso de los primeros años de su vida y en las características disfuncionales del entorno social y familiar. Esto significa que se han visto impedidas de identificarse correctamente con una u otra figura parental.

A medida que crecen, se vuelven a veces inaccesibles, desconfiadas, irresponsables. Parecen afectivamente frías e incapaces de establecer relaciones estables. Cambian de humor con frecuencia sin causa aparente. Distantes, les cuesta dar y recibir afecto. Fácilmente irritables, tienen una autoestima extremadamente baja y una baja tolerancia a la frustración. Apelan a muchos mecanismos de defensa, mostrándose a menudo

inflexibles, agresivas y rebeldes, en particular con aquellas personas que representan a la autoridad y con la sociedad en general.” (pp. 22)

“Parecerían interesadas únicamente en objetivos y placeres inmediatos, sin detenerse a pensar en las consecuencias de sus actos.”(pp. 19)

Para Rueda (2007) la presencia de la mujer en calle es menos visible pero están más expuestas a la violencia, las agresiones sexuales y el comercio sexual. Por regla general, se descubren víctimas de abuso sexual, lo que las predispone a una sexualidad precoz, deformaciones de la identidad sexual y a menudo optan por la prostitución. De acuerdo con este estudio el 60% de las jóvenes son portadoras VIH/SIDA para Guatemala. Se hallan indicadores de múltiples mutilaciones e intentos de suicidio como marcas corporales.

En Argentina, Gentile (2008) realiza su investigación en base al análisis diferencial de “ser niño o niña y estar en calle”, del cual se rescatan diversos hallazgos que describen la alteridad de cada experiencia. Como primera medida se descubre que las niñas suelen salir ligeramente más tarde del hogar que los niños, eso implica que su nivel educativo sea mejor y, por otro lado, el contacto con el domicilio familiar es más frecuente y presenta vínculos más cercanos. Entre los factores desencadenantes de la salida del hogar se contemplan las responsabilidades domésticas, las tareas del hogar y el cuidado de los hermanos, el maltrato y los abusos del padre o padrastro que se encuentra en desempleo.

Se distingue que la socialización familiar es adjudicada a una condición de género, por tanto se les enseña a las mujeres a proteger y controlar su sexualidad, basado en criterios del cuidado de su reputación.

“El riesgo de exponerse situaciones de abuso sexual, de ser tratadas como prostitutas, puede ser así sutilmente legitimado en tanto se trate de ‘chicas de la calle’, es decir, de ningún hombre y por lo tanto, con su cuerpo y su sexualidad a disposición pública” (pp. 7).

De acuerdo con Gentile (2008), los comportamientos hacia las mujeres se dividen en dos tesis. La *primera* sustenta que las chicas suelen tener más éxito en la obtención de los recursos, donde se movilizan las ayudas desde la idea de ser seres frágiles y

vulnerables, ambas asociadas a un ideal de lo femenino. Las mujeres son tratadas como madres, reales o potenciales, y adquieren un mejor estatus social cuando tienen hijos, merodean las calles siendo dignas de protección y obtienen mejores recursos. El ser madre en calle aparece como una ilusión por sostener un proyecto de vida.

En línea con Gentile (2008), Valencia et al. (2014) aporta desde su investigación el temor prevalente que hay en las madres de que les sean quitados sus hijos por entidades como el Instituto Colombiano Bienestar Familiar –ICBF-, motivo por el cual le huyen a la institucionalización.

La *segunda* tesis se orienta a decir que estás mujeres son más discriminadas y rechazadas por el hecho de haber desobedecido a la familia tradicional-paternal, y poner sus sexualidades a disposición pública. Nuevamente se hace referencia a marcas y cicatrices producto de agresiones de otros sobre ellas, 27,9% hechas por mujeres y el 18,5% por hombres.

Así mismo, se afirma que evitan conductas femeneizantes, donde la agresividad y su aliento de pelea son constantes en el comportamiento callejero. Entre la complejidad del comportamiento callejero aparece “Voces, mujeres y calles”, crónica periodística realizada en la localidad de los Mártires en Bogotá en el año 2012 que muestra la construcción de subjetividades, comportamientos, saberes y representaciones sociales en mujeres habitantes de calle, quienes con su cuerpo defienden su territorialidad y con su jerga generan prácticas de auto-reconocimiento y reconocimiento de sus experiencias y subjetividades.

En el estudio de Román (2011) se revela que el consumo de sustancias psicoactivas en mujeres es distinto al que es acostumbrado en hombres, pues en ellas se destaca el consumo de pastillas, tranquilizantes, antidepresivos, benzodiazepinas y éxtasis.

En concordancia con esta categoría es relevante tener en cuenta investigaciones que dan cuenta las experiencias en cuerpos de Lesbianas, Bisexuales y Transexuales que se reconocen en el género femenino. Por ejemplo, el acercamiento de Moncada & Segura (2015) indagan el caso de “María” quién sale a calle desde su adolescencia por motivos de su orientación sexual y el rechazo familiar que esto le ocasiona. Sin embargo, estas

investigaciones son pocas y no han adquirido el renombre que merecen siendo su abordaje el reconocimiento de dinámicas alternas en calle.

Queda mencionar los aportes del estado de la cuestión para la investigación en curso. El primero, tiene que ver con entender el fenómeno de habitabilidad en calle en una dinámica constante y variable que depende de las condiciones sociales y estructurales del medio, donde habitan una diversidad enorme de poblaciones. Sigue en debate los términos en que debe concebirse como un trastorno de salud mental, de personalidad o de consumo, y se replantee como un estilo de vida y con ello, su dignificación a través del enfoque de derechos.

Por otro lado, reconocer que la radicalización de los términos en que se estableció la familia, sólo ha segmentado a la población y marginaliza las conformaciones familiares distintas, causando que realidades alternas sean problematizadas como es el caso de los hogares de jefatura femenina. Adicional a esto, estamos en el reconocimiento de formas familiares con relaciones saludables y vínculos fuertes que no deben relacionarse con un estrato socioeconómico, aunque la pobreza y el sostenimiento económico es una variable estresante.

En la misma línea, hay que afirmar que el autoritarismo, el castigo físico y las violencias deterioran las relaciones y los vínculos entre los miembros de una familia, pero no se debe polarizar esta información hacia la universalización del problema de habitante de calle. A pesar de tener en el hogar relaciones conflictivas, muchos individuos permanecen en ella hasta la adultez y son resilientes a esta situación, algunos adoptan los mismos modelos, otros difieren y obvian lo vivido en la infancia.

Es esencial de esta investigación dilucidar formas familiares nacientes en calle, donde no se haya mucha información, pues en los imaginarios sociales permanecen las ideas que la familia pertenece al ámbito privado y los habitantes de calle no tienen familia. Sin embargo, se encuentran algunos hallazgos que apuntan a reconocerlas y generalmente están orientados a ver al habitante de calle como ciudadano que ejerce sus derechos desde la calle.

La experiencia femenina tiene que ser un punto crucial, se hallan diferencias notables de la vida en calle con respecto a la vivida por el sexo masculino. Algunas de corte radical

suponen un abuso sexual como antecedente de la familia de origen, situación a verificar, y otras orientadas a rebelarse contra la domesticidad, en el cual las mujeres no quieren asumirla. Sin embargo, muy pocos se acercan a recolectar sus testimonios, estableciendo espacios de escucha y dejando de lado los miramientos sobre lo que debe ser su vida como generalmente se hace en los estudios de intervención.

Durante este apartado, se han traído a colación investigaciones de corte cuantitativo y cualitativo, pero se ha intentado disminuir el impacto del primer tipo, dado que la orientación de este proyecto, busca privilegiar los relatos, las narraciones y las voces de las mujeres.

1.5 El IDIPRON y su actuar sobre el goce efectivo de derechos de NNAJ

Esta investigación expone un panorama histórico y cambiante de las realidades de la habitabilidad de calle, las mujeres y la familia, para situarse como un análisis elaborado desde el 2016 al 2018, que tiene que ver con lo actual, lo real y lo experimentado por mujeres que han vivido en calle. El espacio está determinado por sus vivencias como transeúntes de la ciudad de Bogotá y el lugar donde todas convergimos en la Unidad de Protección Integral Oasis II del IDIPRON. Se enmarca dentro de estos términos, dado que ha sido corta la investigación científica y social sobre el tema, así que no es de mi interés analizarlo desde su historicidad –aunque mantenga cierta influencia- y si, argumentarlo desde las implicaciones que tiene actualmente.

El IDIPRON (2017) se fundó hacia el año 1967 y es una entidad distrital que, a través del modelo pedagógico basado en los principios de afecto y libertad, atiende las dinámicas de calle y trabaja por el goce pleno de derechos de la Niñez, Adolescencia y Juventud en situación de vida en calle, en riesgo de habitarla o en condiciones de fragilidad social.

Desde el modelo de atención se articulan dos formas: Internado y Externado.

De acuerdo con el IDIPRON (2019), el *internado* es una medida fundamental para NNAJ que carecen de referentes familiares y/o sociales o estos se constituyen en una amenaza alta para sus vidas, o al mismo tiempo, sus familias se encuentran habitando la calle o

en condiciones sumamente frágiles. El procedimiento inicia con el ingreso de niños, niñas, adolescentes y jóvenes a las Unidades en modalidad internado en la etapa de acogida y culmina con la etapa de autonomía y egreso satisfactorio, que se da de acuerdo a la situación de cada NNAJ.

Los internados funcionan las veinticuatro (24) horas del día, siete (7) días de la semana durante todo el año. Es un espacio formativo que trabaja desde los afectos y la libertad, generando procesos de formación integral, en donde se busca la garantía y restablecimiento de derechos con enfoque diferencial y de género, adicionalmente trabaja por el fortalecimiento de sus áreas de ajuste con acompañamiento afectivo en lo individual, familiar, social con el fin de potenciar sus habilidades y herramientas para la vida.

Mientras que, el *externado* funciona con espacios abiertos a la comunidad en donde los (as) NNAJ que se encuentran en un riesgo inminente de vulneración de derechos, se atienden de acuerdo a la dinámicas de calle que presentan, desarrollando en ellos y ellas sus capacidades bajo los principios de afecto, libertad, y alegría, para que se reconozcan con la actitud de sujetos transformadores y ciudadanos que ejercen sus derechos y deberes con autonomía, permitiéndose alcanzar una vida digna y feliz. Se busca que cuente con las herramientas formativas necesarias del ser para enfrentar en el mejor sentido las realidades sociales (IDIPRON, 2019a).

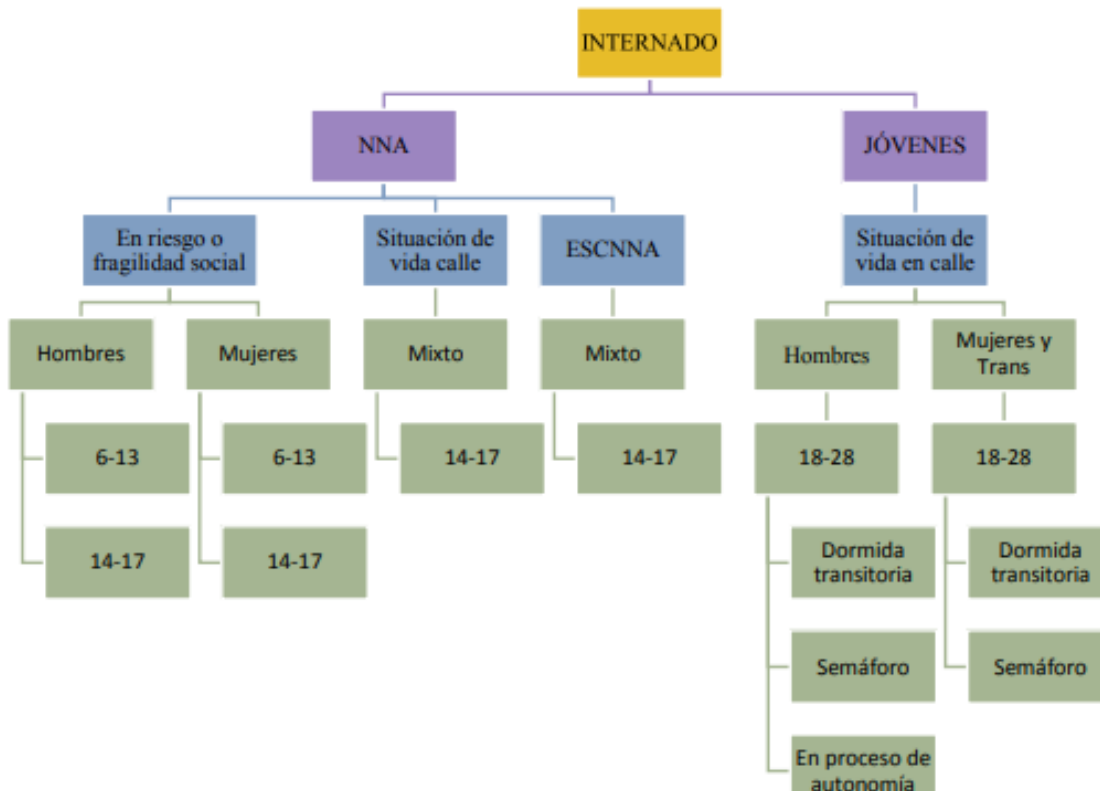
El modelo pedagógico vincula a sus estrategias y acciones específicas las áreas de derecho con el fin de responder las necesidades de los Niños, Niñas, Adolescentes y Jóvenes (NNAJ). Estas áreas son psicosocial, sociolegal, salud, espiritual, escuela y emprendimiento.

Desde el área psicosocial se realizan acciones de intervención familiar con el fin de articular esfuerzos que vinculen a la familia con su realidad, se busca fortalecer redes de apoyo y, en los casos en que sea necesario, se asuma un proceso de corresponsabilidad (familia-individuo), que permita un egreso satisfactorio o en otros aspectos que amerite la situación (IDIPRON, 2017).

Se acoge a NNAJ en Unidades de Atención Integral de acuerdo a la edad y su situación. En el caso de los y las Jóvenes se revisa especialmente que sea mayor de 18 años y

tenga situación de vida en calle o alta permanencia en calle. Es así que se determina a qué unidad pertenece el o la joven.

Figura 1- 1. Atención de los NNAJ de acuerdo a su edad y situación.



Como se observa en la Figura 1-1, cada rango de edad obedece a una sede distinta y en el caso de jóvenes mujeres y trans se halla la Unidad de Protección Integral Oasis II con modalidad de internado. De acuerdo con IDIPRON (2019), los criterios de ingreso y acogida para jóvenes son:

- Jóvenes de 18 a 20 años de edad.
- Jóvenes con situación de vida en calle.
- Jóvenes con alta o total vulneración de sus derechos.
- Con débiles o ausentes vínculos familiares, con condiciones de pobreza, alto deterioro físico, mental y social, desnutrición crónica y en algunos casos severa, pérdida de hábitos.
- Adicción al consumo de sustancias psicoactivas.

- Sin vivienda, arraigo y trayectoria institucional, son nómadas, van de un lugar a otro, dentro de la misma ciudad o de una ciudad a otra.
- Sus actividades son la mendicidad, el rebusque, reciclaje informal o actividades delincuenciales.
- Con problemas o en riesgo de vincularse en conflictos con la ley.
- No están vinculados al sistema educativo, y si lo están, no hay una asistencia regula

El enfoque diferencial se encuentra en la planeación estratégica del IDIPRON (2017) e incluye los siguientes ejes de acción:

- Eje 1: Género y diversidad sexual
- Eje 2: Víctimas de conflicto armado
- Eje 3: Adolescentes en conflicto con la ley
- Eje 4: Víctima o riesgo de ESCNNA
- Eje 5: Mitigación enfocada a la superación del consumo de SPA
- Eje 6: Cultura ciudadana
- Eje 7: Derechos Humanos y ciudadanía
- Eje 8: Etnia
- Eje 9: Habilidades diversas

El primer eje involucra directamente a esta investigación. Para el IDIPRON (2017) el género y la diversidad sexual hace referencia a las expresiones de sexualidad y género de los seres humanos. Incluye las distintas identidades de género y orientaciones sexuales que manifiestan las personas. Generalmente ha sido utilizado como un término paraguas para incluir en él a gays, lesbianas, bisexuales, transgéneros e intersexuales. El enfoque de género visto desde la óptica del IDIPRON se entenderá como la interpretación y análisis de las diferencias a partir de la forma como los hombres y las mujeres se definen por la sociedad y la forma como interactúan.

Precisamente los vacíos que plantea el estado de la cuestión, permiten la viabilidad y pertinencia de esta investigación, donde convergen las experiencias de familia desde/en la calle, la socialización del género en familia y en calle, y se develan las percepciones de los entornos en que las mujeres transitan. Se privilegia las versiones de las mujeres

que participan, teniendo en cuenta que usualmente no se han visibilizado con este énfasis de género.

2. Acerca del método

“Desde el comienzo de mi acercamiento al problema pude comprobar algo bien sabido por quienes practican ciencias sociales como la psiquiatría, la sociología o la psicología, no en vano llamadas ciencias del hombre, y no tan sólo por el hecho de proponerse estudiar fenómenos humanos sino por su sentido comprensivo e idealista. Mal pueden en consecuencia aislar al sujeto de su estudio. Materia tan volátil como la suerte de un gamín, o la de un país como Colombia, es imposible considerar con seriedad desprendiéndose de todo ideal” (pp.13)

Gutiérrez, Gamín: Mi vida con niños de la calle, 1998

Parto desde un enfoque de investigación *cualitativo* en la medida en que privilegio las dimensiones subjetivas del individuo y de cómo se representan y significan en la realidad social, donde epistemológicamente refiere que somos artífices de los propios procesos de producción de conocimiento (Castillo, 2003). Es el enfoque cualitativo una forma en que comprendemos la realidad como sujetos históricos que crean a partir de sus lógicas, motivos y creencias que busca desde lo cotidiano la comprensión de relaciones, visiones, rutinas, temporalidades, sentidos y significados. De allí que, en la investigación se haya privilegiado la creación de un espacio entre mujeres, donde podemos construirnos y deconstruirnos a través de las narrativas y su comprensión de lo habitual, de la vivencia diaria en diferentes entornos.

El enfoque cualitativo propone que la formulación teórica sea el punto de llegada, el resultado de la información recolectada y usa la inducción analítica. En concordancia con lo expuesto se advierte que, la orientación epistemológica de esta investigación es el *construccionismo social*. De acuerdo con esta postura no hay acceso objetivo a la realidad, ya que ésta es de factura social y lo social incluye lo axiológico. Por esto el aporte que hago es vital en la reconstrucción de ambas realidades, la estudiada y quien la estudia. Esto conlleva un cambio paradigmático que, como señala Fried Schitman (1994, citado en Molinari, 2003) contempla la ciencia, los procesos culturales y la subjetividad humana como socialmente construidos y recursivamente interconectados.

Cuando Gergen (1996, citado en Sandoval, 2010) plantea el construccionismo social, establece que esta no pretende ser una teoría propiamente, sino más bien un intento meta-teórico por construir una alternativa a la hegemonía del empirismo en la

epistemología, del conductismo y del cognitivismo en la teoría y del experimentalismo en la metodología. Se posiciona la postura como una relación de dependencia entre conocimiento y realidad, a partir de la cual resultaría insostenible la creencia de que el mundo pueda existir con independencia de las condiciones sociales involucradas en su propio conocimiento. En términos de Gergen (1996, citado en Sandoval, 2010) se autodefine como una verdadera crítica social:

“En lugar de considerar la crítica como reveladora de los intereses sesgados podemos considerarla como aclaradora de las consecuencias pragmáticas del propio discurso” (pp. 71)

De acuerdo con Sandoval (2010) el construccionismo social se propone desarrollar una perspectiva alternativa al enfoque individual del conocimiento, permitiendo analizar el rol que juega el *saber compartido* por una comunidad en la mantención y reproducción de la realidad. Esto quiere decir que el conocimiento cotidiano o la representación científica que tenemos de la realidad social no solo es un reflejo sino un elemento constitutivo de lo que la realidad social es, y para ello, es importante resaltar lo que las personas narran al margen de lo impuesto y el deber ser. Desde este lugar, se cuestiona la familia y la calle, y se define la “acción discursiva” del construccionismo que da paso a la subjetividad sobre repertorios conceptuales.

Un error del construccionismo, el cual debe resguardarse durante la investigación, es el reduccionismo. Sandoval (2010) explica que puede lograrse a partir de entender que el mundo se constituye a partir de una particular relación, entre naturaleza simbólica y material al mismo tiempo. Además de reconocerla como una “acción situada” que se analiza en dos niveles: El primero requiere reconocer una práctica real, unos “materiales” que se relacionan con el cuerpo y la forma de vida. El segundo está en reconocer que tanto el conocimiento como el mundo no se construyen a través de una representación mental ni una construcción lingüística, sino por medio de un proceso de articulación entre ambos. Es decir que dialogamos, negociamos y nos mezclamos a través del conocimiento, porque ambos, conocimiento y mundo, son ámbitos incompletos e interdependientes que se constituyen en el momento mismo de la articulación.

Está en el reconocimiento de que hacemos parte de un mundo al que influimos y nos influye. Es decir que no es viable reducirlo a la imagen objetivista pero tampoco a la metáfora humanista de que “nosotros” –los seres humanos– hacemos totalmente al mundo (Sandoval, 2010).

Los aportes que se construyen a través de una psicología social construccionista logran que categorías como discurso, subjetividad e historicidad sean cada vez más representativas y se logre una verdadera actualización disciplinaria de este campo del saber con respecto a los debates de la filosofía y demás ciencias sociales.

Losantos, Montoya, et. al (2016) proponen que en esta postura epistemológica se constituye un desafío crear un rol de investigadora transparente en relación a los participantes, donde los análisis se construyen a partir de las interacciones dadas en un espacio inmediato, que Gergen (2007, citado en Losantos, Montoya, et. al, 2016) dirá que tiene ciertas determinaciones de tiempo y contexto. Es así que se postulan ocho premisas que ayudan a entender la aproximación realizada durante la investigación y que, de acuerdo a los autores, aportan específicamente a la investigación en psicología:

- Es antirealista en la medida en que los hallazgos dependen del momento. Sus resultados pueden variar de acuerdo a los acercamientos.
- Es antiesencialista que quiere decir que, las personas se encuentran en constante movimiento y crecimiento, por tanto, son susceptibles al cambio –historicidad-.
- El lenguaje ayuda a comprender los marcos de referencia teórica que cada quién tiene, moldea sus formas de pensar y entender el mundo.

Esta concepción permite reconocer en el uso del lenguaje las configuraciones que influyen la realidad del individuo. Gergen (2000, citado en Molinari, 2003) reconoce los juegos del lenguaje por el cual se participa en las convenciones sociales, los modos para describir, explicar y representar la realidad se derivan de las relaciones y los significados se construyen en acuerdos-negociaciones entre personas de forma dinámica y activa, cómo damos forma al futuro y lo decretamos, y la capacidad reflexiva inherente a la vida del individuo.

- Se centra en la interacción y en las prácticas sociales.
- Inicia con la premisa de que no es posible la existencia de una psicología universal como una sola forma para explicar las realidades.

- La investigación como forma de acción social, donde se invita a reflexionar sobre la responsabilidad que conlleva escribir sobre las personas ya que influye en la forma en que son investigadas.
- Enfatiza en la interacción y no en la estructura, por tanto, se privilegia el equilibrio entre investigador e investigado.
- Basado en la premisa del *no saber*, presentada por Anderson y Goolishian (1992) desafía al investigador a apartarse de teorías o modelos que intenten explicar o dar sentido a sus datos. Implica una actitud que transforma desde la manera de preguntar del investigador, hasta la forma en que se hace el análisis de los datos, enriqueciendo de esta manera la comprensión de la experiencia de los participantes.

Pearce (1998) propone tres fases que ayudan a comprender el lugar de cualquier persona, y en términos generales, al participante e investigador:

Primero, es clave reconocer la dimensión del Self o de sí mismo, lo que sabemos que somos, en el sentido en que nosotros nos reconocemos y asumimos la responsabilidad por actos particulares.

Segundo, todo acto que realizamos es co-construido, en interacción social con otros y para que sea de esta manera se debe reconocer la influencia de la triada de acciones: eventos circundantes, lo que sucedió previamente y lo que sucederá después.

Tercero, debe entenderse su contexto y el hecho de que siempre actuamos desde y hacia contextos. Generalmente siempre tenemos nociones acerca de qué acciones son adecuadas, cuáles no, cuáles se requieren y cuáles son permitidas. Se habla de la fuerza contextual (la prefigurada por el contexto vigente) y de la fuerza implicativa (lo que la acción realizada implica para el contexto).

El compromiso del investigador es genuino en la medida en que su quehacer es metodológico, no político, ideológico o de cualquier otra índole. Esto quiere decir que se orienta a compartir responsabilidades, realizar una tarea en común y edificar resultados. Cuando se relatan esos resultados, el investigador no asume la neutralidad valorativa, ideológica y política. En este punto ya no hay espacio para ser indiferente y neutral, y es quien se entremezcla con los motivos de estudio.

2.1 Sobre el espacio y las participantes

Esta investigación interactúa con la Unidad de Protección Integral Oasis II del IDIPRON, la cual acoge a mujeres habitantes de calle entre los 14 y 28 años de edad, donde se manejan dos modalidades de atención que inician en lo que se conoce como Operación de la Amistad - Trabajo calle. Las personas de esta área se encargan de estar cerca de la joven e iniciar una simpatía. Generalmente, Trabajo Calle recoge mujeres en zonas como Plaza España, Tercer Milenio, San Bernardo y áreas aledañas, y la Unidad está ubicada en el barrio Puente Aranda de la ciudad de Bogotá.

A través de esta etapa, se les invita a asistir a la Unidad a la primera modalidad de atención: *Externado* –antes se les conocía como el Club de la Operación de la amistad. Cuando se lleva a las mujeres a la Unidad, se intenta afianzar la amistad, el educador debe ser amigo, pues no crítica, no moraliza y debe ganarse la confianza para que la persona acepte libremente pasar a la segunda modalidad.

Aquí pueden pasar el día, se les recibe, se les invita a bañarse, a lavar su ropa, se les ofrece comida –desayuno, almuerzo y dos meriendas-, tienen el tiempo para descansar-dormir y de vez en cuando asistir a alguna actividad planeada. Se ofrecen servicios médicos prioritarios, algunas llegan en estado de embarazo, otras heridas y muchas con enfermedades crónicas, trastornos psiquiátricos -no necesariamente asociados al consumo- o Enfermedades de Transmisión Sexual. En estos casos, tienen una enfermera dispuesta a la atención primaria que realiza el tratamiento o remite a las entidades pertinentes, y los servicios de psicología y trabajo social. A cambio se les pide el respeto por las normas de convivencia, no pueden ingresar armas ni sustancias psicoactivas y deben otorgar la información necesaria para la apertura de la historia social.

La segunda modalidad, *Internado*, invita a que la persona asuma el compromiso de dejar la calle y dedicarse a un proyecto de vida diferente, más productivo, estimulante y humano. La unidad ofrece actividades y talleres para que las mujeres asistan durante el día, manteniendo su mente ocupada, ofreciendo métodos para la orientación laboral y trabajando en la reconstrucción de sus redes. En el servicio de externado, la persona va diariamente y se retira en la tarde. Mientras que, a nivel de internado se busca que se motive a quedarse por más tiempo y genere o continúe su proyecto de vida. Sin

embargo, la permanencia en el servicio de internado puede durar desde días hasta meses, depende de la adherencia de la persona.

Desde aquí, yo como investigadora –ser humano-, narro la primera experiencia que tuve al conocerlas y empiezo a darle un lugar a mi voz:

Los primeros encuentros que tuve con ellas se dieron en la Unidad de Protección Integral de Luna Park que se ubicaba en el barrio El Restrepo (En el año 2015 solían estar allí y se atendía la misma población que ahora en El Oasis). Recuerdo que me solicitaron una intervención de convivencia especial desde el área donde trabajaba -ya intuirán el por qué-. Era difícil enfrentar las condiciones en que ellas estaban inmersas, demasiados conflictos y enfrentamientos entre unas y otras, la sede contaba con baja asistencia de externas y permanencia de internas, y se rumoraba que la iban a cerrar. El primer día hablé con la coordinadora, me aseguraba que era un espacio complejo, sin muchas alternativas. De allí que haya dedicado seis meses a apoyar la convivencia de la unidad, mi objetivo era entender sus dinámicas y ofertar actividades en las que las mujeres pudieran verse identificadas y poder aliviar algunas condiciones de la convivencia. Claro, verme rodeada y reflejada en ellas, me ponía a pensar demasiado en mí misma.

Iniciar esta investigación, fue volverlas a ver y revivir ese reflejo. Esta vez, estaban ubicadas en la Unidad de Protección Integral Oasis II de Puente Aranda y sus dinámicas eran distintas, especialmente porque ahora eran muchas más –se aliviaba el rumor del cierre- y este patio es contiguo a Oasis I, la unidad de hombres habitantes de calle que atiende desde los 18 años, entonces cambiaban su interacción. Allí, sí que son muchos más.

Cuando entras al Oasis II, ves cómo convergen un sinnúmero de acciones y actividades en un mismo espacio. Algunas duermen, dentro –bajo techo- o fuera –en la cancha-, otras merodean el espacio con mirada sigilosa o hablando solas, otras están sumergidas en lo que parece una interesante conversación y otras participan de las actividades que les ofrecen. Todas mantienen una atención y un interés latente por las dinámicas del patio contiguo.

Enfrentarme a invitarlas fue la primera actividad que debía realizar y tenía que ser motivadora o si no, ni yo entraría. Al inicio, el facilitador de convivencia me apoyó e incentivaba su interés, prometiéndoles algo de merienda o un reconocimiento. Con el

paso de los días, esto no fue indispensable, empezaban a conocerse y ellas se acercaban: “profe, ¿hoy qué vamos a hacer?”. Quienes lo decían solían ser las más recurrentes en la Unidad y las que más participaban de cualquier actividad.

Idealizaba un espacio de conversación entre 5 a 10 mujeres participantes y con ello, sentiría que eran suficientes. Así que en la primera sesión, llegué a contar con trece mujeres y ese mismo día, tan solo cuatro quedaron en la socialización del ejercicio. Sentí que lo había planeado demasiado y fue tan larga la metodología, que muchas se distrajeran, se marcharon y no pudimos evitarlo. El espacio tampoco ayudó, no hay un salón donde puedas cerrar la puerta, concentrar su atención y nuestros relatos. Esto no podría enmarcarlo como un error, sino como un aprendizaje para lograr estar con ellas y construir.

Para la segunda sesión, modifiqué mis estrategias, empecé a adaptarme a las necesidades del medio, pedí un espacio con puerta y acorté los tiempos de los talleres. Esta vez, participaron siete mujeres y sin embargo, su atención era selectiva y alternada. Así que mi ejercicio como investigadora, antes de ser rígido e inflexible, debía seguirse adecuando a sus dinámicas y fluir. Recuerdo que, para la última sesión, fuimos cinco, cinco valiosas mentes que nos descubrimos en la exploración artística y en la narración. Fuimos suficientes.

El diseño de cada sesión era único porque conocía a la población, sabía de su itinerancia e impermanencia, y de sus dificultades para mantener la atención y concentración. Así que, su interés por mis objetivos podía variar, ser mínimo o ser demasiado para participar y compartir del espacio. Este era un aspecto vital del método, que no permitía ejecutar entrevistas a profundidad y fortalecía el taller grupal como espacio para compartir y disentir con nuestras experiencias.

De acuerdo con Ganuza, Olivari, Paño, et. al (2010), se plantea una muestra de variables relevantes. Esto quiere decir que se seleccionaron variables sociales relevantes para la problemática tratada y usualmente adaptadas para la investigación cualitativa. Se tuvieron en cuenta factores asociados al lugar donde realizan su actividad cotidiana y el género, así como el vacío de información bibliográfica existente sobre mujeres que viven en calle.

Como criterios de selección para la muestra de variables relevantes, me planteé la participación de mujeres jóvenes que estuvieran en la modalidad de internado y que no hubiesen consumido sustancias psicoactivas al menos en dos días. Esto también se verificó al iniciar el taller reflexivo, donde les conté mis objetivos y colocaron su firma en el consentimiento informado. Solo en el primer taller, dos decidieron no firmarlo.

Durante la recolección de la información participaron un total de veintiún jóvenes entre los 19 y 26 años, otras tres de forma más itinerante transitaron el espacio y dejaron algunas de sus percepciones. Favorablemente se presentó que algunas participaron en más de una sesión y una, participó en todas. Compartimos entre mujeres heterosexuales, población LBTT, que quiere decir Lesbianas, Bisexuales, Transexuales y Transgénero, hombres haciendo el tránsito hacia el femenino y viceversa.

La recolección se realizó durante dos meses, octubre a diciembre de 2016, y se utilizó registros de audio, video, fotografías y la exploración artística con diversos materiales. Tres sesiones fueron lideradas por una artista profesional y dos de ellas las dirigí yo.

Mi intención como investigadora fue la de ser una participante reflexiva o en interacción como lo plantea Pakman (1994), intervenir con observaciones, metáforas y un lenguaje que ayudará a co-construir las narraciones. Esta postura concibe la objetividad de la observación como un ilusorio del proceso investigativo, ya que siempre se participa del contexto y precisamente es el sujeto investigador quién lo influencia. Así que, más valía que yo reconociese cómo influenciaba al grupo y participara de las sesiones desde diferentes papeles: un sujeto que aporta la reflexión desde su propia versatilidad.

Siguiendo a Pakman (1994):

“En el mismo momento en que nos observamos mutuamente y damos cuenta de nuestras propias cegueras a través de la mirada ajena, somos ciegos a aspectos de la interacción en la que estamos envueltos y que están condicionando nuestra mutua observación” (pp. 364)

Aunque muchas de esas cegueras no las detecté a tiempo y tuve que enfrentarlas cuando leí los diarios de campo y transcribí las sesiones.

Desde la postura del participante en interacción, entendí mis propios juegos mentales, estaba imbuida en el quehacer, lo que seguía, las instrucciones, las preguntas y el cierre.

Sabía que era algo que quería evitar, así que en las sesiones que dirigió la artista de formación, ella se ocupaba de liderar y yo me dedicaba al proceso de ser parte del taller. Aunque, mantuve más mi silencio en las sesiones en que estuve acompañada, mi mente también estaba en el quehacer, lo que seguía, las instrucciones, las preguntas y el cierre.

En ese lugar, siempre participó mi género, mi edad, mi jerga y se notaba en los juicios y comentarios que construíamos en los talleres. Aún escucho en mi mente algunos de esos comentarios “pero es que, si uno es hija de ricos, ¿para qué va a tener que lavar la loza?”. No lucho contra ellos, no los juzgo, pero resuenan en mi mente. Claro, porque si así fuese, el que yo sea una hija de ricos hace diferente nuestra interacción y por tanto, la investigación en terreno estaba moldeada por nuestras verdades.

Ellas se interesaban por saber mi orientación sexual, saber si consumía algún psicoactivo y escuchaba que constantemente hablaban sobre “*la arepa, la arepuela, el chorizo y arepa, la vareta, la cana (cárcel)*”. Buscaban y buscábamos las diferencias o las similitudes con mis narraciones y mi vida. En ocasiones, acepté el juego, en algunos comentarios, les das la razón y en otros más vale mantener el silencio. En ese juego, también hacían presencia mis prejuicios, conocimientos, metáforas y se hacen evidentes, no por eso dejan de ser reales -allí está la potencia del lenguaje-. Hallé algunos tonos displicentes, castigadores, condescendientes, reflexivos, que seguían edificando la interacción y construyendo este espacio.

2.2 Talleres reflexivos y diarios de campo

Los talleres como herramienta de investigación son usados desde distintas ramas de conocimiento social: las teorías socio-críticas, fenomenológicas, idiográficas, y etnográficas. Aunque se entiende que hay quienes consideran el taller como un método con serias limitaciones epistemológicas, los resultados han demostrado que es un instrumento válido para la socialización, transferencia, apropiación y desarrollo de conocimientos, actitudes, competencias de una manera participativa y pertinente a las necesidades y cultura de los participantes (Ghiso, 1999).

Cuando el interés investigativo opta por el uso de los talleres, esto implica que su objetivo está en conocer la pluralidad de las voces. Ganuza, Olivari, Paño et. al (2010),

afirman que se crea un espacio en el que los propios implicados pueden expresar directamente un diagnóstico sobre el problema y además que lo puedan debatir, discutir y reflexionar entre ellos. Tienen un doble efecto, es decir que garantiza que el problema sea tratado desde una visión conjunta por encima de las particularidades, aunque propiamente hable desde las particularidades mismas de los implicados. Este momento es importante pues cristaliza la frontera entre un problema que puede sentirse como propio e individual, y un problema conjunto y público.

Son los talleres participativos la herramienta por excelencia de las metodologías participativas y aunque ofrecen información menos estructurada, garantizan el acercamiento a los síntomas y los problemas de la gente. Ghiso (1999) propone tres ejes que le entregan validez al taller como método de investigación y que son útiles para tener cuenta:

- El taller como dispositivo: Conjunto multilineal compuesto por elementos de diferente naturaleza como son sujetos, intenciones, lenguajes, reglas, visiones, ubicaciones, objetos de estudio y técnicas, dispuestos para facilitar el hacer conjuntos. Esto permite que se desencadenen diferentes haceres: hacer ver, hacer hablar, hacer recordar, hacer conceptuar, hacer analizar y muchos otros que permiten que el quehacer de investigación se haga visible. Los talleres como dispositivos deben contener regímenes, normas, indicaciones y procedimientos que permiten o facilitan el quehacer.

Es muy importante aclarar que el taller rompe con la dominancia del investigador, democratiza y construye en todos, sujetos de conocimiento y acción, capaces de verse y ver al que los ve.

Se permiten los quiebres, las transformaciones, las mutaciones, los cambios que influyen en que el taller no sea igual al anterior.

- Establecer relaciones significativas del dispositivo implica reconocer como median el poder, la interacción, el saber, la subjetividad, la ética y la estética en los participantes. Implica trabajar con estas dimensiones y mediar en su aparición de acuerdo a las normativas del taller.

- En el taller se recrean distintos ámbitos configurativos, nichos, espacios, disposiciones que se derivan en las siguientes categorías: emocional, intencional, corporal, conversacional, dramático y contextual. Es tarea del investigador estar alerta y dar cuenta de estas interrelaciones configurativas.

Para esta investigación es muy importante el ámbito emocional, en la medida en que se indaga por sus narraciones e historias de vida. Darle un lugar prioritario implica reconocer sus emociones, miedos, frustraciones y expectativas que pueden facilitar u obstaculizar el proceso de investigación. En la misma línea, el ámbito dramático nos hace pensar que los procesos, los medios y los contenidos se ponen en escena para ser reconocidos y en esa medida, son representacionales, más que exponerlos con la necesidad de objetivizar la realidad.

Sin demeritar las otras dimensiones, el ámbito intencional nos permite definir los fines de cada taller, lo conversacional en reconocer los componentes verbales y no verbales, lo corporal le da un lugar de presencia al cuerpo y lo contextual un centro de referencia general.

Finalmente Ghiso (1999) propone que este dispositivo fortalece paradigmas de investigación emergentes en los que la construcción de conocimiento es entendida desde una perspectiva constructivo-dialógica.

Es por esto que se utiliza como herramienta de recolección los *talleres reflexivos*. Gutiérrez (2003) los plantea como un instrumento válido que pone en juego las subjetividades a partir de la interacción significativa, respetuosa y democrática. Esto no sólo se logra a través del diálogo sino que mi propuesta se complementa con la exploración artística en el taller y el modo en que esta enriquece esa subjetividad.

El principal foco está en la participación activa de los integrantes, además de la construcción de ideas, propuestas, visiones y disertaciones de la temática. Cada participante realiza sus propias reflexiones y conclusiones de acuerdo a su subjetividad. Son ejes principales del taller reflexivo, la ética de la palabra y el lugar de la escucha, no se impone un saber sino que se escucha atentamente las necesidades del otro. Esta metodología fundamenta el proceso y no el producto, estando muy atentos del curso que va adquiriendo la palabra a través de la narrativa.

Como lo decía anteriormente, los talleres reflexivos que aquí se proponen fueron diseñados como sesiones únicas, esto quería decir que no tenían continuidad y sus asistentes fueron distintos en cada ocasión, teniendo en cuenta su dinámica entre calle-institución. Se realizaron sesiones de 60 a 90 minutos y salvaguardamos la confidencialidad de sus nombres e historias de vida a través de la herramienta del consentimiento informado.

En línea con Zapata (2006), se ajustan los talleres con las fases propuestas por la autora:

- ***Encuadre.***

Iniciamos a presentarnos de forma breve, nuestros nombres, edades, áreas de conocimiento y algunas recomendaciones generales del espacio. Algunos días realicé preguntas breves o platicamos desde nuestro cotidiano con el fin de crear confianza y distensionar el ambiente.

Con el paso de las sesiones, descubrí que las participantes no necesitaban muchas explicaciones de lo que íbamos a realizar ni una presentación extensa, pues entre más tiempo nos demorábamos más se dispersaba su atención. Ellas veían los materiales y en seguida querían tocarlos y dejarse llevar por la actividad –esa también era su manera de hablarnos-.

- ***Fase de construcción inicial o preliminar.***

Participar con nuestras narraciones inició con el compartir de alimentos y éste fue un factor vital que las distrajo de tocar los materiales, las hacía pensar en cuál alimento llegaría a sus manos. Algunas de ellas lo ansiaban y “devoraban”, otras pocas esperaban. Una fruta, un dulce, unas papas fueron la excusa perfecta para invitarnos a todas a realizar la actividad. Ellas que, en ocasiones, no tienen ese alimento, saben que en la unidad cuentan con él, lo ansían y se movilizan para hacer algo y que se los den más rápido. Otras calman esa ansiedad pidiendo cigarrillos (“Esa ansiedad” que muchas veces es efecto secundario de un estado de abstinencia).

Entre juegos y realidades, las participantes develan sus necesidades y deseos. En la sesión Nro 1. del ejercicio con siluetas, una de ellas lo dejó escrito en el suelo “quiero

merienda”. El alimento condiciona sus expectativas de la actividad y la influye directamente, tanto explícita como implícitamente. La comida es vital en su experiencia.

Al principio, en las sesiones que iniciamos con juegos y actividades preliminares tuve dudas sobre su capacidad para entender las instrucciones, pero en realidad no existía dicha dificultad. Como cualquier otra población, se explicaban, otras se hacían trampa o simplemente las hacían. En cambio, en algunos momentos caí en sus juegos de lenguaje y no comprendía lo que querían decirme. Aplicamos algunos ejercicios de distensión formulados por Aguilera et. al (1995): los cuentos cooperativos, “con las manos en la masa” y otras actividades no verbales como el orden de las edades, nombres y apellidos.

- ***Fase de recolección de datos e informes.***

Para la recolección de datos e informes se combinaron distintas propuestas de trabajo orientadas por la exploración artística: algunas suscitadas desde el recuerdo, desde las fantasías, de la observación natural del tema, o simplemente se animaba con la técnica básica, la experimentación del material.

Así como el construccionismo social orienta epistemológicamente la investigación, la creación artística es el medio para hacerla realidad –metodológicamente hablando-, es el camino y el fin, y es fiel representante del mundo interior, así quiera negarlo. En palabras de Furst citado en Martínez (2006), “cuando comprendemos que el mundo interior y el mundo exterior de un individuo están interrelacionados, podemos observar que la situación interior puede proyectarse en el mundo exterior y que éste influye en el mundo interior. Eso significa que el mundo consciente y el mundo inconsciente están entrelazados y se influyen mutuamente, y esta relación se expresa en diversos grados en los dibujos” (p.125).

La exploración artística permite que se produzca una imagen que contiene una fuerza pre-verbal, representa las pulsiones, los deseos y la memoria, entendido como un producto que emerge durante la creación gracias a la fuga del control racional (Gil, 2011). Este resultado lo compartimos con el diálogo, en el silencio, en la negación. Allí se da lugar a las narrativas individuales y grupales que se van configurando en ese momento.

- ***Plenaria, devolución y aportes.***

Con gran evocación Dufrenne (1976) nos recuerda lo importante de habitar el arte:

“Antes de describirlo, evoquemos lo que produce en nosotros. Al experimentar cómo nace en nosotros la pintura, a la vez que nosotros nacemos de ella, podremos intuir cómo nace en el acto del pintor y lo que quiere decir estar en el mundo como pintor.

La pintura está ahí. Nos incita a mirar. La mayoría de las veces, no vemos; no nos privamos de actuar y no registramos más que los signos que exigen el saber y la acción: conceptos y útiles. Incluso la pintura, la vemos muy raramente, pasamos demasiado aprisa. Para que nos habite, es necesario que esté ahí, donde nosotros habitamos, como un objeto familiar y, con todo, siempre sorprendente, inagotable. Y sucede que contestamos, ¡presente!, a su llamada y nos ponemos a ver” (pp.7)

En ocasiones, la plenaria, la devolución y los aportes implican la consolidación de los aprendizajes de las sesiones. Estos adoptaron formas inesperadas: sentir cansancio, mostrarse distraída, pensar en las actividades que seguían (muchas veces la cena), negarnos el espacio (no querer hablarlo) o haberlo dicho todo, con el silencio y la participación dentro de la misma actividad, fueron suficientes para captar lo que cada una se lleva del espacio. Algunas se llevaban el producto artístico, otras lo abandonaban y otras pedían permiso para llevarse lo de todas, fueron actitudes más dicientes que usar las palabras.

Complementando los talleres reflexivos, usé el *diario de campo*, metodología extraída de la etnografía, que permite la narración autobiográfica, el registro y sistematización de las observaciones del investigador en diálogo con la complejidad de lo intersubjetivo y la negociación cultural interna (Vásquez, 1998). No sólo utilicé la escritura, sino que me permití explorar la opción visual y artística reconocida en la bitácora del artista. Su uso lo relaciono con la postura adoptada en el construccionismo social que, prioriza las subjetividades del investigador.

Por los diarios me di cuenta que las imágenes mostraban mi propia deconstrucción, intentaba deshacer mis significados que están llenos de control racional, los reconocía pero fluía con mis emociones, simplemente sintiendo, y así surgieron las diferentes imágenes. Mientras que con la escritura me permití ver los tonos con los que me relacionaba con ellas, prejuicios y verdades, angustias en el tiempo presente y futuro.

Diario tras diario, algunas se volvían más sólidas e impedían ver más allá, otras se volvieron más sutiles y menos gregarias.

2.3 Productos

El producto de los talleres se orientó en dos vías: La recolección de narrativas y la exploración artística.

La narrativa es la expresión cotidiana de la experiencia individual, cómo es organizada y si tiene coherencia, con el fin de que quién cuenta entienda los sucesos de su realidad y modifique, si es necesario (Zapata, 2004). Se describen dos estrategias metodológicas propuestas por Michael White que influyen el trabajo narrativo:

- La de-construcción de relatos: Implica la distinción de la historia saturada por el problema, de los eventos únicos y excepcionales que no encajan en la misma para retomar preguntas que revisan el detalle del guión del individuo. La familia es vista como un contexto de significado social y una exposición de la experiencia humana, donde los procesos de construcción del mundo están limitados por las creencias, mapas y premisas que se tienen acerca del mundo (Bateson, 1972; Maturana, 1987, citados en Zapata, 2004).

Esta deconstrucción tiene estrecha relación con lo que White (1989, citado en Lax, 1998) argumenta sobre la identificación de narrativas dominantes que se estructuran como discursos políticos que someten al sí mismo, pero que al expresarse se prestan para despertar la actitud reflexiva, capaz de recrear narraciones nuevas e ingeniar nuevas salidas, nuevos roles que construyen o deconstruyan su identidad.

- Las conversaciones externalizadoras: Permiten “objetivar” o de-construir las historias que construyen identidades y mitologías fijas y paralizantes, por el desarrollo de nuevas historias, donde se manejan las dificultades y los conflictos, y se mejora la interacción con otros.

El trabajo grupal propondrá una salida externalizadora de sucesos que han vivido las mujeres y despertarán la reflexión en ellas y otras sobre el camino elegido, sus relatos permitirán verse en los ojos del otro. Esta actividad presenta una forma de

investigar, de indagar, de alcanzar los objetivos del estudio y suscita en el camino el cambio y la transformación individual.

Por otro lado, la exploración artística nos ayuda a entender los diversos entornos en los que se mueven y las particularidades de su comunicación. Consideré muy importante acceder desde el componente no verbal. Dirá Pakman (1994) que se deben incluir diversas formas de lenguaje desde múltiples dimensiones que pueden explicar esas realidades, donde prevalece un tipo de historia que permite contarla: (a) Historias que contamos como relatos y fantasías, (b) historias de las que somos parte, eventos interactivos que se organizan de acuerdo a un lenguaje, emoción, acción y percepción, y (c) historias encarnadas que son precipitadas por formas biológicas y culturales.

En sus términos “la incursión de múltiples dimensiones de la experiencia requiere considerar tanto las historias de las que somos parte (que incluyen los aspectos participativos del lenguaje y las estructuras de interacción no verbal), como las historias encarnadas que somos y habitamos”.

El arte desde lo epistémico se convierte en un constructor del conocimiento, quién nos acerca a otra dimensión de esa realidad que, de igual modo, permanece en interacción con su autor y su lenguaje. En este se develan aspectos que no se habían percatado o no se habían tenido la oportunidad de pensarse. Mientras el material posibilita nuestro encuentro con lo creativo, damos forma a las sensaciones experimentadas, a las emociones escondidas y a las imágenes en acción. El fin nunca fue un producto estético que se pudiese exhibir o una correcta elaboración del material, sólo dispone al entorno para que haya apertura y participación de quienes asistimos, mientras permanecemos en una conversación genuina.

El arte se carga de un lenguaje comprensible, alcanzable y sostenible para el objetivo de esta investigación, será el eje transversal en las sesiones. Es así que se desarrollará un grupo abierto de exploración de sentimientos y dificultades de un modo socialmente aceptable como se hace en el espacio arte-terapéutico. De acuerdo con Llera & Guibert (2000), se conecta al lenguaje no verbal, captando la riqueza del mundo emocional y relacional del ser humano, siendo un recurso flexible y aplicable en situaciones disímiles, en personas con dificultades o trastornos emocionales. El uso del arte en esta exploración asume la existencia de unus mundus (un solo mundo) que significa que no

hay separación entre lo interno propio, la experiencia psicológica y el mundo físico externo, siendo aspectos interdependientes (Hocoy, 2005).

Utilizar el arte en un grupo de mujeres permite que se explore el mundo interno de la mujer y esclarece las asociaciones entre lo individual y lo social, y sus vinculaciones con la cultura del género. De acuerdo con Kaplan y Sadock citados en Omenat (2006), se fomenta la exploración de roles estereotipados, se examinan las relaciones de poder y sus respuestas, se expresan diferentes emociones y se abordan las historias personales para poder modificar respuestas perjudiciales.

Así Omenat (2006) planteará la importancia de la imagen para conectar con el potencial creativo hecho desde los recursos personales, donde los actores se reconocen y elaboran emociones o sentimientos, los muestran y elaboran en grupo. Allí se pone en evidencia significados y se comparten historias que las identifican con las demás. Sin proponérselo, la ejecución de sus trabajos apoya la proyección de nuevas metas y proyectos para las mujeres participantes, que se obtienen a través de la conciencia de la situación y la revalorización personal de la misma. La autora cuenta sobre la experiencia, luego de que una participante hiciese un ramo de flores:

“Una vez entre sus manos lo enseña al grupo y dice recordarle a los ramos de novia. De forma espontánea, desde un acuerdo no verbalizado, entre risas, las mujeres se agrupan tras ella que se levanta de espaldas a la compañera, lanza el ramo hacia atrás cayendo éste en las manos de una de las mujeres. Risas de nuevo y juego. Se calma el ambiente. Alguien dice “Total, para qué?”. El silencio invade el lugar” (pp.246)

Al proponer la expresión artística como método de recolección de información, Moncada & Segura (2015) aseguran que el medio artístico mejora la estrategia de autocuidado, apoya la introspección del componente afectivo, despierta el trabajo en equipo, mejora habilidades comunicativas y promueve la búsqueda laboral. Además de que el uso de estas herramientas, ayudan a que el habitante de calle inicie, mantenga y finalice la tarea con niveles adecuados de tolerancia a las exigencias y demandas de las actividades.

2.4 Descripción de las sesiones

En este apartado presento una breve descripción de las sesiones, una pregunta general que guía el proceso, sus materiales y la orientación temática con el fin de compartir el contexto de lo aplicado.

- **Sesión Nro. 1. ¿Cómo me veo?**

Tizas, siluetas y “¿cómo me veo?”, los medios de la primera sesión. Martínez (2006) afirma que en los dibujos se reproduce lo que se ve y también se hace visible lo que se sabe de las cosas. Berger (1990, citado en Martínez, 2006) argumentaba:

“Un dibujo es algo más que un momento, que un mecanismo que nos devuelve recuerdos del pasado. [...] Dibujar es mirar examinando la estructura de las apariencias [...]” pp. 126.

¿Qué significa habitar mi cuerpo? fue un ejercicio que nos motivó a reflexionar, un llamado que hicimos a la autoconsciencia. Cicatrices, tatuajes, posturas, nombres, partes del cuerpo, eslabones a los cuales nos aferramos para respondernos quienes somos – cuando nos damos la oportunidad de preguntarnos-.

- **Sesión Nro. 2. Trazando un camino.**

Pintura, cartón y un camino. Habitar la calle en términos de Heidegger “el rasgo fundamental de habitar es cuidar por (mirar por)”. Esto quiere decir que la calle no está en un lugar, sino que por la calle surge el lugar y tiene que ver con el sentido que se le otorga al espacio. Ese sentido se construye y se habita desde la subjetivación, donde el sujeto se apropia de un espacio, para crear en ella la representación de sí mismo (Rodado, 2006).

En esta sesión la tarea fue pintar un camino manteniendo el silencio entre nosotras. Todas tenemos ideas distintas sobre la calle, es única y la construimos basadas en nuestra experiencia, el contexto social, cultural y político donde crecimos. Durante esta sesión más que hallar el sentido de la calle o por qué vivir en ella, nos encontramos con las historias y narraciones de lo que nos sucede: Somos sujetos llenos de historias y allí juegan nuestras emociones y afectos.

▪ **Sesión Nro. 3. Construcción grupal de una mandala.**

La mandala se utiliza es una herramienta básica de autoconsciencia, de apoyo en resolución de conflictos y en intervención terapéutica, relaja y enfoca la atención del individuo en el momento presente involucrando sus sentidos, especialmente el tacto y la visión. Así mismo se ha comprobado que reduce estados anímicos negativos y el estrés, y es comúnmente utilizada en pacientes con trastornos de demencia (Seon, Hyung & Youn, 2009).

Mientras tejíamos la mandala, se busca identificar la red social personal, realizamos el movimiento básico del hilo y conversamos. Sluzki (1996) la plantea como la suma de todas las relaciones que un individuo percibe como significativas o define como diferenciadas de la masa anónima de la sociedad. Corresponde al recurso individual y contribuye substancialmente a su propio reconocimiento como individuo y su imagen de sí. Incluye claves centrales de la experiencia individual de identidad, bienestar, competencia y protagonismo o autoría, y hábitos de cuidado de salud y capacidad de adaptación de una crisis.

Algunas de las preguntas orientadoras fueron:

- * ¿A qué personas le importo?
- * ¿Quién quiero que me acompañe?
- * ¿De quiénes me debo alejar?
- * ¿A quiénes cuido?
- * ¿Quiénes me cuidan?
- * ¿A quiénes prefiero dejar ir?

Permanecían inquietas, hablaban con frecuencia y el tejido las seguía motivando a mantenerse en este círculo de la palabra, y más que hallar respuestas válidas y no válidas se convirtió en la dinámica de confiarnos, hablarnos y darnos cuenta del lugar que ocupan las personas en nuestra vida.

▪ **Sesión 4. ¿A quiénes pones allí?.**

Albrecht citado en Martínez (2006), argumenta que la escultura se halla frente al espectador como una imagen reflejada que le ayuda a conocer su propia existencia, un objeto que al contemplarlo las personas pueden precisar y orientar su relación con el

mundo, aparece como la proyección de un pensamiento que sobrepasa la realidad dada. Es la arcilla un material que permite fluir: el placer de entregar y dar forma.

Con arcilla, cartón y juegos de exploración de estos materiales, nos propusimos iniciar la sesión 4. Conocer el material y aprender a manejarlo fueron la entretención, descubrir su consistencia, sentir su humedad y las formas en que se puede convertir hasta moldear una taza, fueron las indicaciones de la artista. La taza, era el pretexto y el fin, ahora la tarea era descubrir a quiénes pondríamos allí y hablarlo. Las opiniones, críticas y burlas hacen parte del camino, pero cuando les hablas de poner algo allí, un nombre, un espacio para alguien, todo cesa y sólo habla la voz y el mundo interior de cada una de nosotras. “¿Todas pusimos a alguien que no está?” y el silencio o asentar con la cabeza hablaron por sí solas.

▪ **Sesión 5. La casa.**

De acuerdo con Martínez (2006), la escultura permite precisar y orientar su relación con el mundo siendo la proyección de un pensamiento que sobrepasa la realidad dada que, al ser contemplado guía la acción. Mientras que la arcilla ofrece la neutralidad necesaria para el encuentro con las imágenes cargadas de emoción y experiencias. Este material permite la entrega y la fluidez para dar forma, aún sin tener el objetivo de construir algo determinado. Ofrece una experiencia táctil y cinestésica.

Hagamos una casa fue nuestro objetivo durante la quinta sesión. En esto se convirtió nuestro trabajo con la arcilla, tomar decisiones, proyectar nuestra imagen de una casa y ponerla allí. Todas configuramos nuestros significados en el objeto a producir y las versiones, entre nosotras, fueron muy distintas y muy ciertas. Si, hubo preguntas durante el ejercicio, algunas respondieron más que otras y otras hablaron desde el silencio. Tres casas fueron el resultado de ellas y uno, el mío.

3. Análisis y resultados

Para construir el presente análisis, la información fue recolectada en los audios, los videos, las fotografías, los diarios de campo y los resultados de las exploraciones artísticas y se elaboró una matriz basada en las tres categorías teóricas de la investigación. En esta se consolidó la información tal cual fue narrada por las participantes y por mí, y con el fin de salvaguardar sus identidades, se hizo el cambio de sus nombres.

Durante los siguientes apartados se presentan las tres grandes categorías teóricas de esta investigación, donde expondré algunas definiciones y contrastándolas con fundamentos teóricos, los productos recolectados y lo que experimenté como participante.

El primer análisis lo titulo *“La gente piensa que, porque uno esta así, no tiene familia”*: *La conformación familiar*. En este se describen las formas de familia halladas y descarto el imaginario que “si vives en calle es porque no tienes familia”. Al contrario, me debato, entre narraciones y exploraciones artísticas, para argumentar que existe una familia de origen, que en algunos casos sigue idealizada hacia la nuclear, y que, en la mayoría de las mujeres, subsiste la idea de conformar o tener familia, ya sea en calle o en otro espacio. En la misma línea, se expone que la intención de conformar familia está respaldada teóricamente por el proceso de individuación, por el proyecto de vida y responde al nivel de importancia que tenga el relacionarse con otros, la necesidad de vincularnos.

Para el segundo apartado, *“Entonces fue así como pude sobrevivir”*: *Socialización del género en la familia y en la calle*, se exponen los fundamentos del proceso de socialización y relacionándolos con el género para relatar las experiencias que ellas describen de su familia y a posteriori, de la calle. Muchos de los argumentos, sin pretenderlo, empiezan a tejerse con los planteamientos de organización del Estado, el patriarcado, las diferencias entre el espacio público-privado, y el legado que dejan en la psiquis del ser humano, -en términos de roles, debates sobre la fidelidad, la prostitución, la maternidad y la diversidad de género.

En el último análisis, “*Una casa más cerrada que... las cerraduras que tiene este lugar*”: *Entre la casa, la calle y la institución*, se reunieron las descripciones de los entornos que han influenciado su socialización, es decir que casa, calle e institución, fueron los permanentes de la categoría. Confronto con algunos preceptos de familia, sobre el lugar de la mujer, el espacio público y profundizo, sobre la dualidad de la calle, entre verlo como un espacio peligroso a rescatar el lugar de las interacciones, el compañerismo y la existencia de otros lenguajes. La institución, en este caso el OASIS II, representa un híbrido entre casa y calle, que permite que ellas existan y sean consideradas por el Estado en un marco de derechos.

En mis escritos verso entre el yo y el nosotras. Cuando realizo conjeturas, preocupaciones, discuto y revelo aportes teóricos, el lugar que me es más fácil ocupar es el propio, como investigadora. Mientras que, cuando describo los sentires y las experiencias de estar en las sesiones, aportar con mis narraciones y exploraciones artísticas, estoy con ellas y por tanto, en nosotras. Soy una participante reflexiva que tuvo un tiempo adicional, para contemplar lo que sucedió a través de esta investigación.

3.1 “La gente piensa que, porque uno está así, no tiene familia”: La conformación familiar

Beck-Gernsheim (2002) afirma que “las biografías individuales están hechas a retazos de diferentes familias” y esto tendrá mucho que ver con mi idea de familia. Es la familia contemporánea un espacio donde el *estar juntos* representa una decisión de cada día, esto implica que, en muchas ocasiones, no sea una decisión de para siempre y se decida conformar y reflexionar de acuerdo a un proyecto común familiar. Beck-Gernsheim (2002) la propone como una familia post-familiar: que es pactada, cambiante, múltiple y que experimenta distintas formas de relación, por tanto se vive más intensamente y al mismo tiempo, es más fácil que se quiebre o se diluya. La familia de la cual hablo tiene como eje fundamental establecer una estrategia de autoprotección, prevención y planificación, así como un fuerte despliegue autobiográfico.

Es así que, hoy por hoy, la familia cambiante y múltiple puede surgir de la separación, de nuevos matrimonios, de hijos pasados o presentes; y el crecimiento de la misma está influenciado directamente por la sociedad, la posibilidad de bienestar, la unión de individuos aislados y el cuidado.

De este modo, la familia empieza a desligarse del cumplimiento de unas etapas rígidas del ciclo vital –del *deber ser* de cada etapa- para reencontrarse con nuevas formas de relación –antes del matrimonio, después del matrimonio, con o sin certificado de casamiento-, donde tanto hombres como mujeres experimentan distintas formas de relación, por propia voluntad o por influencia externa (Beck-Gernsheim, 2002).

Esto es claramente distinto de las formas familiares tradicionales que se han resquebrajado y que ahora demandan decisiones conscientes, que generan nuevos desafíos y conflictos, que mantienen su propia dinámica. Hoy por hoy, la familia es representada por la calidad de sus vínculos, pero más que ser por una relación biológica u obligatoria, se mantienen por su alcance y duración. Así que permanecer en familia requiere de mayor empeño y disposición.

Se difunden nuevas formas de convivencia que no solo apuntan a que la gente viva sola, por lo menos la mayor parte, sino más bien a vinculaciones de otro tipo, por ejemplo, sin el certificado matrimonial o sin hijos; familias monoparentales, una segunda familia o parejas del mismo sexo; relaciones de fin de semana o con compañeros para un tramo de la vida; vidas compartidas con varios hogares o con la residencia en diferentes ciudades.

En línea con el objetivo de este capítulo y la noción de familia, concibo que las sesiones jugaban con mis preceptos de familia, calle y mujer, inclusive, en varias oportunidades, hablé desde mi propia experiencia de familia, mis vivencias en la calle y el ser mujer -femenina y heterosexual. Y con todo esto, concluí que simplemente no hay lenguaje que describa las formas familiares que se viven desde la calle -o situaciones similares- y al reducirlas, desconocemos que ellas tengan familia. Se convierte en una tensión imperante entre los espacios calle-casa y público-privado. Esto no sólo se ha convertido en la retórica social, sino que adquiere un peso en las estructuras teóricas, en la investigación científica, y por tanto, en la intervención. En este apartado se presentan las relaciones y distancias que se hallan frente al concepto de familia y la intención de conformarla.

El debate inicia con las investigaciones. Ana Rico de Alonso citada en López-Montañaño (2004) estudia la familia colombiana a finales de siglo XX y advierte que hemos pasado por tres etapas: 1) tipologías centradas en la identificación y clasificación de la estructura

y composición de las familias, 2) la segunda asociada al término de descomposición en la que se le asigna a la familia la causa de variadas expresiones de procesos sociales, y la tercera 3) de las políticas, en las que se considera la interrelación entre las esferas públicas y privada y se reconoce su carácter esencial en la socialización, desarrollo afectivo de los individuos y su papel básico de supervivencia.

Es importante señalar como la primera línea de investigación se retroalimenta de las clasificaciones y tipologías familiares que hemos vivido en el pasado. Este es el caso de la familia nuclear, pues aunque se detectan nuevas formas familiares y cada vez distan más de este estilo, la nuclear seguirá siendo un referente de familia del que se habla, en un pasado o en un presente.

“Era un visaje³ vivir en esa casa (...) Mi mamá me decía estoy aburrida con este marido, pero no puedo por los niños, eso nunca se lo voy a perdonar” - Alana

“¿Ósea que ella se justificaba por el marido?” - pregunté

“No por el marido, sino por los hijos, por mis hijos y yo como voy a responder, y es que yo sola, como voy a responder, mis hijos lo aman mucho” – Interrumpió Bianca

“¿Es un miedo de la mamá?” -pregunté

“Prácticamente era como una excusa” – Respondió Bianca

(Alana y Bianca, sesión 1, 4 de Octubre, 2016)

En Colombia, la Asamblea Nacional Constituyente de 1991⁴ dispone:

“10. La familia cumple una función social. Es el núcleo fundamental de la sociedad y tiene derecho a la protección de ésta y del Estado.

20. El matrimonio y la unión de hecho estable están protegidas por el Estado. Se basarán en el *acuerdo voluntario del hombre y la mujer* y podrán disolverse por mutuo consentimiento, o por petición de una de las partes. La ley regulará sobre la materia.

³ Visaje: Cuando demuestra lo que se va a hacer (Nicoló, 2000a) o ademán o acción que hace notar o pone en evidencia a alguien y que implica riesgo para él (Cámara de comercio, 1997)

⁴ Asamblea Nacional Constituyente, 1991. Derechos de familia. Disponible en: http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/ANC/brblaa217911_347.6_A13d.pdf

30. Las relaciones familiares se basan en el respeto e igualdad de derechos y responsabilidades entre el hombre y la mujer. Los padres deben prestar asistencia de todo orden a los hijos habidos dentro o fuera del matrimonio, durante su minoría de edad. Los hijos están obligados a ayudar y respetar a sus padres.”

De acuerdo con la legislación, la familia parece constituirse necesariamente por el matrimonio o unión de hecho, ser una alianza heterosexual⁵ y tener progenie. Hay que tener en cuenta que la estructura original del sistema socializado por la Constitución, es una herramienta de control en términos políticos, sociales y religiosos en que se desea ver la organización familiar, esencialmente la familia nuclear.

Parsons (1978, citado en Puyana, 2014) describe como familia nuclear, aquella fundamentada en la unión conyugal, compuesta por las motivaciones amorosas de hombres y mujeres, independientes del grupo de origen. Esta perspectiva reproduce el familismo, una base moral de la sociedad que defiende el orden social y la división sexual del trabajo recreado desde la época de la Ilustración en Europa y trasladado fielmente a la legislación colombiana (Puyana, 2014).

A nivel individual se establecen cambios cognitivos y conductuales que se fortalecen por el mandato social. El individuo tiene que mostrarse estable y deseable para constituir familia, en disposición a mantenerla y como lo descrito por Alana, los deseos o sentimientos frente a la relación conyugal no son tan relevantes ante la presencia de varios hijos, porque depende “económica, emocional y/o socialmente” del esposo en una realidad tácita que afirma que “he tenido demasiados hijos y si me separo, ellos dependerán solamente de mí”.

En un contexto, jurídico y filosófico, donde los hijos históricamente han sido de la madre, y les consideramos como bienes “simbólicos” en la medida que producen sentido, somos monitoras de sus actos y sentimientos, somos productoras de sus mandatos y deudas que, por simbólicas, no son menos opresivas (Fernández, 1993). Sin descartar que la experiencia de madre soltera pueda ser más compleja.

⁵ Recientemente la Sentencia SU214/16 la Corte Constitucional de Colombia aprueba el matrimonio igualitario de personas del mismo sexo. Disponible en <http://www.corteconstitucional.gov.co/relatoria/2016/su214-16.htm>.

Sin embargo, aunque Alana cuestionaba a su madre y su impedimento mental para separarse de la relación con su padrastro, no dejaba de pensar en el hecho que, de su padre haya podido separarse, pues en su percepción él había sido perfecto y no tenía razones para haberlo hecho. El modo de pensar de Alana operaba y le insistía en que sería mejor una familia nuclear, más que serla, lo que quería ella, era verla unida.

“Es como decir, si en este momento usted está aburrida con el marido que tiene, pero, aun así, no lo hace por los niños, ¿por qué no se aguantó eso por mí? Pero, ¿por qué no lo hizo por mí también?”

“Y son cosas que, yo nunca voy a entender eso, porque mi papá es perfecto, él nunca me ha tratado mal ni nada y yo lo amo, así sea lo que sea, yo siempre lo voy a amar. Entonces yo a mi mamá no le perdono todavía, yo hablo con ella, y, por ejemplo, el año pasado yo estuve en la casa de ella y todo, pero no lo termina de aceptar. *Todavía no termina de aceptar que a mí me gustan las mujeres.*”

(Alana, sesión 1, 4 de Octubre, 2016)

Parece que Alana desea un referente de familia nuclear, haber crecido con madre y padre, pero se aleja cuando habla de su iniciativa por constituir familia. En mi experiencia constituye un suceso reiterativo en el panorama colombiano, es una lucha entre mantenerse en un pasado y escribir un futuro. Puyana (2014):

“He constatado cambios en la situación de la mujer y en la democratización de las familias, pero al mismo tiempo, se me derrumba ésta idea, cuando constato cómo se reproducen las tradiciones y se obstaculizan sus variaciones” (pp. 2)

En el tiempo de esta investigación, Alana mantenía una relación amorosa con Bianca y ella tiene una hija de cuatro años que está en custodia del ICBF. La Figura 3-1 muestra las siluetas verdaderas de sus cuerpos. Entre sus aspiraciones desean irse a vivir juntas al campo y darse la oportunidad de tener un bebé.

Figura 3-2. Exploración artística construida por Alana y Bianca.



Es desde ese lugar, donde también se encuentra el peso de la familia nuclear que se haya en la Constitución y que implícitamente lleva la carga de una “unión heterosexual” para su conformación. Como lo describe Fernández (1993) “con el pasaje hacia la heterosexualidad de reproducción comienza la prescripción de las relaciones sexuales entre hombres y mujeres, y un largo camino de marginación de los amores entre personas de un mismo sexo. Aparece la noción de contra natura con dos mil años de éxito, y los placeres se orientarán a la función social: multiplicar hijos legítimos”. Entonces, es entendible que Alana pueda sentir ese revolcón de emociones entre lo que desea, lo que vive y cómo se le juzga al definirse homosexual.

Es inevitable que el individuo compare y mida su experiencia con una expectativa que a menudo se idealiza, usualmente con un contenido cognitivo a futuro. Hochschild (2003) lo plantea desde la regla del sentimiento: “lo que quiero sentir”, “lo que debería sentir” y la elaboración emocional “lo que trato de sentir”. Las narraciones de familia entre un pasado y un futuro –por constituir- son una continua disonancia entre el “deber”, el “querer” y el “tratar” y los intentos de reducir estas disonancias emotivas funcionan como “reglas”.

Las reglas del sentimiento son guiadas a partir de las reglas de encuadre, las cuales otorgan definición y significado a las situaciones que son permeadas por los contextos sociales. Es decir que hay una valoración distinta de lo que significa la conformación de la familia y las tipologías, y en medio de estas situaciones se provocan conflictos y contradicciones entre reglas y sentimientos. Éste estar en medio, Hochschild (2003) lo acuña como “efectos psicológicos del cambio social rápido” o malestar social.

Por ende las ideologías tradicionalistas sobre la familia cobran relevancia cuando hablan del “deber ser”, además que ofertan una acción legítima para constituirla sobre la cual sienten un respaldo (llámese religioso o contractual). A diferencia del tambaleo de las nuevas formas que aumentan la sensación de inseguridad en quienes las piensan. Son discrepancias notables y sostenidas en los relatos de las participantes, en algunas más que otras, que se refuerzan a través de otros factores de “estigmatización” social como vivir en calle, ser mujer y tener orientación sexual diversa. En el caso de Alana, influye pasivamente esta primera tendencia: buscar tipologías que la identifiquen y clasifiquen en una estructura familiar.

De tal manera que, mis planteamientos son reduccionistas en la medida en que argumento y comparo las formas familiares con las estructuras tradicionales, siendo la tipificación más aceptada socialmente. Éstas están normalizadas por el ajuste que suele hacerse de la realidad al lenguaje, donde la ciencia busca categorizar afanosamente las realidades de lo que las comunidades van viviendo. Estas formas del lenguaje van determinando las decisiones y actuaciones relevantes de los planos administrativos, políticos y sociales donde adquieren gran implicación (Flores, 2016).

Fox (1967) afirma que todo lenguaje se puede considerar como un sistema de clasificación y dentro de él existen sub-lenguajes, que clasifican diversos aspectos del mundo. Dichas clasificaciones cambian a la vez que transforman las realidades, y se busca racionalizar el hiato entre lenguaje y realidad.

Sin embargo, está demostrado que la diversidad familiar en Colombia viene de años atrás y se hace más visible con los cambios sociales y demográficos de los últimos 30 años. En el 2010 la Encuesta de Profamilia de Demografía y Salud concluye que existe formas familiares informales y más diversidad, que homogeneidad (Puyana, 2014).

Una buena utilización del lenguaje debe buscar enunciar las nuevas relaciones de parentesco, los nuevos derechos y las obligaciones de los distintos componentes de la familia, ya sea acuñando nuevos términos y expresiones que den forma a esta realidad social o recurriendo a las ya existentes. Sin embargo, esto parece una tarea titánica para las ciencias sociales y humanas que no ha sido posible cumplir, pues en el afán de tipologizar las relaciones humanas han causado segmentación y discriminación social.

Es un ejemplo el uso de connotaciones peyorativas como familias incompletas, rotas, descompuestas, disfuncionales, entre otras, que indujeron a pensar que hay quiebres en la familia y que existe una forma correcta. De allí que se tienda a rebajar otras formas y/o a compararlas.

El dilema del lenguaje puede incrementar la dificultad para comprender las formas familiares, los motivos y resulta cada vez más borroso vislumbrar una política que las contemple. Por ejemplo, las madres solteras son frecuentemente objeto de desprecio y discriminación, al darse por hecho que su situación es consecuencia de una desgracia o de un comportamiento inmoral, donde no se apela a clasificaciones o tipologías que lo normalicen, o no se tiene en cuenta los motivos. Los rezagos de la familia nuclear fortalece la idea de que la madre es culpable de los problemas sociales y por tanto, del mal funcionamiento social (Puyana, 2014).

En este caso lo que se busca es que el hogar de jefatura femenina sea equiparable con cualquier otra tipología, por el bien propio y el de los hijos/as; se evita la discriminación respecto a la familia convencional y se garantiza la atención a sus necesidades por parte de instituciones políticas y jurídicas.

Sin ir muy lejos de las inconsistencias del lenguaje encuentro mis experiencias: Actualmente vivo con mi hija de 5 años, soy una mujer joven de 29 años y soy consciente de la mayoría de mis decisiones. Sin embargo, recibo constantes comentarios como “pobrecita”, “pobrecitas” o “los que más sufren son los hijos” y realmente no intento cambiar sus percepciones, sobretodo porque suponen saber que es, simplemente respondo “es peor mantener un hogar donde no hay tranquilidad” o “así tenemos una mejor relación”. Seguramente mi situación no es ajena a muchas que se viven en la actualidad, pero el hiato del lenguaje todavía repercute la ideología del ser humano y mantiene el “malestar social” sobre las nuevas formas.

Es común, por ejemplo, que padres, madres, hijos o hijas sientan que deben “querer”, “sentir” o “buscar” al progenitor que no está. “¿Cómo es posible que no me quieras si soy tu padre-madre-hijo-hija?”.

La regla del sentimiento y la ideología tradicionalista potencia estas sensaciones. Muchos de nosotros vivimos cargados de frustraciones, miedos y ansiedades por el deber ser que no se nos ha cumplido o saber que lo que tenemos no es tan perfecto

como queríamos. Entonces nuestro actuar se enfoca en tratar de enmendar estas situaciones.

Adquiere importancia el sentimiento como mercancía (Hochschild, 2003), es decir, se supone que el amor está implícito en la vinculación de cada integrante de la familia, el que se debe proclamar y afirmar, pese a que no sea así. Más difícil será pensar en las madres “desnaturalizadas”, los padres “abandonadores”, los hijos “violentos” y con ello, los crímenes más atroces entre sus miembros parricidio, infanticidio, feminicidio, ESCNNA, entre otros.

Cuando, por ejemplo, Reyes (2012) en su libro “Memorias por correspondencia” narra cómo ella en su infancia no supo que significaba la palabra papá o mamá, porque nunca las había escuchado, la tipología pierde su peso y nace la familia en su más pura esencia.

En algunas, y tal vez la mayoría de las participantes, son madres que no asumen el cuidado diario de sus hijos, ellos están a cargo de familiares o instituciones, pero esto no les impide sentirlos como propios y sus anhelos siguen en estar con ellos. Elena lo revelaba “*nunca he estado con ella, pero un día voy a ir y la voy a recoger, y el cambio va a ser maquiavélico*”⁶ haciendo referencia a su hija Sheyla de seis años (Figura 3-2).

Figura 3- 3. Exploración artística construida por Elena.



El primer lugar que se debe dar a la familia, para ayudarnos a comprender lo que se vive realmente, es hacer innecesaria el planteamiento de convivir en un mismo espacio, como

⁶ Maquiavélico: Se refería a un cambio fuerte o impactante.

solemos hacerlo con la familia transnacional, y aceptar que quienes la constituyen son esas personas a las que siempre volvemos y sentimos como nuestras, pese a lo que se haya vivido. Se sigue el planteamiento de Rodríguez (2016), el cual admite que erramos al darle tanta importancia a la tipología y la forma familiar, en vez de darle el lugar que merece la construcción de vínculos de cuidado mutuo, incondicionales, en el respeto por la singular forma de sentir y pensar, donde se puedan tener conversaciones sanadoras tomando el ritmo, la forma y los espacios que requieran según su cultura e historias propias.

En sus narraciones, se destaca la importancia que tiene saber quiénes hacen parte de su familia y otorgarle un significado a su origen. Reconocer el lugar que tienen en nuestra vida, nos ayuda a comprender y a reconocer nuestro presente, a sanar y honrar las situaciones que hemos vivido. Rodríguez (2016) habla de honrar lo sagrado en mamá y papá. Sentir el amor a mamá y a papá, no como un deber, obligación o mandamiento sino como la experiencia de paz y gozo.

“A veces el papel de papá y mamá lo hace usted. Pues es importante conocerlo, porque si yo no conociera a mi papá y a mi mamá, yo estaría desesperada. No más cuando mi mami se perdió ocho años, me dio súper duro. Ya pudimos hablar con ella.” (Fabiana, sesión 1, 4 de Octubre, 2016)

“Claro, obvio. Porque es donde uno viene, porque o sino uno pensaría que viene de la nada o que. Sean malos o buenos, siguen siendo los papas de uno. Porque uno sabe que ellos no nacieron aprendidos, uno ya sabe cómo son las cosas” (Alana, sesión 1, 4 de Octubre, 2016)

Sin embargo, algunas desisten de darles un lugar porque al saberlo han quedado profundos sinsabores de angustia y abandono, como sucede en la historia de Gali. Reconocer a los progenitores, sus errores y cerrar los ciclos, al ponernos en paz y en gratitud permite que se les honre, y al hacerlo se construye una nueva historia.

El significado también lo hallan en los hermanos y hermanas, a quienes deseo conocer y donde se encuentra la raíz del amor fraternal.

“Soy la única que llegué y sobreviví. Tengo una hermana y un hermanito que se los quitaron en Bucaramanga. Y otra niña que mi mamá se la dejó quitar de bienestar. Y otra

que mi mamá la había dejado en un convento de monjas, y el resto pues mi mamá se la pasa regalándonos o cambiándonos o algo así.

Por mis hermanos, más que todo por mis hermanos, especialmente a Nicole y al niño. A Nicole sí la vi, pero al niño no. A mí sí me gustaría conocer a mis hermanitos. Me dijeron que la habían visto a ella, en Bucaramanga” (Bianca, sesión 1, 4 de Octubre, 2016)

“¿Le digo porque mi mamá me abandono a mí? Porque se puso a culiar⁷ con varios manes⁸ y nos abandonó por eso. Yo tengo muchos hermanos regados por eso” (Gali, sesión 1, 4 de Octubre, 2016)

Fromm (2017) afirma que el amor solo comienza a desarrollarse cuando amamos a quienes no necesitamos para nuestros fines personales, y es, en el amor fraternal, donde se realiza la experiencia de unión con todos los hombres, la solidaridad humana y su reparación. El amor fraternal se basa en la experiencia que todos somos uno. Ante el logro de conocerlos, se llega al núcleo del individuo, por tanto, se fortalece nuestra identidad y parte de nuestra humanidad. El amor fraternal es un amor entre iguales.

Se hilan la primera y la segunda tendencia de investigación en familia, “*la descomposición en la que se le asigna a la familia la causa de variadas expresiones de procesos sociales*”. Esta línea se justifica porque las realidades han desajustado el concepto original de familia, como la relatada en la Constitución de Colombia en el 91.

Gutiérrez (2007) habla sobre las familias que se articulan en roles distintos a los nucleares, lo cuestiona desde las formas en que pierde validez el mandato de la autoridad y el orden cuando hay una pérdida laboral, con la resignificación de la condición de desocupado como un nuevo modelo de vida, con pérdida de las protecciones sociales y la noción de futuro. El proceso de lo que se ha llamado “desintegración familiar” obedece, no solamente a la búsqueda de una individuación cada vez mayor, ni a la complejización de la vida, del amor y el placer, ni a los proyectos sino a querer subsistir e inventar un nuevo espacio de contención y resguardo que está completamente atravesado por las fisuras del orden social.

⁷ Culiar: Efectuar el coito. (Muñoz & Pachón, 1980)

⁸ Manes: Plural de man, se refiere a hombre, tipo, individuo. (Muñoz & Pachón, 1980)

Encuentro familia en variadas formas y expresiones, y en línea con una definición orientada a indeterminar la convivencia, se halla la idea de “mi casa” como espacio individual y privado, aislado de la idea de que no tengo familia. Durante la última sesión, Helen hizo su idea de casa rodante donde viviría sola y podría darle un valor a su espacio, además de poder recorrer con ella distintos lugares. Mientras que Irene comentaba con gran emoción el valor que tenía vivir con su perro, a pesar de que tuviese una hija con la que no convive.

Lo que es cierto es que el sistema “familia” nunca va a desaparecer, por el contrario, sigue enriqueciéndose y recreando nuevas formas porque lo que el ser humano necesita es un espacio de contención emocional y afectiva que no encuentra alternativa en nuestra organización societal, entiéndase el mundo de lo público, el trabajo, la producción, la tensión socioeconómica. Es así que la sociología crítica, la anti-psiquiatría y los movimientos feministas recalcan por el contrario el estudio de las disfunciones y los problemas que la familia nuclear crea al individuo, poniendo de manifiesto que la familia “original” es donde se encuentra el origen de los prejuicios y las desigualdades de poder, etnia y sexo, desigualdad que configura una sociedad injusta.

“Toda persona que habita en *este tipo de hogar* está vinculada a una familia y mantiene lazos vinculares fuertes”. Es decir que, en los términos de Uribe (2010, citado en Puyana, 2014), el espacio físico no limita la experiencia de familia. Significa que se toma una decisión de no habitar con los parientes más cercanos, como hijos que se independizan, parejas llamadas abiertas que mantienen un pacto de amor y no de convivencia, entre otras formas.

La intención de conformar familia o buscar un equilibrio emocional y afectivo con otros, es visible en las dinámicas de la calle.

“Una de ellas sentada con su novio al lado, confesaban que se protegían, que siempre estaban juntos, que se cuidaban. Los ojos les brillan, se miran, se sonríen, se quieren” (Diarios, Sesión 3, 20 de Octubre, 2016)

Así que acusar a la familia por su “descomposición” y la aparición de procesos sociales alternos son las circunstancias relatadas en las investigaciones de la segunda tendencia. Encontrar personas, mujeres u hombres, decididos a hacer su vida en calle debe ser producto de una familia disfuncional, de una “madre soltera” que tuvo que salir a trabajar,

a estudiar y muy poco tiempo para las labores del cuidado, de un “padre abandonico” y de unas condiciones socioeconómicas precarias. Se pueden realizar estos análisis y tal vez se encuentren algunas asociaciones aparentes, pero también se encontrarán personas que con las mismas condiciones deciden seguir en el hogar.

Cabe dudar si: realmente se debe imaginar que la “descomposición de la familia” es un indicador para que surja la habitabilidad en calle u orientarse a verificar otras hipótesis que podrían tener relación. Es importante señalar que la familia no es un fenómeno aislado, sino un sistema abierto que mantiene retroalimentándose de sus relaciones con el contexto y por tanto, los procesos sociales también surgen de esta compleja interacción. Leerlos como fenómenos surgidos por causa-efecto, impide ver las interacciones y recompensas que se obtienen del ambiente, que mantienen las conductas.

La tercera vertiente de estudios de familia *“las políticas, en las que se considera la interrelación entre las esferas públicas y privada, y se reconoce su carácter esencial en la socialización, desarrollo afectivo de los individuos y papel básico en la supervivencia”* implica la reconceptualización de los términos en que se ha vislumbrado la familia en Colombia.

En una invitación de la sentencia T-523/1992 se afirma:

“Como bien corresponde a un Estado que reconoce y protege la diversidad étnica y cultural de la nación colombiana (Art. 7º) no existe un tipo único y privilegiado de familia, sino un pluralismo evidente en los diferentes vínculos que la originan, pues ellos pueden ser tanto naturales como jurídicos.... También se le reconoce consecuencias a la voluntad responsable de formar una familia. En estas condiciones la familia legítima originada en el matrimonio es uno de los tipos”

De acuerdo con Puyana (2014), esta definición se acerca a la diversidad en sus múltiples expresiones: formas de conformación, relaciones entre los sexos fundamentadas en los vínculos, en los deseos y en los significados que los humanos le damos a las mismas, para titularlas como familias.

Dentro de esta tendencia, se enmarca las nociones de *desarrollo familiar*, la cual busca posicionar la voz de la familia en la vida pública, siendo objeto de política y planes de desarrollo que influyan cambios sociales más amplios y pensados por grupos y

afinidades. López-Montaña (2004) plantea que el proceso se entiende como empoderar y apoyar a la familia para que modifique su estructura y sus comportamientos, y genere prácticas y relaciones más igualitarias entre sus miembros. Algunos estudios socio-demográficos empiezan a hacer visible la categoría familia o familias, como unidad que se traslada a la calle, por tanto sus opiniones hacen sentir la noción del grupo, y no de los sujetos aislados.

El reconocimiento de las posibilidades de cambio permite a las familias modificar conscientemente su estructura, relaciones, comportamientos y construir una cultura y un proyecto de vida familiar, que permitan mejorar la calidad de vida y el desarrollo humano de sus miembros. En particular, la perspectiva de género sugiere que puede haber una acción consciente para reconstruir familia y sociedad, a partir de relaciones más equitativas.

Encontrar esa acción consciente para conformar familia, era lo que le sucedía a Alana, su motivación por estar con Bianca, la alejaba de consumir y proyectar su decisión.

“Pero no, yo sé que, si estoy allá, le estoy fallando a alguien. A Angélica y a (... inaudible, sin embargo, se refiere a la hija de Angélica). En este momento, ellas son mi motor. Y yo sé que, al estar allá, a ella no le gusta y que, si estoy allá, así no consuma, en cualquier momento puedo recaer porque ya lo he hecho, entonces no es tan agradable estar allá. Después de que usted fuma, puede perder todo lo que ha hecho en un minuto, durante un año, dos años, tres años...” (Alana, sesión 1, 4 de Octubre, 2016)

Es la acción consciente, un resultado de la motivación “cognitiva” del cambio, así se exprese de forma extrínseca -externa- o intrínseca -interna-. Es así como se adoptan nuevas conductas y como lo expreso en mis diarios.

“La maternidad cambio mi vida, me hizo más responsable, consciente y segura, es que debo serlo, soy modelo y modelo a una persona, quisiera ser muy buen ejemplo, aunque este aprendiendo todos los días y me dé cuenta de la carga de tener una hija siendo joven” (Sesión 1, 4 de Octubre, 2016)

Sin embargo, hay que reconocer esos momentos donde tu actuar consciente no está ligado a la conformación de familia. De hecho Dana fue una de las mujeres que me hace dar cuenta de eso:

“Yo le robé dos millones de pesos a un cucho⁹. Estaba enamorado de mí, me sacó de la olla¹⁰ y le saqué dos millones de pesos. Pues con delicadeza uno les dice < Confía en mi papi, que voy a volver> <Usted es mi único amor, papi venga que todo bien>. Después me estaba buscando en las ollas, el cucho dijo... que lo habían robado y eso fue horrible.

¿Te perseguía? - pregunté

Pues sí, y apenas se me acabo la plata, me tocó ponerle la cara y pues nada, el cucho me sigue buscando. Horrible, él sigue yendo a la olla y tiene plata, entonces que importa.”
(Dana, sesión 3, 20 de Octubre, 2016)

Pese a que el tono en que lo dice puede ser juzgable, en otros espacios ella reconoce que en su familia está su madre y sus hermanas, quienes le han dado la oportunidad de salir de la calle, así siga alternando en esta. Dana permanece pendiente de ellas y afirma que “uno les pide a Dios que las ayude, que no les falte, que siempre tengan su trabajo, su estabilidad”.

Es así que las conformaciones familiares siguen transformándose con el paso del tiempo y las razones para su constitución son más visibles, están relacionadas con un proceso de individuación, un proyecto de vida y las atribuciones que le damos las relaciones. En estas áreas es donde se fortalece los cimientos el individuo en la idea de constituir familia.

3.1.1 Como proceso de individuación.

El primer encuentro con el proceso de individuación es clave, porque, aunque exista un referente de familia no se haya relacionado con que se quiera constituir una y sí, con el hecho de permanecer consciente que no se desea. Esto me sucedía frecuentemente con varias a las que induje a hablar de familia y finalmente, se desconectaban del tema: “De eso no quiero hablar” o “eso no quiero hacer”.

En esta descripción sucede que se otorga consciencia a la realidad de no querer familia, como parte del proceso de individuación o, por el contrario, el no ser autoconsciente

⁹ Cucho: despectivamente, hombre de cierta edad (Muñoz & Pachón, 1980)

¹⁰ Olla: Lugar donde se esconden objetos robados (Muñoz & Pachón, 1980) o sitio de expendio y/o consumo de droga, sopladero (Cámara de comercio, 1997)

hace que siga viviendo como si nada hubiese ocurrido -negación-, que es lo que sucede en familias con muchos traumas o situaciones que se han salido de control. La experiencia me ha enseñado que esto es muy visible y a su vez, invisibilizado, en los casos de abuso sexual por parte de un familiar.

En la misma línea, los cambios de nombre, las formas de vestir, las transformaciones físicas (el corte de cabello, el uso de maquillaje o no) y los modismos lingüísticos, especialmente de aquellas que están o han hecho tránsito de género, también son parte del proceso de individuación.

Jung plantea que mediante el proceso de individuación se alcanza la unicidad del hombre, es decir se incluyen partes no advertidas del sí mismo y las limitaciones personales, mientras se construye una extensión y maduración constante de la personalidad. En términos de Oyarzún (2016) “empieza generalmente con una herida de la personalidad y el sufrimiento que la acompaña. Esta conmoción inicial llega como una especie de <llamada>, aunque no siempre se la reconoce como tal. Ante esta llamada, es cuando podemos entrar en conocimiento de los aspectos de nuestra personalidad, que por diversas razones hemos preferido no contemplar muy de cerca. Eso es lo que Jung (1995) llamó <percepción de la sombra>”.

En medio del proceso de individuación, se hace consciencia de cómo se quiere conformar familia; hace parte de la identificación y desidentificación con el pasado. Esto lo evidenció en las expresiones de algunas, dado que reconocen lo que les ha sucedido y fortalecen su criterio frente al tema.

“Yo me proyecto... digamos... si voy a tener a mi hijo... mi otro hijo, yo no lo voy a tener en un entorno donde vea todo ese consumo, prostitución, robo... donde no hayan ollas... porque uno ya paso por eso, uno no quisiera que ellos pasaran eso. Tras del hecho, uno vive acá y acá vive tu familia. Tu familia le va decir a su hijo, “su mamá fue así, así...” sino que uno mismo le puede contar, preguntar... pero pues véame aquí, sigo guerriando¹¹ por ustedes. Entonces para que ellos puedan, incluso, tener un mejor....

Cambien la historia... - Interrumpe Alana

¹¹ Guerriando: De guerrear, guerrero. Habitante de la calle veterano y valiente (Cámara de comercio, 1997).

Rompan la cadena - Afirma”

(Bianca, sesión 1, 4 de Octubre, 2016)

Hernández (2010) establece cuatro criterios infaltables en la individuación:

- Reconocer las fronteras psíquicas en relación con el entorno, para distinguir el adentro del afuera, lo propio de lo ajeno, mi yo de los otros.
- Distinción de sujeto-predicado-objeto, la cual no es absoluta sino construida en los sistemas de pertenencia familiares y sociales: ¿Quién soy?, ¿qué hago, en relación, con quién y para qué?
- La capacidad de simular y memorizar los modelos relacionales consigo mismo y con los demás. El sujeto individualizado integra una serie de representaciones sobre los demás y sus estilos de relación, que lo conducen a elaborar escenarios conscientes e inconscientes dentro de los cuales despliega sus proyectos y decisiones.
- La aptitud para tener autonomía personal suficiente, teniendo en cuenta que la autonomía de un sujeto individualizado reposa sobre la paradoja de ser el mismo, asimilando las reglas de sus sistemas de pertenencia biológica, familiar y social (Miermont, 2005, p.69)

En línea con lo expuesto, el deseo de constituir familia hace parte del sujeto individualizado cuando entiende lo que desea hallar y construir en el sistema, siempre y cuando haya claridad de acuerdos y roles. Argumentará Hernández (2010) que los conflictos conyugales y familiares reflejan las inconsistencias entre los deseos individuales y los modelos o pautas sociales de relación, que se pueden asociar a problemáticas actuales como violencia de género, maltrato infantil, entre otras, y que tendrán que ver directamente con la socialización que hayan recibido, de la cual se hablará más adelante.

Beck-Gernsheim (2003) plantea que atrevernos a pensar en la individualización no significa el fin de la familia y el inicio de una single-society. Pese a que existan contradicciones y paradojas el proceso de individuación continúa cuando el ser humano aspira a tener una parcela de vida propia y la nostalgia de una vinculación, una cercanía, una comunidad. En este momento terminamos en el mismo lugar: la constitución de la familia.

Comparto la visión de la autora en que esta dinámica de la individualización precisará de más empeño que antes para mantener aún unidas las distintas biografías de los integrantes de la familia, donde requiere más, que reglas y rituales, y si vinculación y diplomacia.

3.1.2 Como proyecto de vida.

Borges & Malhães (2013) determinan las relaciones que existen entre constituir familia y la trayectoria de vida, donde establecen las diferentes versiones de un grupo de adultos jóvenes y uno de adultos mayores. Para los adultos mayores, el concepto de familia está basado en la existencia de una pareja estable con quien compartir, donde los hijos son el resultado de este proyecto, mientras que, para la gente joven, el motivo para constituir familia está relacionado con la existencia de hijos y no está atado a una pareja sino a un proyecto personal, un proyecto de vida, donde también aceptan que los hijos pueden nacer fuera de relaciones estables.

Sin embargo, en la actualidad el principal compromiso de la generación más joven es con el trabajo y la libertad financiera, sobre todo para las mujeres, quienes lo perciben como un espacio de realización personal. Mientras que, las motivaciones del hombre joven se orientan dentro del hogar, donde concilian el espacio trabajo con el cuidado familiar, siendo muy importante estar emocionalmente presente con los niños y la esposa.

Anteriormente, los roles tradicionales del hogar fueron socializados como parte del proyecto de vida y los patrones para formar familia. Sin embargo, esta estructura social está siendo cuestionada por hombres y mujeres, a raíz de la posibilidad del divorcio, entre otros cambios contextuales. La oportunidad de divorciarse genero mayor autonomía y emancipación de los individuos en la sociedad, enfatizó la igualdad y la reivindicación de la individualidad en las relaciones. Hoy en día la libertad presume un ingrediente esencial en la química de la pareja y es entonces donde la alternativa del matrimonio se viene desplazando, pues es dejado para relaciones largas y duraderas en el tiempo.

En línea con estas afirmaciones, Milfont, Gouveia, & Costa (2006) enfatizan que aún siendo necesaria una identidad conyugal, lograda a través de las interacciones de las personas que deciden constituir una familia, los ideales contemporáneos enfatizan la

autonomía y la satisfacción de cada uno, en sus planes y en las aspiraciones de vida. Entonces surge la posibilidad de que veamos la intención de conformar familia como una opción y no un indispensable social: Hace parte del proyecto personal de vida.

Es la elección, se decide convivir con alguien en unión libre, unirse en matrimonio religioso o civil, tener varias parejas afectivas, un hijo o dos, tres, son una opción, y adoptarlos también. Los proyectos de vida pueden orientarse en mayor medida a lo laboral, familiar, espiritual, entre otras esferas del desarrollo individual. Ahora esa orientación es parte de la preocupación global, estructural y política, que se traduce en la baja natalidad de varios países (The Economist, 19 de Abril 2018), donde es visible que el Estado no controla las decisiones del ser humano, sólo las influencia.

En la narración de Alana, como en la de Jade y Bianca, hay una orientación que se acerca a lo familiar, su proyecto de vida y por tanto, sus sueños y decisiones se dirigen a mantenerse en el plano relacional, y esto puede estar mediado por mantenerse o no viviendo en calle.

“Como las ganas de cambiar... ser una mejor persona, no seguir en la calle robando y fumando... *tener una buena familia*... eso es lo que más quiero, tener un buen trabajo y ya. Yo creo que el pasado es una herramienta para el futuro y el presente” (Alana, sesión 1, 4 de Octubre, 2016)

“Me veo bien, feliz, contenta con mi familia, con María Fernanda, Jhon Bayron, mi mamá” (Jade, sesión 1, 4 de Octubre, 2016)

“Lo que yo le quiero demostrar a mi hija... a mis amigas, ¿si me hago entender? Porque es que digamos... vivir en la calle, tener una hija y tras del hecho no estar haciendo nada... solo dormir y comer en la calle... eso no es bueno, ¿si? Adicional a eso demostrarle a mi hija que así sea con apoyo o sin apoyo... uno puede estar solo, pero uno es guerrerito en calle...” (Bianca, sesión 1, 4 de Octubre, 2016)

El proyecto de vida tiene una condición en el tiempo, en el periodo que lo siento o pienso, ya sea en el pasado, presente o futuro. Suele suceder que esta percepción del tiempo determina acciones inmediatas o las aplaza. Al volver a leer a Jade, predomina su estado presente, una decisión realizada en cuanto a su proyecto de vida y relacional; mientras que, Alana y Bianca transmiten sus pequeñas acciones para asegurarlo en un futuro, aunque esto pueda alargarlo en el tiempo en que puedan “tener una buena

familia”, “un buen trabajo” o “demostrarle a mi hija”. En Bianca, por ejemplo, el haber dejado de consumir hace más de cinco años constituye una pequeña acción de su proyecto, y continuar haciéndolo asegurará su consecución.

Karina, hace énfasis en un proyecto de vida donde permanecen las personas más significativas (Ver Figura 3-3).

“¿Y eso pa' quién es? – le pregunta

Pa' mi hija que la amo con todas las fuerzas de mi corazón. - Karina

Karina, Danna y Ángel juntos por siempre. Vea pues – lee y responde”

(Karina, sesión 5, 17 de Noviembre, 2016)

Figura 3-4. Exploración artística construida por Karina



Es indispensable otorgarle un peso a lo relacional, simplemente porque somos seres humanos en constante interacción, efectuamos conductas y nos retroalimentamos de ellas. A partir de las relaciones, se escala profesionalmente, se convive o se da soporte. La familia, como lo venía hablando, se identifica como un espacio de soporte afectivo y emocional que no encuentra lugar en el mundo globalizado, por tanto, cuando está presente la intención de conformarla se construyen proyectos de vida compartidos.

Esto no demerita la construcción de sueños individuales, sino que debe ser visto como un factor que enriquece la historia de vida y por tanto, la integralidad del ser humano. Wilber (1981) desde una perspectiva de la psicología integral, propone cinco líneas del desarrollo individual que apuntan a enriquecer la existencia humana: la cognitiva, la interpersonal, la espiritual, la emocional y lo moral, donde la familia es un transversal de todas. Es decir, las influencia.

3.1.3 Sobre la atribución a las relaciones.

Morris & Maisto (2005) explican la atribución como una argumentación simple que se hace a la ocurrencia de ciertas conductas, que suelen deberse a causas internas o externas. De acuerdo con Kelley citado en Morris & Maisto (2005), se atribuyen las causas a tres motivos: distintividad (¿qué tan diferente es de otros?), consistencia (¿con qué frecuencia cambia?) y consenso (¿cuántos piensan lo mismo?).

La atribución relacional se asocia con el valor que se le otorgan a las interacciones con otros y el papel que juegan en sus decisiones vitales. Por ejemplo, es más proclive que las personas que valoran el matrimonio religioso -para toda la vida- busquen encontrar una persona con ciertas características personales.

“Usted dice que no nacieron aprendidos, pero usted ve como la trato su mamá... o el problema que tenga usted, usted trata de superarlo, ¿si me entiende? Y pa' que sus hijos no sean así... Yo pienso que, si mi mamá me abandono y yo quedo embarazada, yo nunca voy a abandonar a mis hijos.” (Gali, sesión 1, 4 de Octubre, 2016)

Gali encuentra en su madre el motivo del cambio, en el sentido que no abandonaría un hijo y elabora una atribución relacional. Las atribuciones en nuestras narraciones, están llenas de pasado, de lo que hemos vivido entorno a las relaciones y nos ayudan a sentar en firme nuestras decisiones. En el caso de Bianca, ella no había provocado la reacción de su familia, pero su presencia indisponía emocionalmente su ambiente.

“De poder volver, yo podía volver, porque prácticamente yo me escapé por muchas situaciones, porque ahí había una persona que me hacía daño y pues, porque a cada nada llegaban a reprocharme que yo era igual a mi mamá, que voy a morir igual a mi mamá, todo... entonces prácticamente yo soy la espinita de ellas, mi mamá fue la que hizo eso y yo soy la espinita que no se pueden sacar” (Bianca, sesión 1, 4 de Octubre, 2016)

Esa atribución de pasado que Bianca se carga, le llevaba a tomar decisiones emocionales donde ella quiere transformar su discurso familiar.

“A mí me gustaría regresar, pero cuando yo ya esté bien... cuando yo ya me sienta capacitada para todo... a donde mi supuesta familia... No para quedarme, para hacerles dar de cuenta, que a pesar de que ellos me dieron muchos insultos que a mí me dolieron, a pesar de que me dijeron que yo iba ser igual a mi mamá... restregarles en la cara que

no es así, que mi propósito más allá... dejarlos callados... Solo llevarles un mercado y ya, me abro” (Bianca, sesión 1, 4 de Octubre, 2016)

Bianca establece un motivo para salir adelante, a raíz de los miramientos de quienes la acompañaban, y quiere continuar materializando una vida donde pueda estar con su hija de 4 años, con Alana, tal vez tener otro hijo, tal vez irse a vivir al campo.

En otras ocasiones no era tan fácil hallar las palabras, pero sus discursos se exteriorizaban en la exploración artística y me encontraba con un actuar y un sentir distinto. Así que como lo vivió Irene, Christopher en la Figura 3-4 encontraba en la relación con un perro, su sentido vital, y por eso, no era ni más ni menos importante.

Figura 3- 5. Exploración artística construida por Christopher.



“Hacia el final le dio un lugar a algo, dijo que era un perro –no recuerdo su nombre- y señalo que lo había acompañado hace mucho tiempo, que era su compañía en calle. Se le iluminaban los ojos, lo quería mucho y me pude dar cuenta. Dice que murió hace tres años.” (Diarios, Sesión 2, 19 de Octubre, 2016)

¿Cabe pensar que la definición de familia tenga en cuenta a quienes no son humanos y específicamente los animales como el perro? A pesar, de que siento que no es comparable en la complejidad de su interacción, si pertenece y se concibe como un miembro más. Tanto así que quienes viven solos y algunas parejas que deciden no tener hijos o hijas, deciden adoptar un animal. Además que, en calle los perros son compañeros inseparables que brindan calor y protección, como lo fue para Christopher.

Jenkins, Ruchrdanz, McCullough et. al (2012) hallan los beneficios de la interacción animal-humano en niños con cáncer y sus familias, entre los cuales relacionan sentirse

relajado o con menor nivel de ansiedad, baja la presión sanguínea y el pulso cardíaco (frente a los resultados en situaciones de ansiedad y estrés), distraen del dolor y la preocupación, fomentan el apoyo y la aceptación incondicional. Mejora las habilidades sociales, permite sensaciones de autoestima y confianza, e incrementa la motivación a participar en procesos de sanación.

Es entonces, donde los animales proveen sensaciones de bienestar que, seguramente relaciona Christopher al momento de pintar y relatar su experiencia de vida en la calle, y por tanto, le otorga un lugar a su presencia.

3.1.4 Determinantes psicológicos

Milfont, Gouveia, & Costa (2006) estudian los determinantes psicológicos en la intención de conformar familia y corroboran que los valores de afectividad, religiosidad y estabilidad predicen la intención de conformar familia, además de una orientación positiva a formar relaciones afectivas estables en el tiempo.

El valor de afecto representa la necesidad de amor y pertenencia, correspondiendo a la esfera más íntima de la vida social. En los diálogos y las sesiones encontramos que es el valor que más moviliza, ayuda a tomar decisiones y a cuidar lo nuestro. Christopher le hallaba un sentido a este valor y lo complementaba con la exploración (Figura 3-5).

“A los seres que amamos. ¿No, profe? Podría ser a los padres, a los hijos.

A mis hijos - Asegura

¿Tienes hijos? - Pregunté

Tengo tres hijos”

(Christopher, sesión 3, 20 de Octubre, 2016)

Figura 3- 6. Exploración artística construida por Christopher.



El cuidado se convierte en una forma de expresar el afecto y la permanencia, a pesar de las distancias. Cuando hicimos la sesión 4, les pedí responder: ¿Qué tan importante es, en estas vasijas, el amor?:

- “Yo dibuje a mi marido, a mi familia y a mí, y a mis socias. Dios las bendiga a todas”
- “Yo dibuje a mi mamá, a mi papá y a mí mujer”
- “A quién era mi marido de antes, a mi familia y a mí”

Tal vez no fue una respuesta directa a la pregunta, pero seguía siendo una respuesta sincera, de aquellos a los que amamos o de aquellos a quienes llevamos en nuestra mente, y haciendo evidentes sus contestaciones el amor está en la relación afectiva, conyugal y en la familia, o así lo sentimos.

“¿Todas pusieron personas que no están?” – pregunta Sabina

La mayoría asiente con la cabeza.

Fromm (2017) afirma que el amor es un acto de fe, comprometerse sin garantías, entregarse totalmente a la esperanza de producir amor en la persona amada sin expectativas, por tanto la presencia física es sólo un reducto del amor y conduce a la exclusividad propia de una relación posesiva que, supera el problema de la separatidad, pero siguen estándolo entre sí y enajenados de sí mismos; “su experiencia de unión no es más que una ilusión” (pp. 81). El tipo de amor que se profesa, generalmente a la familia, tiene que ver con el amor fraternal, el afecto que produce identidad, hermandad, sin pedir nada a cambio, incluso esa presencia.

Y finalmente, qué significaba cuidar o ser cuidado.

“¿Qué podríamos decir de quien me cuida? ¿Qué es cuidarse?” pregunté

“Qué están pendiente” – responde Dana

“Que lo apoyen a uno” - responde Christopher

“Que le dan cosas a uno para estar bien, que le dan consejos, le suben el autoestima, diciéndole cosas, palabras...” – cuenta Dana

(Christopher y Dana, sesión 3, 20 de Octubre, 2016)

Ellas no pierden el contacto con sus familiares, ocasionalmente los buscan, los llaman o incluso oran por ellos, constituyen formas de cuidado, donde demuestran su preocupación afectiva. Este actuar es de doble vía, es decir, las familias también suelen

mantener su preocupación o su pensamiento con ellas, a pesar de que no validen su estilo de vida. El amor, el afecto y el cuidado trascienden la separatividad física.

Aunque, en algunas ocasiones se malentienda el afecto, su significado y las conductas que lo demuestran:

“Luego, otra chica, de nombre Jade se acercó a saludarme, dice que hace rato no me veía y me cuenta eufóricamente que volvió con su marido. Creo que en mi cara se evidenció mi desagrado –la última anécdota que recuerdo que Jade me contó, es que él le pegaba y la hacía sentir mal. Ese día, en medio de su tartamudeo me decía <pero él dice que uno no le pega al que ama> dibujando sus manos y sus pies, “que él no va a volverlo a hacer”-. Por mi cara, ella lo repitió <profe, mi esposo, volví con él> y lo había pensado antes de llegar a ese lugar, en decirles de un modo intempestivo: No es parte de una relación que te peguen, quién te ama no te golpea, no te humilla, no te maltrata, no te cela. Puedes encontrar a alguien que sea bueno para ti” (Diarios, Sesión 4, 16 de Noviembre, 2016)

Pero, tal vez, es la forma en que ellas significan el amor y el afecto. Coincido con Fromm (2017) en que la vivencia de Jade está relacionada con un egotismo *á deux*, dos seres que identifican el uno con el otro y resuelven el problema de separatividad convirtiendo al individuo aislado en dos. Lo cierto es que quienes describen como el amor constituye una emoción que se concreta a través de la aceptación del otro o la otra como legítimo, y que, en toda narración sobre las relaciones a partir de los recuerdos, se halla una disposición emocional hacia la acción y en toda acción narrada por las relatantes están inmersas sus emocionalidades (Puyana y Rojas, 2011). Por tanto, Jade acepta esta situación basada en la aceptación y el afecto que siente por el otro.

Otro determinante de la intención de conformar familia es el valor de religiosidad, que es dependiente del precepto religioso, presupone creencia y obediencia a Dios, es relacionado con la intención de legitimar la unión a través del matrimonio civil y religioso, teniendo en cuenta que guiarse por la religiosidad, en la mayoría de las culturas occidentales, implica aceptar una orientación católica-cristiana, que sugiere la constitución de la familia y la armonía entre todos sus ascendientes y descendientes (Milfont, Gouveia, & Costa, 2006).

Este valor no fue tan claro en las conversaciones. Sin embargo, Dios fue una respuesta inmanente en la sesión 3, “en este mundo no hay amigos, hay amistades. El único amigo es Dios”, “Dios, mi mamá, los profes”, “nosotros mismos, Dios” y “Dios”.

En varios programas de intervención con ciudadano habitante de calle, la religión -no la espiritualidad-, es un instrumento que apoya los procesos personales, en la medida en que sienten el resguardo, la protección, la motivación y el perdón, más allá de los “errores” que se hayan cometido, y su uso en la intervención permite sentimientos de afiliación o de hacer parte de una comunidad (Cáceres y Santamaría, 2018). Sin embargo, es posible que durante las conversaciones, las creencias en Dios guardarán más relación con la espiritualidad.

El valor de la religiosidad no cobra tanta relevancia en las sesiones, puesto que habitualmente se juzga a la mujer que vive en calle. Entendida como la que se salió de lo esperado: vive en calle, deja a su familia, tiene una orientación sexual distinta, y si, es una forma en que se siente excluida de la religión ortodoxa como la asociación que plantea Milfont, Gouveia, & Costa (2006) entre religiosidad y conformar familia. Es decir, que cuando ellas relacionan a Dios, no necesariamente lo ven desde la posición de un matrimonio o unión conyugal.

Lila, tiene 26 años y se enteró que tiene 3 meses de embarazo. Entre el sueño, el cansancio y haber intentado renunciar varias veces construye su ejercicio. Hacia el final de la sesión, pinta la figura de un ángel (Figura 3-6).

Figura 3-7. Exploración artística construida por Lila.



Muchas veces ese Dios, se concibe como sostén y apoyo de la existencia, por tanto, se siente acompañado, le ayuda a imaginar que puede cumplir todo lo que se proponga y permite pedirle bienestar y el del otro, incluso argumentar su castigo. Fromm (2017) afirma que el concepto de Dios ha perdido su significado religioso original y se ha adaptado a una cultura enajenada del éxito, se impulsan las plegarias como un medio para aumentar la propia habilidad para alcanzarlo; pero más que criticarlo, es la fe el instrumento que sostiene el cambio y por tanto, mantiene la experiencia interior, religiosa o espiritual. Tener fe “es una predicción del futuro basada únicamente en el presente manifiesto” (pp. 166).

Por último, su correlación con el valor de estabilidad indica que las organizaciones familiares son vistas como una institución en la que se puede asegurar la planificación y la estabilidad en la vida. Es una realidad ambigua en la vida del ciudadano habitante de calle hallar el valor en la estabilidad, puesto que su entorno es impermanente y cambiante en la mayoría de los casos. Pese a ello, no significa que no sea deseable.

En las conversaciones, la estabilidad se dibuja de distintas formas, éstas son relacionadas con la familia: la primera de ellas es concebir la permanencia de una familia de origen con la que generalmente se tiene contacto, de la que se está pendiente, a la cual acudir en las peores y mejores situaciones, y la segunda, es intentar, a pesar de todas las malas circunstancias, sostener una relación amorosa y conyugal para conformar familia, sobre todo en condiciones donde hay embarazo. Acudo a mi memoria:

“Recuerdo una chica embarazada que llego a refugiarse después de una golpiza de su marido, semanas después, la escuché argumentando o excusándolo, diciendo que, si lo cuidaba, él se portaba bien y así.” (Diarios, Sesión 2, 19 de Octubre, 2016)

Ambas formas son representaciones de que se desea la estabilidad, mientras que hay otras, no relacionadas con familia, que develan el contrario. Por ejemplo, los artículos materiales, el vestido, son elementos que se pueden cambiar, vender o perder sin remordimientos. Dado que no hay vínculos con los espacios o bienes materiales que motiven la permanencia, y sin llegar al extremo, podrían relacionarse con otros estilos de vida, por ejemplo, los planteamientos del budismo. Lejanas de poseer lo material y de la presencia de otros se vive el presente con incertidumbre (Osho, 2009).

Siguiendo los planteamientos de Milfont, Gouveia, & Costa (2006), proponen que los valores de orientación social y que también aprecian, entre otros aspectos, la confianza, la sinceridad, el respeto, la búsqueda continua de satisfacción del otro y la intimidad en una relación afectiva, tienden a presentar mayor intención de constituir una familia. Sin embargo, y aunque no fue objetivo de los autores, los resultados también representan las decisiones coherentes de un individuo que no desea constituir familia basado en un proyecto de vida distinto para sí mismo.

Por ejemplo, los valores suprapersonales, se relacionan más con búsquedas de pareja bien orientadas: encontrar a alguien maduro, sin apegos materiales y que busque alcanzar sus objetivos independientemente de su condición social o grupo afiliativo; o los valores sociales como el deseo de sentirse querido, tomado en cuenta y pertenecer a un grupo mediante una vida social activa, no necesariamente relacionado con constituir familia.

Alana, por ejemplo, añade el valor de una sana comunicación en la convivencia familiar:

“Una buena comunicación profe... lo que me decía Bianca... a mis hijos no puedo ir y pegarles y luego exigir, porque no es así y hay muchas cosas que no son así. No sé... tener un buen núcleo familiar” (Alana, sesión 1, 4 de Octubre, 2016)

Para concluir este análisis, cuestionó la familia desde otro nivel. Dana nos decía “la gente piensa que, porque uno está así, no tiene familia. Que uno no tiene, ¿si me entiende?”, donde su descripción de “está así” refería la vida entre el consumo, la calle y la institución.

Es, a grandes rasgos, el motivo por el cual titulé así este primer análisis y es donde quiero desmontar la idea de que quienes habitan en calle son sujetos sin familia. Hay que reconocer una permanencia de las formas familiares a pesar de la distancia física y una necesidad emocional de hallarse en un pasado y un futuro familiar, que además fortalece la identidad del individuo. Esto tampoco debe ser generalizado, en el sentido de que todos deseamos conformar o vivir en familia, sólo se le otorga validez a la importancia que tiene como referente. Es decir que, todos podemos hablar de familia.

No logro dimensionar los alcances de la connotación propuesta de familia y las implicaciones que tendría plantearla en los términos en que lo hago, no es el objetivo inicial y si, puede formularse como la continuidad de la investigación. Eso sí, encuentro en Puyana y Rojas (2011) algunos puntos de las dinámicas en familias transnacionales que fácilmente pueden hallarse en las narraciones descritas en el pasado o presente de mujeres que han vivido en calle, como mantener una comunicación distante, una pérdida ambigua por interacciones que se rompen o se distancian, una vulnerabilidad social, emocional y psíquica en casos de abandono, percibir el alejamiento afectivo, la pérdida de autoridad de figuras adultas, el enaltecimiento o idealización de alguna de las figuras, y en ocasiones, sentimientos de soledad o frustración.

Sin embargo, nos hallaríamos ante una definición que tiende a calificarla desde su propia vulnerabilidad, mientras que si se considera como una dinámica que mantiene o cambia el orden, las acciones de los integrantes de la familia se producen en conexión con un tiempo de origen. López, Sánchez & Palacio (2013) afirman que incluso se tiene la mitificación del pasado como pérdida del paraíso, ruptura de la unidad familiar, del no compartir el día a día, de la inseguridad, la falta de acompañamiento, soledad e incertidumbre. Cuando precisamente lo que se observa, pueda ser que esa familia nunca fue un paraíso y la movilidad de las mujeres, sólo signifique la búsqueda de lo propio, ya sea en la estructura de un orden familiar distinto o un proyecto personal. Es claro que, como investigadores de familia, nos encontramos en la ambivalencia del discurso y la angustia por su reconocimiento.

Es entonces, donde el vínculo cobra vital importancia, ya que permanece conectando a los miembros de una familia. En nuestras sesiones, hay un referente de familia por el que cada una se mueve emocionalmente, ya sea en su búsqueda, en el entendimiento de las situaciones, en volver a estar con ellos o en la intención de conformarla. Es ese el

vínculo que justifica que exista familia, que pueda estar fuera de las estructuras del parentesco y de la convivencia.

Cuando me pregunté por la motivación de conformar familia desde y en la calle, que en este punto de la historia no es generalizable a todas las narraciones, propuse la entrañable relación que existe entre proceso de individuación, proyecto de vida, atribución a las relaciones y determinantes psicológicos que fueron relacionados desde diversos autores. Son estas variables individuales las que orientan nuestras intenciones y por tanto, justifican que la persona se mueva sola o decida vivir en familia.

Ahora, ¿está presente la intención de conformar familia desde y en calle? Si, en algunas historias más que en otras, y no está necesariamente mediada por la idea de salirse de la calle. Incluso, muchas parejas, se apoyan y viven su cotidiano en este espacio sin mayor complicación. Y tal vez, tendrían allí sus hijos o hijas, pero ante tal decisión, interviene el Estado y el marco de derechos.

Finalmente concluyo que plantearse un proyecto de vida personal requiere determinar la intención de conformar familia o no, que, ahora con las transformaciones sociales, históricas y políticas no es obligatorio para nadie.

3.2 “Entonces fue así como pude sobrevivir”: Socialización de género en la familia y en la calle

Cuando planteé abordar el proceso de socialización vislumbré un universo que es difícil de abarcar en las sesiones de trabajo que realicé. Así que usé dos mecanismos que apoyan la coherencia con la que puedo realizar el análisis de esta segunda categoría: el primero, me llevó a anclar el proceso de socialización hacia el género, donde las narraciones se expresan desde la vivencia de ser mujer y segundo, reducirlos a dos espacios socializadores, en este caso la familia y la calle. Lo que aquí encuentran, son rasgos que se asocian a un panorama general de cómo han sido socializadas este grupo de mujeres.

Es necesario recordar que la socialización es un “proceso continuo de naturaleza cultural, que moldea al individuo desde el nacimiento, y en virtud de la cual, se aprenden los patrones, valores y pautas de comportamiento, más los contenidos de ciencia y

técnica del hábitat social” (Gutiérrez et. al, 1978, pp. 168). Es así que el individuo se integra en mayor o en menor grado a los contenidos sociales y culturales del grupo al que pertenece.

Existen dos formas en que se da el proceso de socialización (Gutiérrez et. al, 1978; Mora, 2002):

- La primera es informal e inconsciente, está asociada a la familia o al ambiente socio-cultural inmediato y se da en la etapa de niñez. La religión, las creencias, las actividades recreativas, las normas de convivencia y las acciones correctivas de las mismas son agenciadas desde la socialización informal.
- La segunda responde a un esquema formal, consciente y tiene relación con las actitudes, normas, comportamientos y creencias que imparten las instituciones y la educación. Es la etapa donde se induce al sujeto a otros entornos y sectores del mundo social.

El proceso de socialización es un tejido entre lo que moldea, directa o indirectamente la familia y/o el ambiente inmediato, y lo que ellos mismos aprendieron de la esfera social-cultural que los rodeo durante su crecimiento. La lectura que se hace de los dos niveles, formal-informal, es que estos pueden permanecer en las mismas lógicas de pensamiento, sin modificaciones notorias, salvo que se decida explorar otros contextos o relacionarse con otros estilos de pensamiento. Se sabe que la familia es el primer agente socializador del individuo, sin embargo, es singular la experiencia que internaliza y lo que logra externalizar o manifestar en sus conductas.

Por ejemplo, de acuerdo con Gutiérrez et. al (1978), no acceder a una institución educativa, fruto de la escasez económica o no percibir ésta como parte fundamental del proceso de desarrollo del menor, impide la formación de nuevas lógicas de pensamiento. No sólo por la socialización formal que se hace en la institución, sino también por las relaciones humanas que influyen en el contexto. Así que, seguramente aquellos que no tuvieron la oportunidad de estudiar, su contexto, sus relaciones o incluso el marco de derechos de los niños y las niñas, les invitó a incluir a sus hijos en la educación formal y es más fácil que se reformulen esas lógicas de pensamiento. Sin embargo, esta situación aún no se replica en la educación universitaria y esto tiene directa relación con

las condiciones socioeconómicas, es más importante salir a trabajar y a producir para la economía del hogar.

En los estudios del gamín, Gutiérrez et. al (1978) revela que los progenitores consideran que la edad de autovalía de los hijos está entre los 11 a 15 años, sin haber terminado el bachillerato. Información que se complementa con la de Mora (2005), quién argumenta que “la escuela no ha representado para estos grupos una posibilidad real de mejoramiento de sus condiciones de vida, por el contrario, es el mecanismo que les impide el acceso al mercado formal de trabajo”. No sólo eso, sino que, de acuerdo a la información recolectada, la carencia de educación formal es más visible en mujeres atribuyéndose a una condición de género del menor.

De acuerdo con Puyana & Barreto (s.f) la cultura, las concepciones y significaciones de los agentes socializadores moldean una infancia específica, diferencial por clase social y por género en una misma sociedad.

La socialización por género se esclarece bajo los términos de López-Montaña (2004), quien argumenta que se convierte en enseñar o transmitir a la niña o el niño, actitudes, normas, comportamientos y creencias de lo que es apropiado para cada sexo. Tiene lugar en todas las actividades diarias, a partir de la alimentación, la forma de dar afecto, el cariño, el juego, la asignación de tareas en el hogar, la asignación de recursos para el desarrollo del futuro o la forma de relacionarnos con los demás y estos comportamientos se convierten en normas de vida. En el momento que son socializados no son conscientes, pero afloran en la conducta en la forma de dar afecto, en la actitud, en las valoraciones que realizan, etc.

Berger & Luckman (1979) entienden la socialización como "la inserción amplia y coherente de un individuo en el mundo objetivo de una sociedad o en un sector de él". El individuo nace en un mundo social objetivo, en una estructura social legitimada, estratificada y donde se desempeñan diferentes y determinados roles construidos históricamente (Puyana, s.f). Esa realidad puede ser cambiada, aprendida e interiorizada por los sujetos.

Las características incluidas por Puyana (s.f) explican cómo los roles de género son estructurados históricamente y producen marcadas diferencias en el comportamiento de hombres y mujeres de acuerdo a un determinante biológico. Se entiende condición de

género como “el mundo de las representaciones socialmente construidas en torno a la situación de género y al “deber ser” sobre las características inherentes o propias de los sexos tanto en el plano de su comportamiento social como de lo individual o personal” (Turbay & Rico, 1994 citadas en Valencia, 2011). Estos son componentes que determinan la identidad, no solamente refieren la diferencia anatómica y sexual, sino que involucran aspectos como la pertenencia étnica, la ubicación socioeconómica, las creencias religiosas, la postura política y el deseo sexual.

De acuerdo con Mora (2005), son pilares fundamentales de la socialización: (1) la comunicación que motiva a la construcción de significados y conocimientos durante el proceso. Se asocia esta variable a realidades familiares de tipo socioeconómico. Es decir que, en los casos en donde el adulto llega cansado, frustrado y enojado, los niños y niñas no encuentran apoyo emocional y esto impide una buena comunicación. (2) Apoyar en la construcción de identidad del niño o niña siendo las relaciones interpersonales primarias, el contexto donde se forman intereses y se orientan hacia la definición de un futuro.

Es así que, la socialización está influenciada por la cultura, las concepciones y significaciones de los agentes socializadores que moldean una infancia específica, diferencial por clase social y por género en una misma sociedad.

En términos generales, he de decir que, los tiempos de convivencia variaron desde los 4 o 5 años hasta, más o menos, la adolescencia (máximo 20 años), de acuerdo al reporte en las narraciones de quienes más estuvieron con su familia. Algunas, cuidadas por padres o madres, en otros casos, figuras familiares alternas como tíos o tías, primos o primas, abuelos o abuelas, y en otros se halló figuras adoptivas sin vínculo de consanguinidad. Al momento de la recolección, algunas reportaban seguir viéndolos, de manera poco frecuente, estarlos buscando o estar completamente alejadas de su familia de origen.

Luego de estas edades de salida del hogar, sus tiempos de permanencia en calle empiezan a ser más prolongados mientras se adaptan progresivamente al espacio. Entonces, cuando hablo de esta socialización informal que se da en familia o en calle, se haya anclada a ese tiempo de convivencia o de permanencia, y lo mucho o lo poco que ellas pudieron tomar desde ambos entornos.

Como parte de un resultado que esperaba hallar, directamente influido por la cultura, sus concepciones y significados, se identifica que permanece la prohibición del consumo de sustancias psicoactivas y la repercusión negativa en la imagen de quien lo hace. Esto invalida las diferencias en el consumo de una u otra sustancia, y con ello, las repercusiones que una u otra puedan tener, y que claramente no son similares. Esta concepción se mantiene en los escenarios privados, de familia, en las instituciones, y circula en la calle.

“Pero ya casi no, a ellas no les gusta que yo meta bazuco¹², ellos me dicen que vuelva a la casa y yo me la paso fumando bazuco y bazuco... andaba toda ñera, así.” (Dana, sesión 3, 20 de Octubre, 2016)

Es más proclive que se estigmatice socialmente a las personas que habitan calle con el consumo de psicoactivos y se suponga como algo esperado para cualquiera que la habita, con ello también suponemos que hayan recaídas en quien quiera dejar las drogas. Bianca, por ejemplo, no consume hace cinco años y permanece itinerante entre institución y calle.

“Bueno, la persona que ha consumido, si... Como yo ya he consumido antes y llevo prácticamente cinco años sin consumir, y si yo llego a consumir en este momento, voy a consumir el doble que consumía antes, el triple...” (Bianca, sesión 1, 4 de Octubre, 2016)

3.2.1 Socialización de género en la familia.

“A los 10. Mi mamá en ese momento era muy temperamental, nosotros nos parecemos a mi papá y como ella se separó de mi papá... <marihuanero, ladrón, por eso su papá no lo quiere> y que iba a repetir la misma historia. Además, le salí con el cuento que me gustaban las mujeres, eso no le gustó mucho y no, ella era muy agresiva.

Claro, se la pasaba dándome duro como si uno fuera un muñequito. Llegaba borracha y tome pa' sus dulces” (Alana, sesión 1, 4 de Octubre, 2016)

Hallé narraciones que le dan un lugar destacado a la violencia y el maltrato en la familia, constituyéndose un régimen de terror cotidiano donde mujeres, niños, ancianos,

¹² Bazuco o basuco/basuca: Base de coca mezclada con cal, polvo de ladrillo y sustancias diversas, equivale al crack estadounidense (Cámara de comercio, 1997)

enfermos y discapacitados son quienes, generalmente, no logran romper la dependencia con su agresor ni del proceso de dominación ejercido, en línea con el planteamiento de Pachón (2007). Expresaban el maltrato psicológico/emocional, la negligencia o abandono, o el abuso físico que vivieron y que usualmente son reconocidos como herramientas de crianza de las figuras de autoridad.

Pachón (2007) en el mismo texto, describe la evolución de la familia a lo largo del siglo XX, donde manifiesta como el alcohol y la violencia repercuten nefastamente sobre las relaciones familiares y, donde los niños son víctimas directas de esta situación, siendo ejercida por el padre de turno que deposita sus frustraciones en los hijos de su mujer. A este respecto añado las situaciones de violencia que fueron comentadas por las mujeres, que involucraron más a las madres o a las figuras femeninas, que a las masculinas.

“A un lugar al que no quisiera volver... como la casa de mi verdadera mamá. Si, muchas humillaciones, me trataban feo... A mí me abandono cuando yo tenía 18 meses, nunca se motivó en buscarnos ni nada.

A mí me crio otra señora. Y el año pasado fui a visitarla y me humillaban, me golpeaban.”
(Gali, sesión 1, 4 de Octubre, 2016)

En la misma línea, percibí en sus relatos que, contrario a lo que podía pensar, quién las “abandonaba” -validando las sensaciones en que se hayan podido sentir abandonadas- tenía igual proporción en términos de sexo, ya fuera madre, padre o cuidador. Pachón (2007) explica cómo en la transformación de la familia, el hombre pierde obligaciones, la mujer se recarga de funciones y el Estado no logra garantizar la infraestructura necesaria de apoyo a la familia.

“Se escucha a más de una niña de acá decir: <Mi mamá me abandono, mi papá está ahí, siempre ha estado ahí. También la mayoría de los casos, mi papá me abandono, pero mi mamá siempre ha estado ahí>” (Bianca, sesión 1, 4 de Octubre, 2016)

Así me lo hicieron sentir cuando defendían sus posiciones. Ninguno de los dos debía abandonar a un hijo o hija, aunque la sociedad se lo permitiera más al padre que a la madre, y aunque en realidad hubiera un 50% de “culpabilidad” y los hijos sean de la madre (Fernández, 1993).

Rebolledo (1998) afirma que en las culturas latinoamericanas la socialización de género se hace en espacios fuertemente marcados por las personas del propio género, es decir se aprende a ser hombre o mujer compartiendo con iguales, más que a partir de la interrelación con las personas de otro sexo. Los grupos de pares y los consejos de los mayores suelen ser las mejores fuentes de aprendizaje de la femineidad y la masculinidad. Sí sé es mujer, esto ocurrirá en espacios cerrados, casa y colegio, a diferencia de los hombres que deben salir hacia la calle, el bar, el club, la cancha, entre otros.

Generalmente, campesinas y ciudadinas, son socializadas por otra figura femenina, la madre o hermana mayor, donde aprenden a realizar el oficio doméstico o adiestrarse en trabajos artesanales con los cuales generan ingresos (Puyana, s.f). Por ejemplo, es el caso de niñas de clases populares que les considera adultas como consecuencia de los roles sociales adscritos. Son niñas por que las posibilidades de su desarrollo intelectual son mínimas y adultas pues su socialización se realiza a través del trabajo.

Aunque ha existido esa tensión porque la mujer se sostenga en sus labores entre la maternidad y el oficio doméstico, como solía amedrentarlo las campañas publicitarias y la iglesia de mediados de siglo (Pachón, 2007), no fue fácil hallar la influencia de este factor en sus narraciones y así mismo, conocer el nivel de trascendencia que tiene en otros ámbitos y cómo lo transmiten. Mientras conversábamos:

“Si me llevan a vivir, sé planchar, sé cocinar...” – Dice Mariana

“¿Será que es necesario que las mujeres sepamos hacer eso?” - pregunté

“Pero es que, si uno es hija de ricos, para qué va a tener que lavar la loza” – afirma Mariana

“No, pero es que ahí dónde la ven, vive sola y tiene una hija. Ayy donde la ven” – aclara Sabina

“Pobre niña” – exclama Gabi

“Mi hermana es así. Mi hermana tiene 19 años y tiene una hija” – N.n

(Mariana y Gabi, sesión 4, 16 de Noviembre, 2016)

Lo que sé es que hablaban de ser “buena mujer”, “buen partido” y luego de ser “buena madre”. Estas tres condiciones parecen mantener la influencia de mediados de siglo que exponía Pachón (2008) y los miramientos establecidos por la familia patriarcal.

López-Montaño (2004) argumenta que:

“En nuestra sociedad occidental capitalista tiene presencia la ideología patriarcal que incorpora en el imaginario cultural y simbólico actitudes, valores, normas y creencias que diferencian a hombres y mujeres, entregándole un sentido a su movilidad territorial y espacial” (Pp. 196)

Sin debatir el tema, Engels (s.f, citado en Lerner, 1990) concluía que “la abolición del derecho materno fue la histórica derrota del sexo femenino. El hombre también tomó el mando en la casa; la mujer quedó degradada y reducida a la servidumbre; se convirtió en la esclava de su lujuria y en un mero instrumento de reproducción” (pp. 44.)

La crianza se rige por una lógica cultural visible en la familia, donde las obligaciones de alimentos, limpieza, recreación, control y crianza de la progenie, entre otros, ha sido liderada por la figura materna, por tanto, es lo que se espera que asuman las mujeres en la formación de su familia. ¿Es posible que Mariana esté pensando en que “si la llevan a vivir” ese va a ser su lugar en la casa? O ¿lo dimensiona como tareas compartidas? ¿Se mantienen algunas formas de la organización patriarcal?

Existe un rezago latente y visible en nuestras historias, es la necesidad imperante de buscar o tener pareja. Constantemente, en hombres y mujeres, se presenta como una debilidad inconsciente que indica que se debe permanecer con alguien, no sólo porque querer hallar un sostén emocional, sino que la vida se percibe más fácil. Esto no es ajeno a lo que escuché durante nuestras sesiones, ni tampoco a lo que he vivido.

“Papacito te amo. Mi primer amor marica¹³. Yo me separé hace 7 meses y todavía lo pienso. Ahora tengo un novio nuevo, pero nada que me lo quita.” (Fabiana, sesión 4, 16 de Noviembre, 2016)

Como lo expresé en el análisis anterior, el afecto es un valor muy bien aceptado y apreciado en la decisión de constituir familia. Así mismo cuando ya se consolida el sistema familiar, es habitual que el afecto se convierta en un mecanismo de poder. Jiménez (2007) lo plantea en los términos en cómo incide en el comportamiento del otro y constituye una forma de dominación, donde se le reviste de valor y se le atribuyen

¹³ Marica: Puede utilizarse como expresión de cariño o, también, dependiendo del tono de voz y de cómo se acentuó la palabra, puede tener un significado peyorativo, como tonto, estúpido, pelotudo, carente de sentido común. Disponible en <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1571975>

cualidades especiales. La dependencia y la complacencia se acrecientan ante el temor a perder el amor del otro y en estos casos la persona que ama, pierde libertad para tomar sus propias decisiones.

Existe una breve línea que divide el amor libre del dependiente, Allí encontré el dolor de la violencia hacia la mujer:

“Recordé tantos relatos que me cuentan de cómo los hombres –sus parejas- les pegan, las quieren destruir, humillar, mostrarles lo que NO se debe hacer y cómo las obligan a hacer caso. <Si no le doy cigarrillo me golpea> dice Paola y ella sabe que no es lo que debería pasar. ¿Es acaso la historia de nuestro sometimiento una premisa que determina que nos dejemos golpear pase lo que pase? Escribo esto y me da rabia pensarlo, poder sentarme aquí y meditarlo, sabiendo que ellas se están llenando de miedos, de angustias y de razones que las mantienen en ese lugar, con “ellos”, en calle, con dolores, en la no-consciencia” (Sesión 1, 4 de Octubre, 2016)

“Como te amo, debes hacer lo que yo digo, de lo contrario te dejo de amar” describe Jiménez (2007). En un lado permitir el maltrato físico, de otro el hostigamiento y la manipulación para continuar con esa persona.

“Yo todavía quiero reharto a mi marido, porque hace unos seis años... Yo, la mayoría que estuve allá metida -en la olla o calle-, fue por él... porque lo quería re harto. Pero no profe, me aburrí. Muy humillativo profe, como a creerse más que uno. Me dio rabia y lo deje botado.

Eso no fue hace mucho, desde que entré acá. Me tenía aburrída las bobadas de él” (Lila, sesión 3, 20 de Octubre, 2016)

El amor de pareja o conyugal también se distorsiona en los términos en que se planteó la monogamia y la poligamia. En el fragmento citado por Engels es precisamente donde se valida el control de la reproducción femenina en la familia, en el hogar y nos subleva al dominio masculino.

Helen, de 19 años, pintaba expresivamente y exaltada decía “dientes de muertos, dientes de muertos. Mire, es un marido que le puso los cachos a la esposa y ella está feliz, no pasa nada” (Diarios, Sesión 2,19 de Octubre, 2016). Se reía. El resultado es visible en la Figura 3-7.

Figura 3- 8. Exploración artística construida por Helen.



Fernández (1993) afirma cómo la esposa se convierte en el resultado de la “pasividad femenina” donde se aliena de la propiedad y exploración de su cuerpo, registro de sus deseos y búsqueda activa de sus placeres, mientras se mantiene la actividad del erotismo masculino. Llama la atención que, en el matrimonio griego, la exigencia de fidelidad no es recíproca, el contraer matrimonio no liga al marido y la categoría adulterio es algo pertinente, aunque el hombre debe respetar a una mujer casada en tanto pertenece a otro hombre.

Es así que Helen se ríe, la esposa está feliz de que la engañen. Parece una ironía.

Las afirmaciones de Fernández llevan implícito otro aspecto que se suma a la dinámica de pareja y es el consentimiento social que hay frente a la prostitución o trabajo sexual. Gutiérrez de Pineda (1975) estudió las representaciones femeninas y masculinas en la realidad colombiana. La prostituta, por un lado, era una mujer con poca educación, de hogares con bajos ingresos, que vendía sus servicios sexuales, y por el otro, una mujer de clase media que, ya no era virgen o había tenido una relación amorosa que la desprestigió, y era un servicio comúnmente utilizado para iniciar sexualmente a los adolescentes, quienes iban acompañados de una figura paterna o masculina. Rebolledo (1998) reconoce como espacios masculinos: el bar, que permite hacer un paréntesis entre las responsabilidades del trabajo y lo familiar, sin la presencia de testigos femeninos o infantiles, y el prostíbulo, donde muestra su capacidad para seducir, conquistar mujer y relacionarse sexualmente.

También, postulaba Gutiérrez de Pineda (1975), que la esposa era una figura casi virginal que sólo se tocaba para la reproducción, mientras la prostituta era la imagen del deseo sexual o erótico. En el complejo antioqueño, ambas representaciones, eran

avaladas socialmente, los esposos y trabajadores se encontraban en los lugares del lenocinio y mantenían dichas situaciones en lo privado –entre ellos-.

Estas situaciones no quedan resueltas como un hecho histórico, la infidelidad femenina tiene una connotación negativa más fuerte que la masculina. No predigo que ambas no sucedan, pero entorno a la femenina hay más prejuicios y juicios morales, en cambio en la del hombre es socialmente aceptable y parte de un proceso natural.

Por otro lado, es importante mencionar que las mujeres que habitan en calle, son percibidas como cercanas a la figura de la prostituta o trabajadora sexual, donde su sexualidad es puesta en el dominio público y, por tanto, accesible a cualquier hombre que transite la calle (Esto lo analizo con mayor detenimiento en el siguiente análisis). Sin embargo, cabe mencionar que, desde la familia y su socialización, las mujeres con las que hablé, son menos merecedoras de fidelidad y relaciones estables por estar sujetas al mundo de la calle.

La Figura 3-8 muestra a Naomi de 19 años, y hace poco se enteró que está en embarazo. Joao, será el nombre de su hijo.

Figura 3- 9. Exploración artística construida por Naomi.



Como Naomi al menos otras cuatro mujeres me contaron de su estado de gravidez y sus perspectivas de la maternidad eran muy distintas. Si los presupuestos del patriarcado

siguen vigentes, las cuatro mujeres con las que compartí deben no sólo criarlos sino mantenerse al lado de ello, esté presente o no la figura paterna.

Para Naomi, Joao se convirtió en un motivo de lucha, para Olivia representó una sorpresa sobre la cual no puede definirse y en Lila, un suceso que la convirtió en una persona aburrída. Galí decía que, al tener un hijo no lo abandonaría, mientras discutía con Bianca, sobre los motivos porque sus madres las dejaron a su suerte. Lo cierto, es que parece que el patriarcado todavía ejerce control social y político sobre el cuerpo de la mujer.

Ellas, podrían haberle dado libertad a su sexualidad, haber continuado con una pareja o haber roto su contrato conyugal, y tener varias relaciones, pero, que hayan quedado en embarazo, limita las posibilidades de control sobre su cuerpo erótico y sexual, al menos en la realidad colombiana. Esto, en el caso que no desearan su embarazo, pero también se puede dar que lo planearon o desearon con o sin una pareja. Sin embargo, de los cuatro casos en los que compartí, ninguno era planeado y fueron progresivamente identificados por los exámenes médicos que realiza el IDIPRON.

Me quedé pensando ¿Cuál es la diferencia entre un embarazo planeado, uno deseado y uno no planeado? Lo primero que respondo es que las tres formas despiertan la conciencia del cuerpo y dos, su afrontamiento requiere motivación y valor. Esto genera mucho debate y puede ser muy difícil de encajarlo en un discurso religioso, pero lo intento explicar.

Hay dificultades económicas, no existe la certeza de dónde vivir, en muchas hay consumo de psicoactivos como inestabilidad emocional, hay pareja o no la hay, y si su elección está en ser madre, puede empezar a saldar una que otra variable que complica el serlo, pero si no quiere serlo y puede parecer obligatorio que lo tenga, entonces es probable que esas variables influyan directamente la estabilidad en la que va a vivir ese hijo o hija.

Recuerdo muy especialmente, una mujer en Luna Park que, no participó propiamente de esta investigación, pero que me ayuda a ilustrar lo que quiero decir -por eso no uso sus datos-. Ella estaba en sus últimos meses de embarazo, pasando la mayor parte del tiempo en esa sede del IDIPRON y tenía conflictos constantes con otras beneficiarias de la casa. No asumía el conflicto con una resolución pacífica, por demás era agresiva y

violenta, en ocasiones se valía de instrumentos para amenazarlas, y a veces salía a calle, a consumir, a pasar la noche. Un día llegué a la unidad y estaba en trabajo de parto, la semana siguiente cuando fui, había vuelto a la misma hora en que se les recibe, sin hija y completamente drogada.

“¿Dónde está la niña?” – le preguntaron.

“En el hospital con mi mamá” – respondió.

En términos de Chatel (1993) “un día, su madre le hizo saber que por un giro de las facetas de su deseo ansió no verla nacer” (pp.42). Sólo puedo preguntarme si ella tenía en su mente que llevaba a su hija en el vientre, ahora en sus manos y esperábamos que la cuidara, o más bien, ella era la prueba que la maternidad no es un chip y no tiene que cambiar la forma como afrontamos los desafíos diarios. Comúnmente se espera que la maternidad sea el motivo para dejar de vivir en la calle y ser las mujeres que deberían ser –en el espacio privado-.

Sin querer diferenciar de este modo, la maternidad en ellas es más obligatoria que la mía. En el sentido que no es lo mismo una mujer de clase social media que tiene acceso a anticonceptivos, tiene libertad de decisión en su proyecto de vida y, en el caso en que estuviera frente a un embarazo no planeado, puede conseguir el respaldo para abortar, así sea ilegalmente. Esas no son las libertades a las que puede llegar una mujer que vive en calle.

Chatel (1993) describe el aborto como un derecho, un servicio público que se debe brindar sin miramientos morales. Sin embargo, aún cuando se toma la decisión, las entrevistas “sociales” buscan que las mujeres justifiquen su decisión, donde lo accidental revela que el niño no es “deseado” y se deduce, también como mujeres, que hay una cierta culpabilidad que borrar. Es entonces, donde el aborto adquiere una connotación negativa para la historia de vida de la mujer.

Al contrario, son las madres por obligatoriedad, las más proclives a ser emocionalmente inestables y maltratar a sus hijos, a causa de sus frustraciones personales. Esto no da pie a que sean señaladas como esclavas de sus placeres, promiscuas o inconscientes, dado que las relaciones sexuales no son sólo de ellas, involucran una persona del sexo opuesto y no se sabe en qué contexto están teniéndolas, pese a que, si se reconoce el peso de una ideología conservadora ligada a la familia, a lo patriarcal y luego, a un

contexto económico y un sistema social/moral que no respalda la realidad de lo que se vive.

Fernández (1993) relata las implicaciones sociales que tiene el mito “Mujer = Madre”, donde las mujeres que organizan su vida en un proyecto vital no circunscrito exclusivamente a la maternidad, son consideradas transgresoras al orden. Y es que este mito opera a raíz de la existencia de un aparato anatómico-fisiológico reproductor, un “instinto materno”, una naturalidad y atemporalidad que precisamente lo sostienen como verdad.

“Exiliados a territorios lejanos de la conciencia y la voluntad expresan la gestión de resistencias a estos particulares violentamientos de sí, en lo que las necesidades de este social histórico posiciona mujeres” (Fernández, 1993, pp. 182). Alejarnos del mito “Mujer = Madre”, la naturalidad de la maternidad y la exaltación de los valores maternos, hace parte de derrotar los imaginarios sociales en los que se mueve la socialización, la familia y el género.

Concluyendo este apartado, me queda resaltar el rechazo, latente y explícito, que tienen las orientaciones sexuales diversas en las familias de origen de las mujeres. Durante las conversaciones con ellas, se puede dar cuenta del lugar que juega su sexualidad en la dinámica familiar y como intentan aceptarlas, aunque desearan cambiarlas.

“Todavía no termina de aceptar que a mí me gustan las mujeres” (Alana, sesión 1, 4 de Octubre, 2016)

Así como para la conformación de familia, la Constitución de Colombia de 1991, afirma que el matrimonio se fundamenta en una “unión heterosexual” junto con un pasado histórico, social y político de la familia que se sigue cuestionando, determinan los planteamientos que se hacen entorno al “deber ser” en términos de sexualidad de la prole, quiénes, en su mayoría, deberían mantener una orientación heterosexual. En la crianza esta diferenciación rígida de los sexos se basa en la creencia de unos roles sexuales definidos y mutuamente excluyentes que ayudan a niños y niñas a desarrollar personalidades más sanas (Baeza, 2005).

Este es un tema que, pese al reconocimiento de los derechos y libertades de la población LGBTI, todavía tiene mucho peso en el país y sobre todo en las familias con

ideologías conservadoras, religiosas y tradicionales. Moncada & Segura (2015), por ejemplo, evidenciaron casos en las que se expulsó a los hijos o hijas por su orientación sexual. Pese a esto, no se puede asegurar que haya sido un factor expulsor de las familias de las mujeres que participaron en esta investigación, pero si, puede ser un factor que motiva a no-permanecer con la regularidad deseada en el hogar, como parte del proceso de formación de identidad.

3.2.2 Socialización de género en la calle.

“Pues al principio dormía en la misma cuadra porque me daba mucho miedo cruzar la calle. Ya después empecé a conseguir.... y me dejaban quedar en unos ranchos, pero igual pasaba muchos... entonces fue así como pude sobrevivir. Iba a mi casa, pero muy rara vez, llegaba a mi casa y me daban una muñequera” (Bianca, sesión 1, 4 de Octubre, 2016)

Bianca salió a los cinco años de su casa, así que su proceso de socialización estuvo, en gran medida, influenciado por lo que ella pudiese aprender en la calle.

Mora (2005) describe la calle como el pilar del proceso de socialización de niñas y niños que, habitualmente viven en pobreza o extrema pobreza, ambientes donde los adultos sufren presiones económicas, que los obliga a tomar largas jornadas de trabajo o que involucran que el niño o la niña deba integrarse al mercado laboral, a cuidar de otros hermanos/as o a participar en el sostenimiento del hogar. Refiere condiciones habitacionales relacionados con hacinamiento, poco o nulo espacio de juego, de participación y de privacidad, acompañado de condiciones precarias de salud y alimentación.

Acompañando estas condiciones, revela que la escuela no apoya las reacciones emocionales, el sufrimiento psicológico ni ofrece alternativas productivas, eficaces y muchas veces, promueve la discriminación entre niños y niñas. Es así que la familia y la escuela no son los principales socializadores del niño o la niña, mientras que la calle se convierte el espacio donde más comparten con otros y otras, y se pueden sentir “libres”. En la calle no se hallan normas y reglas de comportamiento, no se tiene necesidad de estar anclado a ninguna figura de autoridad o a la coerción del medio (aunque se ha descubierto que, entre las mismas prácticas callejeras, hay reglas, jerarquías y dominio de los mayores sobre los menores).

“Yo le respondía que me parecía ver niñas, no mujeres jóvenes, que se dibujaban con sueños de infancia, aquellas que se exaltan por algo emocional y les dan ganas de abandonarlo todo, no pensar, no sentir y huir de la vida, escapar-vivir en calle y enajenarse de su consciencia. Claro, este es mi discurso, no sé qué tan descabellado, no sé qué tan real”. (Diarios, Sesión 1, 4 de Octubre, 2016)

En la Figura 3-9, precisamente lo que veía eran dibujos de niñas.

Figura 3- 10. Exploración artística construida en Luna Park.



Mora (2005) argumenta que en calle los niños y niñas tienen que desarrollar esfuerzos y habilidades propias de los mayores, crean su propio lenguaje y complejizan su interacción con otros entornos y/o grupos. La desacreditación social, las actividades de subsistencia y prácticas callejeras conllevan a la utilización de la violencia como único lenguaje, lo que produce que se devalúe el valor y el respeto por su propio cuerpo. Esta desacreditación tiene secuelas en el comportamiento, a muchos no les interesa el cambio y se niegan a explorar nuevas formas de vivir, lo que le lleva a inferir que en la calle se siente mejor.

Se le otorga mucho peso a la violencia, siendo parte del proceso de socialización en calle y convirtiéndolo en un mecanismo de control y poder entre quienes la habitan. Galtung (2004) planteaba el triángulo de la violencia para formular el peso cultural y estructural que determina el uso de una violencia directa, física o verbal, cuyos resultados suelen ser visibles como los muertos, los heridos, los desplazados, los daños materiales, entre otros. Mientras que, la represión, la explotación y la alineación de las minorías dentro de una nación-estado son síntomas de una violencia estructural, y los sentimientos o emociones que vive el pueblo como el odio y la adicción a la venganza a causa del trauma sufrido por parte de los perdedores, así como la sed de más victorias y

gloria por parte de los vencedores, y la sensación del poder hacen parte de una violencia cultural.

Entonces, lo que sucede es que la pobreza y la habitabilidad en calle hace parte de una violencia estructural, donde los ciudadanos creemos que tenemos derecho de segregar o marginalizar por el hecho de ser pobre o habitar en calle, por tanto, se espera que el ambiente calle y el pobre sea peligroso, y como si fuera una conducta que se retroalimenta del medio, se hace violento y se legitima su uso.

Galtung (2004) propone que “las estructuras violentas sólo pueden cambiarse con violencia; pero esa violencia conduce a nuevas estructuras violentas, y también refuerza la cultura de la guerra”. Estas situaciones no se perciben al margen de otros sucesos similares. Por ejemplo, las guerrillas surgen de un pensamiento político y cultural divergente, que se opone a las formas como se gobierna, en este caso Colombia, pero son violentos en la medida en que no son tenidos en cuenta por los líderes políticos y se hacen escuchar mediante actos que conllevan la violencia directa. Por tanto, se refuerza la idea de la cultura de la guerra.

“La calle es el lugar del peligro y el miedo, sobre todo si eres mujer”. Este es el imaginario que se ha generalizado en torno a ese espacio. El otro día, sintiendo que todos estos temas tenían un lugar en mí, salí de madrugada a caminar, sin ningún elemento con el que pudiera protegerme -al menos material-. Al principio todo iba bien, sin embargo, mientras pasaba el tiempo, el ambiente, la soledad y el transcurrir del tráfico, me hizo sentir que debía apurarme, resguardarme y empecé a defenderme del espacio con lo que tenía. Así que, agarraba fuertemente mi bolso, tenía lista la llamada de emergencia, me cambiaba de acera si venía un hombre o varios, si notaba que alguien se quedaba mirando o si algún taxi paraba o bajaba la velocidad -porque varios lo hicieron-, les respondía agresivamente, incluso usaba insultos que me hicieran sentir más fuerte y apuraba el paso, aunque estuviese era muriendo de miedo. Claro, no me pasó nada, pero ¿por qué sentí que debía defenderme?

“Una mujer es más frágil, más sensible, es más rosita, ¿si me hago entender? Un hombre se cree muy roca en la calle, pero sin embargo hay mujeres que son muy verracas, y se creen más roca que un hombre, entonces, es feo para uno de mujer convertirse en esa roca con unos sentimientos bonitos, un corazón tan bonito. A llegar a la calle a volverse

una gonorrea¹⁴ completa por los hombres. Prácticamente, yo me volví una gonorrea fue no solo por los hombres, por las mujeres también, por todo mi entorno que me rodeaba.

Es muy agresivo, por más de que yo quisiera ser noblecita, no buscar problemas, tratar de evitar muchas cosas, a ser cariñosa y todo, la gente no permitía eso, la gente lo único que permitía era verlo sufrir y llorar, y que uno se volviera una gonorrea, entonces de eso se encarga la gente y uno se encarga de hacerlo realidad, pero no por ellos, si no por uno mismo porque uno se debe dejar pisotear de nadie. Más vale tarde que nunca.” (Bianca, sesión 1, 4 de Octubre, 2016)

En sus relatos pude escuchar la dureza de la calle, sentí que sus cuerpos, sus atuendos, su jerga y su actitud son distintos de acuerdo al espacio. En la mayoría se sienten voces fuertes y cuerpos valientes, que saben enfrentarse a sus desafíos, y esto va de la mano con la socialización de la calle.

Sin embargo, como decía Alana “en calle somos vulnerables, se nota que somos mujeres”, y por tanto las formas de violencia también lo son. Sabaté, Rodríguez y Díaz (1995) lo constatan con estudios de criminología y sociología, los hombres son más proclives a ser víctimas de violencia personal, en cambio en mujeres se relaciona a la violencia sexual. El miedo de las mujeres no es “a-espacial”, tiene aprensión hacia lugares aislados -parques, callejones, aparcamientos, suburbano- y, por tanto, su ansiedad restringe sus movimientos y su uso independiente del espacio, especialmente durante la noche. Recordando textos como el de Muñoz & Pachón (1980), entre hombres, la iniciación sexual la realiza uno de mayor edad a uno de menor, mientras que, como la proporción de mujeres en calle es mucho menos, cuando se encontraba una, se retenía y se convertía en el ritual de iniciación sexual de la gallada completa por un tiempo indefinido.

La asociación entre espacio público y espacio peligroso es consecuencia de la socialización que comienza con el control y continuas advertencias de los padres a los adolescentes, incitan un sentimiento de vulnerabilidad que se refuerza con las noticias de los medios de comunicación e historias de amigas o conocidas (Sabaté, Rodríguez y Díaz, 1995).

¹⁴ Gonorrea: Persona de muy baja calaña. Disponible en https://es.wiktionary.org/wiki/Wikcionario:Colombianismos#G_2

Aunque no estoy afirmando que esta sea la suerte que deban correr todos los cuerpos femeninos, la dinámica si esta mediada por una condición sexual y por tanto, como Bianca decía se deben hallar mecanismos para protegerse de otros y para ser más fuerte. Entonces, mantengo una relación con alguien que me proteja, no duermo en el andén, cambio mi apariencia y cargo con elementos para defenderme.

“Tanto Christopher, como Helen, Irene y Gali usan ropa ancha, pelo corto, parecen que quisieran ser tildados como hombres, entiendo que Christopher si se siente así, de las demás no lo sé. Esto me recuerda que cuando hablaba con Alana me decía que por más que se vistiera de hombre, en la calle nunca dejaba de ser mujer y que esto le pesaba. Tal vez para todas sea igual, así que su nombre me da cierta seguridad de cómo quieren ser nombrados, como mujer o como hombre. Esa linda dicotomía que nos han enseñado, que es difícil desligar de nuestra mente, que es fuente de señalamientos y discriminación, que crea discursos y les pesa en calle, y pesa más cuando eres mujer” (Diarios, Sesión 5, 17 de Noviembre 2016)

Sin embargo, estar en una relación afectiva con alguien que ocupa la calle y protege -protegermos- es una reiterativa en sus narraciones. Recuerdo el relato de una adolescente, hermosa, hábil socialmente, su madre estaba en la cárcel y no contaba con redes de apoyo. Un día se evadió de la Unidad, sus compañeras decían que iba detrás de un “saya” en el Bronx y su objetivo sería el de embarazarse para que él la cuidará, con eso daba por sentado que su vida iba a ser más fácil. Tenía 16 años, nunca más la volví a ver.

Rebolledo (1998) afirma que a pesar que las mujeres, no actúen exclusivamente para obtener una relación de pareja, si hay una tendencia a enfatizar este aspecto tanto en hombre y mujeres, siendo el tener pareja la base para la conformación de la familia y una expectativa importante para el género femenino en la sociedad.

Me puedo devolver a los planteamientos de familia “privada”, donde la dependencia afectiva hace parte de las virtudes de ser mujer y madre como lo describí en el análisis anterior, y los puedo reivindicar afirmando que, a pesar que, en nuestras conversaciones la mayoría permanecía en una relación, la dinámica en calle suele mostrar más flexibilidad entorno al tiempo y el espacio que estás ocupan en la vida. Es decir que, suelen existir parejas con menor duración y esto no indica que sean menos o más significativas con respecto a otras, siendo claro que en las relaciones escribimos

dinámicas e historias distintas, que se retribuyen de acuerdo al nivel afinidad que tenemos con el otro. Derrotar la idea de que tener varias parejas es sinónimo de promiscuidad, es uno de los aportes más relevantes que podemos aprender con ellas.

De hecho, en muchos de sus narraciones se puede observar construcciones estables que quieren permanecer en calle, otros que quieren construir hogar u otros, que se significan como agentes de cambio, que dan solidez a nuestros procesos individuales y nos ayudan a perdonar, a soltar y a crecer. Hallé libertad en la elección de la pareja afectiva entorno a su género y sexo, pues se percibe comunidad, apoyo y reconocimiento de lo que deseas ser. Algunas, pueden tener más claro su afinidad y por tanto, su orientación, esto no significa que ejerzan conductas discriminatorias con otras.

Por otro lado, la socialización en calle, permite que el maternar y el paternar sea una cuestión de elección, pese a que el embarazo no lo sea. Esto tiene dos implicaciones importantes para el proceso de crianza del menor:

La primera que pude ver, es que se reconozca el rol de madre o padre, se aliente y se busque mantener la comunicación con la progenie, por tanto, se cuide y se quiera. Gentile (2008) encontró en su estudio que quienes decidían asumir su maternar desde la calle recibían mayor cantidad de ayudas y les otorgaba un status más alto en la dinámica callejera, donde estaban mejor protegidas. Sin embargo, este maternar no es común y no pude confrontarlo con las historias de las mujeres que compartimos, aunque no descarto su existencia.

Habitualmente, quienes han tenido hijos o hijas y siguen en calle, afirmando su deseo de maternar o paternar de forma más libre, los entregan a familiares y terceros para que se encarguen de su estabilidad. Esto incluye casos en que los ceden o son llevados por las instituciones como el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, pues en Colombia se asume un marco de protección de los derechos del menor, donde no es posible que habiten calle, se presten condiciones de trabajo infantil o participen en la mendicidad.

La segunda implicación mantiene la premisa de que no se asume la responsabilidad del menor, por tanto, hay abandono o negación del rol que cumple la madre o el padre en la crianza, perjudicando a la progenie, quien queda sumida en un estado de desprotección porque no se acepta el rol histórico y socialmente impuesto.

Ambas consecuencias reafirman el panorama sobre la maternidad y la paternidad como elección, en el ejercicio libre de un proyecto de vida, donde hay que reconocer, todavía, su importancia en la vida de las mujeres, más no que éste sea visto como un instinto naturalizado -en el caso de la maternidad-, y sí se otorgue un valor equiparable a ambos roles.

Finalmente, Mora (2005) afirma que la socialización en calle, retroalimenta la asistencia a programas de institucionalización, donde se le permite encontrarse con personas en condiciones similares, mantener el equilibrio entre lo público y lo privado, y forma parte de un proceso de identificación e integración con una forma de vida aceptada por la misma institución. Es entonces donde entrar y salir de la institución hace parte de la dinámica.

El reconocimiento de los actores y los entornos en los que se socializaron estas mujeres me permite relatar su historia personal que, no pretende limitar sus circunstancias, sino que devela las formas cómo aportan estos procesos en su presente y en sus proyecciones vitales. En estos términos podemos desdibujar una relación con la formación de identidad y la performatividad de género.

Estas conversaciones, lejos de ser inintencionadas, hacen “clic” y muestran reflexiones que son reflejo del estado de alerta en que se vive y que lejos de revelar un sometimiento al pasado o a estancarse en él, dan lugar a la formación de una identidad.

“Muchas veces es la historia de vida. Digamos, yo antes juzgaba mucho a mi mamá y <esa piroba¹⁵ porque me dejo, ¿qué le pasa?> y yo en este momento me digo, yo para que la juzgo si no sé porque me dejo, que tal haya sido por abuso y ella me haya rechazado por eso. Hay muchas cosas.

(...) Adicional a eso demostrarle a mi hija que así sea con apoyo o sin apoyo... uno puede estar solo, pero uno es guerrero en calle...” (Bianca, sesión 1, 4 de Octubre, 2016)

“A mí me trajo el querer cambiar, profe... demostrarle a mi familia que puedo lograr un mejor futuro sin ellos... por mi propia voluntad... ¿si me entiende?” (Gali, sesión 1, 4 de Octubre, 2016)

¹⁵ Piroba: Femenino de pirobo, marica, afeminado. (Muñoz & Pachón, 1980)

Encontrarle un significado al actuar, de forma consciente y otorgarle un sentido, genera motivación para continuar el camino que se elige, adquiere un significado y reconoce lo que ha sucedido en pasado. En las narraciones de Bianca y Gali, encontré lucidez y claridad sobre sus procesos personales, que, más que culpabilizar o señalar, edifican decisiones. La identidad y la performatividad de género son constructos que se asocian a los procesos de crecimiento personal, que dan significado a nuestros actos y a nuestra imagen.

El proceso de socialización conlleva a una performatividad del género, es decir que, como resultado, el individuo se convierte en un “conjunto sostenido de actos, postulados por medio de la estilización del cuerpo basada en el género” (Butler, 1990, citada en Becerra, 2010)

La elección de una apariencia y el cambio del nombre siguen la línea de la performatividad. Recuerdo cuando una mujer trans colocaba al lado de su dibujo “mi felicidad es ser mujer”, concebirse como tal y recibir un trato con respeto y libre de discriminación contribuye a la autovaloración de su identidad.

“Luego se acerca Helen, quien ya había participado en sesiones anteriores, esta vez le pregunte claramente cómo quería que la llamará (la vez pasada, colocho en el listado que su nombre era Elizabeth y firmo como Brayan). Con ellas todo es así, pero para mí claridad mental le pregunté si Helen estaba bien y asintió con la cabeza” (Diarios, Sesión 5, 17 de Noviembre, 2016)

El reconocimiento de un nombre, especialmente en sexualidades que han hecho el tránsito, es un esencial que construye identidad y género. Butler (2006) argumenta que se trata de desarrollar un nuevo léxico que legitime la complejidad del género que siempre hemos estado viviendo, ya que pese a que son formas que existen desde hace mucho tiempo, la realidad no las ha aceptado como formas de ser real y por fuerza tendremos que llamarlas nuevas.

En las dinámicas callejeras hay mayor aceptación de la diversidad de los cuerpos y sus orientaciones, sin negar que exista una delimitación de los espacios geográficos donde se puede transitar y unas reglas implícitas. Esta aceptación permite que el cuerpo pueda ser exhibido como se sienta, incluso en malas condiciones de higiene y con bajo autocuidado, donde puede interactuar y crear relaciones afectivas con quien le interese.

Es un espacio en el que Butler (2014) diría que pueden ser libres, no sólo de la amenaza de la violencia proveniente del exterior sino libres también de prescindir de la extendida sensación de su propia irrealidad.

3.3 Una casa más cerrada que... las cerraduras que tiene este lugar”: Entre la casa, la calle y la institución

Al lado mío Oriana inicio la actividad con mucho detalle, usando varios colores ubicaba un bosque, luego el camino y en el camino una sombra de cuerpo entero. Alguien que la marco, cuando Sabina le preguntó dijo que era alguien que había estado en su vida, pero ya no. Ocupaba el centro de la pintura, eso nos dejó pensando. Al final le dio un lugar a sí misma, estaba escondida en el bosque y su madre, que falleció recientemente, aparecía como un ángel en otro camino más pequeño.” (Diarios, Sesión 2, 19 de Octubre, 2016)

Sin estar consciente, la calle para Oriana, era de él y ella debía esconderse, como lo muestra la Figura 3-10.

Figura 3-11. Exploración artística construida por Oriana.



Lo que aquí expongo tiene que ver con lo que percibí y recogí entorno a los espacios de socialización en los que transitamos. Tengo la sensación que en algunos apartados anteriores, fueron mencionados sutilmente porque influyen en las dos primeras categorías, sin embargo, el análisis que presentaré es descriptivo y lo reconstruyo a partir de las experiencias de las sesiones de investigación.

Cuando recorremos los espacios no solemos ser conscientes de las reglas o los cambios conductuales y actitudinales que tenemos frente a los mismos. Sin embargo, al tener la oportunidad de expresarnos, estos se hacen visibles y le dan un sentido a nuestra actitud. Esto sucedió cuando me pregunté por las diferencias del espacio público al privado, cuando estuve más alerta de lo que sucedía a mí alrededor y cuando pude relacionarlo con los planteamientos sobre la *polis* y la familia.

Lo primero que puedo decir es que en la ciudad existe la segregación espacial, Rebolledo (1998) plantea que ésta marca fronteras, reales y simbólicas que demarcan los territorios en los cuales se habita, se vive o se transita. Conllevan otras delimitaciones que operan como barreras adicionales, algunas más evidentes que otras, como las sociales y las económicas, y otras más sutiles como las del género. Esto me hace pensar en los comentarios que se escuchan en la calle “cada vez es más frecuente que los ricos quieren vivir hacia el norte” y es habitual que cuando visitas una nueva ciudad te digan “acá lo lindo es el sur, el norte es muy caliente” o “muy pesado” o “para los pobres”. La socialización es distinta de acuerdo a la clase, la edad, el género y el periodo histórico.

Bernal (2012) propone una categorización de los espacios que, van hilados con su construcción teórica sobre la reivindicación de derechos y los lugares de resistencia a favor de las mujeres y minorías étnicas. La autora propone que existen los:

1. *Espacios de control*: El espacio utilizado para recluir mujeres, evitar su exposición ante todo lo que implica el afuera, como la celda, donde reinan los miedos y los sometimientos.
2. *Espacios de socialización*: Promueven el diálogo, lo sano de la convivencia, el acercamiento de relaciones interpersonales. Da lugar a la diversidad y se evita los enclaustramientos.
3. *Espacios de cuidado*: Que permiten lograr la autonomía personal, reponerse de una enfermedad o discapacidad, y existe altos niveles de intimidad.
4. *Espacios de restauración/autoprotección*: Restringir todo y a todo aquel que signifique riesgo para su vida, su cuerpo y su espíritu. Tienden a ser temporales.
5. *Espacios de liberación*: Antiguos lugares de opresión que han sido resignificados tras su transformación física y simbólica. Admiten la diversidad en su plena esencia, consenso y disenso.

Estas categorías apoyan la argumentación de los espacios que se hallan en las conversaciones y que valen la pena pensarse: Casa-Calle-Institución.

La casa ha sido habitualmente pensada como el lugar de la familia, por tanto, el de las mujeres y los niños, el lugar del cuidado, la crianza y las labores domésticas. Estas nociones han evolucionado, mostrando nuevas formas, adaptaciones y transformaciones que van de la mano con los avances sociales y políticos. Sin embargo, permanece socialmente identificada como el lugar de lo privado, es decir de lo individual, lo íntimo y lo vulnerable.

Casa y mujer, doméstico y femenino operan casi como sinónimos o como prolongación de la una en lo otro. Rebolledo (1998) afirma que representa la matriz del que siempre regresa, lugar de los afectos y las solidaridades donde queda protegido de las amenazas de lo público. La cocina y el baño, son espacios de relegación genérica y el lugar donde el cuerpo se expresa. En estos espacios era donde tradicionalmente se aprendía a ser mujeres, a partir del traspaso de recetas de vida, de cocina y de belleza, y se realizaba el examen de femineidad entre pares. Con el ingreso al trabajo, con la reducción del tamaño de las casas y apartamentos, la cocina ha perdido en la práctica muchas de sus características y parte de la socialización de género que allí se realizaba, se ha pasado a manos de otras instituciones. Mientras, los hombres eran transeúntes de estos microespacios.

Paloma permanecía concentrada en la forma de su casa, tomo la arcilla y suavemente construyó las paredes, elaboro el techo, preguntaba si podía hacer una muñeca, luego la forma de un corazón y el resultado de su ejercicio es la Figura 3-11. A Paloma la conozco hace 3 años, tiene una condición de salud mental que la mantiene entre el Hospital de Santa Clara y el IDIPRON. Ella es una figura de respeto y una muestra de la solidaridad entre mujeres.

Figura 3-12. Exploración artística construida por Paloma.



La casa, el primer espacio de socialización por excelencia para las mujeres, relega rápidamente a los niños y adolescentes, por tanto, la constitución de género se apoya en la interacción con otros espacios y suele ser más tardía. Rebolledo (1998) describe como en la primera infancia debe comportarse como hombre en espacios cargados de femineidad y rodeados de mujeres de diferentes edades. Esta necesidad de mostrar y mostrarse diferentes podría explicar la exageración de determinadas conductas tradicionalmente vinculadas a lo masculino como la independencia, la violencia y la competencia. Los hogares de jefatura femenina deben hacer su aprendizaje de género en un periodo de tiempo más corto y a una edad más temprana.

Como la casa es vinculada a la femineidad, los niños y adolescentes hombres suelen conocer con mayor detenimiento el barrio, por tanto, socializan a partir del encuentro con pares, con quienes comparten diferentes intereses. El barrio tiene mayor importancia para sectores populares, es el espacio de encuentro y sociabilidad por excelencia.

A raíz de esto, Rebolledo (1998) expone que las mujeres no logran tener una visión global de la ciudad, bien por el encierro que caracteriza a las niñas y a las mujeres casadas. El barrio para las mujeres populares de la generación intermedia y joven, es el espacio que media entre lo público y lo privado, entre la casa y la calle. Mujeres de diversas generaciones hacen evidente que el barrio marca las fronteras dentro de las cuales se desenvuelven la vida de muchas de ellas. Por ejemplo, en los espacios de diversión no suele ser posible participar porque son masculinos o porque los progenitores suelen controlar más a las niñas, o los maridos a las mujeres adultas. A

pesar de que la mujer sea separada, quedan implícitos los espacios femeninos y mixtos, aunque por serlo tiene mejor garantía de movilidad.

Así que, las posibilidades de las mujeres de salir de los límites del barrio suelen estar dadas por los estudios y por el trabajo. Sin embargo, existe la tendencia a mantenerse en áreas protegidas, lo que demuestra cómo, pese a la transgresión, se ha internalizado la constricción espacial femenina.

Rebolledo (1998) concluye que la casa aparece así como el espacio de referencia más importante para las mujeres, especialmente para las de generación mayor, sin embargo, la asociación hogar-femenino, hogar-mujer, hogar-mujer-doméstico-femenino son tan fuertes, que las incursiones sobre otros espacios, han logrado hacer que las mujeres de las nuevas generaciones aparezcan como referentes que se suman a la casa sin llegar a reemplazarla; esta sigue siendo su “lugar” y su responsabilidad y los nuevos agregados no logran modificar de manera radical este mandato cultural. Es decir que, puedo estudiar, trabajar, y seguir asumiendo las funciones domésticas y de crianza de la progenie.

El espacio casa adquiere significados diferentes.

“¿Qué le hace falta para ser una casa? -pregunté

Aquí no hay papás, no hay personas que cuiden y que amen la casa, que cuiden las paredes... hasta las personas que viven acá.

¿Cómo así “las personas que viven acá”? - pregunté

Que uno tiene que ayudar, a cuidar la casa” (Christopher, sesión 5, 17 de Noviembre, 2016)

Christopher me sorprendía, su entereza y carácter para participar, sentía en él, su respeto y su colaboración con todos por igual. Cuando elaboró su casa, lo hizo con gran esmero y dedicación, sin pensarlo mucho, le dio un lugar a algunos objetos y a unas personas. Al final, con gran orgullo afirmo “me la voy a llevar”. El resultado es la Figura 3-12.

Luego me decía que en la casa vivía el dueño, los hijos, si tenía hijos -aclaraba- y si uno quiere hartito a su mamá, ella también. Christopher, ¿vivirías en esa casa?, le pregunté y sin titubear respondió: “Claro”.

Figura 3-13. Exploración artística construida por Christopher.



Parecía que una parte de Christopher encontraba el significado de tener una casa, el cuidado y la familia, y luego se apartaba intempestivamente de esa idea, se apartaba de la idea de vivir en ella y se expresaba como si no fuera su lugar, aunque se hubiese llevado el producto de la sesión. Esta narración no fue la única que percibí en esa dualidad, Karina se negó a hacerla y Paloma la hizo, pero no quería admitir que represento algo de ella.

Es comprender, de manera consciente o inconsciente, que estas no representan su lugar, o al menos, no desde el lugar en que lo estaba planteando.

“¿Qué hace que una casa, sea una casa?” - pregunté

“Los ladrillos... Jajaja -se ríe- mentiras, uno, uno. Si usted quiere que su casa sea una pocilga pues va hacer una pocilga, pero si usted quiere que su casa sea un templo de Dios.

<Bienvenidos a la casa de Dios>, pues va a ser de Dios”

“¿Depende del significado que uno le ponga su casa?” -pregunté

“Claro. Vamos a la casa de Dios, vamos a la casa de mi tía Selma, vamos a la casa de los turcos” (Helen, sesión 5, 17 de Noviembre, 2016)

Helen uso dos tonos en la sesión, primero el odio y luego el amor. Cuando se enfrentó a la instrucción, estaba molesta, refunfuño un rato, le molestaba el encierro y destruyó lo que había hecho. Luego disfruto hacer una casa rodante, móvil, “que me lleve a todas partes” -decía. El resultado es la Figura 3-13.

Figura 3-14. Exploración artística construida por Helen.



La casa o el espacio tiene el significado que queremos depositar en ella, lo mismo que sucede con nuestra historia de vida y en esa medida, Helen no deseaba construir una casa que representara una atadura para sí misma, por tanto, hacer una casa rodante tenía la representación justa de sus deseos y sentimientos. “Hacerla un templo de Dios” o de la muerte sería el resultado de reconocer que ese era su lugar.

Entiendo sus asociaciones y desde allí, puedo identificar similitudes y asperezas con mis nociones de lo que es una casa. Primero, entender que no es el lugar por excelencia de las mujeres, y que a pesar de que haya sido un planteamiento histórico sólido, “mi” lugar puede estar en la impermanencia de los espacios. Segundo, descubrir que la casa, no es el lugar de las labores domésticas o la crianza necesariamente, sino que es el lugar de la intimidad, donde tomo impulso, donde puedo ser vulnerable, y que, en cambio, siento que la calle no lo es, allí debo ser fuerte y vivaz. Me identifico desde lo simple, no me gusta y no es cómodo para mí, llorar en la calle o salir en pijama, para eso le hayo la importancia en mi vida el espacio casa. En ellas la calle es un espacio sin límites donde pueden navegar y mostrarse tal cual son, aunque en ocasiones necesiten protección y dormir en lo seguro. En mí, hay un impedimento cognitivo para reconocerlo con la libertad en que lo hacen y esto puede ser semejante a la noción original de casa, de cueva o de resguardo.

Bernal (2012) sigue las huellas de diferentes grupos femeninos, feministas o no, que encuentran en el espacio de la vivienda un lugar donde revindicar sus aportes y donde ser ellas mismas como parte activa de una sociedad. Argumenta que, aunque en la

vivienda haya existido por mucho tiempo los lavaderos y los mercados como punto de encuentro colectivo, aparecen en la historia oculta de la arquitectura otros recintos.

Existen espacios de revolución de las mujeres, donde no se aceptó la dominación patriarcal, donde establecen otras estructuras sociales y se reinventan. Se trata de territorios ocupados, simbólicos, políticos, afectivos, poco mencionados y menos convalidados. Tienen lugar en un espacio intermedio, justo al límite entre lo conocido y lo desconocido: en lo no reconocido. Ese territorio limbo admite que existen otras maneras de ver la vida y convivir, lo cual coincide con los principios de la perspectiva de género, de legitimar la diversidad del pensamiento y acción, en un mismo mundo y entre culturas diferentes.

De acuerdo con Bernal (2012), ejemplos de estos espacios son: *Les hijras* de la India, donde los hombres son castrados, hay mujeres e intersexuales, no hay procreación ni vida sexual. *Les hijras* transitan de casa en casa, circulan normalmente en lo público celebrando los nacimientos. *Les muxhes o muxes* de Oaxaca son una comunidad de hombres transvestidos que asumen el rol de mujer en comunidad y para sí, suelen ser el centro de la vida familiar. Las casas *agénero*, las *okiyas o hanamachi*: casas de las geishas, las *casas Pao* para mujeres jóvenes nómadas en Tokio, y en un intermedio entre el espacio público, semipúblico y privado *Frauen Werk Stadt I, II y III*, que cuenta con varios espacios de socialización para mujeres, apartamentos adaptables a todas las fases de la vida, espacios para aquellas con necesidad de asistencia -bajos recursos sociales y económicos- y lugares de recreación.

Las divisiones entre espacio público y privado son de utilidad en el reconocimiento de cómo nos organizamos y estructuramos socialmente, sin embargo, no pueden seguir siendo generalizadas a situaciones espacio-temporales que no tienen que ver con el ámbito de origen. La triple asociación privado/reproducción/mujeres no soporta comparaciones transculturales ni históricas y se inscriben como falsos dualismos y asociaciones verticales. Sabaté, Rodríguez y Díaz (1995) evidencian como el espacio privado se convierte en el lugar del trabajo productivo, por ejemplo, para artistas, músicos y determinadas profesiones liberales, y plantea las contradicciones del trabajo reproductivo cuando se cuidan niños, ancianos o enfermos en el espacio de la vivienda.

En la dialéctica de la calle no queda claro si, porque los hombres son libres es que pueden transitarla e “irse haciendo” en la calle, o si, es porque la calle es la expresión de lo abierto, de la libertad, que los hombres que se mueven en ella se “crían libres” (Rebolledo, 1998).

El proceso de socialización del adolescente representó la libertad, la posibilidad de moverse de un lado a otro, conociendo, transitando la ciudad, haciéndose hombres en la arranca colectiva o individual. El grupo de pares del mismo género y los espacios masculinizados influyen las formas como se relacionan con las mujeres y tienden a reforzar sus percepciones machistas. La poca interacción cotidiana con niñas y mujeres no permite hacer variar los prejuicios respecto a éstas, situación que no ocurre en los espacios mixtos, ya sea en colegio, club o trabajo. Se convierten en objetos distantes y sus relaciones con ellas son más bien utilitarias. Cuando llega la pubertad este espacio también se le va cerrando, permanecer en la calle o callejear son indicativos de malos hábitos que dejarán huellas en ella.

Rodríguez (2014), por ejemplo, evidencia como era el proceso de intervención en niñas y jóvenes que vivían en calle a mediados del siglo XX. Inicialmente si se les hallaba se buscaba que fuera internadas lo más pronto posible, luego que nivelaran sus estudios, a la vez que aprendían artes y oficios enmarcados en los roles tradicionales femeninos. Allí debían aprender a comportarse desde su naturaleza femenina y se preparaban para ejercer su rol en el hogar. Luego, se empezaron a recibir niñas que aún vivían en casa, pero presentaban riesgos de habitar calle, y era separadas de aquellas “terribles” que ya la habitaban, para que no adquirieran malos comportamientos. Se diferenciaban las “niñas de casa” y las “niñas de calle”.

Otra evidencia la representaban las pandillas, que se retroalimentaban de la pobreza y lo juvenil, y con ello se comprobaba que la mayoría eran hombres. Allí también se invisibilizaba los cuerpos de mujeres y si, dado el caso, hicieran presencia en ella, no eran “pandilleras” sino que sostenían una relación afectiva con un hombre pandillero. La calle y lo femenino no entraban en escena, pese a que se les encontraba en calle, sus problemáticas no eran abordadas como importantes.

En entonces, donde Rodríguez (2014) reconoce que se construyen cuerpos con género a través de exclusiones y negaciones, ausencias y significantes, mostrándonos que el

cuerpo no es pasivo ni anterior al discurso, pues la materialización de los cuerpos sólo es posible a través de prácticas reiteradas.

Rebolledo (1998) argumenta que ser callejera, o estar en la calle “en boca de todos” es sinónimo de haberse perdido o haber perdido algo, por lo cual se busca restringir y controlar al máximo la movilidad de niñas y jóvenes por las calles, como un modo de garantizar su integridad. Por otra parte, un rol importante de la familia es evitar que las costumbres de la calle contaminen la casa. Esta argumentación va en línea con lo hallado por Gentile (2008), en la medida en que la edad de salida del hogar, suele ser mayor en mujeres que en hombres, por tanto, que las mujeres permanecen mejor resguardadas y cumplen habitualmente con funciones domésticas o de crianza de hermanos menores.

Todo lo positivo que representa la calle para los hombres, en tanto símbolo de libertad, para las mujeres adquiere un carácter negativo. Para ella es un lugar de tránsito, un sitio en el cual es peligroso permanecer. Se reconoce el refrán “vulnerabilidad de las esquinas” que para las mujeres tiene doble sentido, el riesgo de ser agredidas o atacadas sexualmente, o de ser contaminadas por la calle y perder la reputación por estar donde no deben.

En general, existen mayor cantidad de escenarios donde los hombres socializan y, por tanto, los roles que pueden representar son mucho más variados que los de las mujeres. Ir de un lado a otro, de la casa a la tienda, donde un familiar, al trabajo, a otra ciudad, a otra geografía hace parte de la vivienda y de las mujeres. Reconocer nuestra movilidad como uno de nuestros vacíos conquistados y reconquistados, resultado de resistencias, persistencias y resiliencias. Es una alternativa para surgir en los espacios sin ataduras ni dependencias. Es entonces donde la exploración de la Figura 3-14 cobra sentido.

“Gali que estaba lejos de mí, cuando acabó me mostró que su calle le mostraba un lugar –el local de su papá-, con quien había peleado ese día por teléfono. Era y fue el centro de su trabajo. Estaba tranquila.” (Diarios, Sesión 2, 19 de Octubre, 2016)

Figura 3-15. Exploración artística construida por Gali.



La calle no dejará de ser un espacio de contradicciones, en constante reinención de sus formas, acuerdos y tránsitos. Para Bianca interactuar en la calle, le demando ser más fuerte e independiente, “ser más roca” -en sus términos-, a Antonia le parece que, a pesar de asumirse lesbiana, su vestir y actuar masculino, se nota que es mujer y “los hombres por el simple hecho de ser hombres, de pronto, se ganan más el respeto o simplemente se supone que tienen los pantalones más puestos”, salvo para los trans que “también se paran duro por el hecho de ser hombres” y en el cuerpo de Dana, que es una mujer trans, “comiendo la fecal” pero en calle uno disfruta “cuando hay plata porque uno se hace el relajo, anda con los amigos”.

Entonces la calle exige más fortaleza en sus cuerpos y mentes; y por eso siento que son valientes, extraordinarias y revolucionarias de un orden social. Vivir o estar en calle hace parte de un complejo de interacciones que son percibidas de manera distinta. Observé dos caras de una misma moneda.

La primera, hace notar lo evidente, vislumbrar lo difícil, incierto y errático del mundo de la calle. Me dicen “allá no puedes confiar en nadie”, les interesa es que consumas, especialmente el bazuco, la gente solo piensa en el dinero, en ver lo que tienes, y no se reconoce o ayuda a nadie, antes debes cuidarte de quienes se te acerquen. Debes alejarte de las malas amistades, las personas que solo te invitan a fumar.

“Pero, nosotras también cuando estamos en la olla ¿solo estamos pensando en plata?” - pregunté

“Pues obvio, esperando que llegue el primer gil¹⁶, pues el marrano, que llega con plata” –
(Dana, sesión 3, 20 de Octubre, 2016)

Ahora que lo pienso no es la primera vez que escuchó a dos mujeres reconocer que, se conocen en la olla pero allá se desconocen.

“Usted me distingue ¿no?” – Le pregunta Dana a Lila

“Yo, la distingo hace como cinco, tres años... viviendo en la olla” -responde Lila

“Y entre ustedes, ¿se cuidan?” -pregunté

“No, ni ella conmigo, ni yo con ella” -responde Dana

“Cada una por su lado, pero ya sabemos” – responde Lila

(Dana y Lila, sesión 3, 20 de Octubre, 2016)

El tejido social que constituía a la sociedad, ahora parece estarse desmembrando y el fenómeno de exclusión social adquiere dimensiones alarmantes que, como decía Godelier ya no se trata del “sufrimiento de nuestros vecinos el que solicita nuestros dones y nuestra generosidad, sino todo el sufrimiento del mundo” (1998, citado en Rosas, 2009), y sin embargo, aún mantiene un carácter personal e involuntario.

La red egocéntrica, propuesta por Adler (1975, citado en Rosas, 2009) describe cómo sirve para fortalecer el intercambio de bienes y servicios entre individuos, mientras que la red exocéntrica la define basada en el intercambio de todos con todos. Tal vez, esto es lo que ocurre ocasionalmente en la interacción, tiene un objetivo, un intercambio que mientras no sea explícito no se establece un contacto con el otro.

La olla es un espacio con jerarquías y agentes de poder, que dirigen la dinámica y la resguardan. Salvo por ellos, ingresan personas de todas las clases sociales, de distintas profesiones y edades, y se percibe un ambiente de relativa igualdad, al punto de que todo lo que usted tiene puede ser mío. El único momento donde se está alerta, es al momento en que se asoma la policía, de resto como me lo contó Rebeca “las ollas ya no están tan pesadas como antes. Ya uno va y como que uno se relaja un poquito... por el ambiente...”

Desde la intervención que se realizó en el Bronx durante el 2016, se movilaron las dinámicas de los habitantes de calle, el tráfico de drogas y la delincuencia a distintos

¹⁶ Gil: Tonto (Nicoló, 2000a)

lugares de la ciudad. “Pues claro, porque ahora es más caro y más picante para comprar. Ahora, hay una fila y detrás de esa fila, dos o tres más esperando la misma fila” narraba Dana.

Pese a la intermitencia que existe entre la olla y la institución, son varias las que desean salir de ese panorama, no regresar a estas, porque sienten que pierden el control de sí mismas sobre todo al momento de consumir bazuco, ya que se ha comprobado que es una sustancia que genera alta dependencia y síndrome de abstinencia. Varias, tienen al menos una historia de recaída.

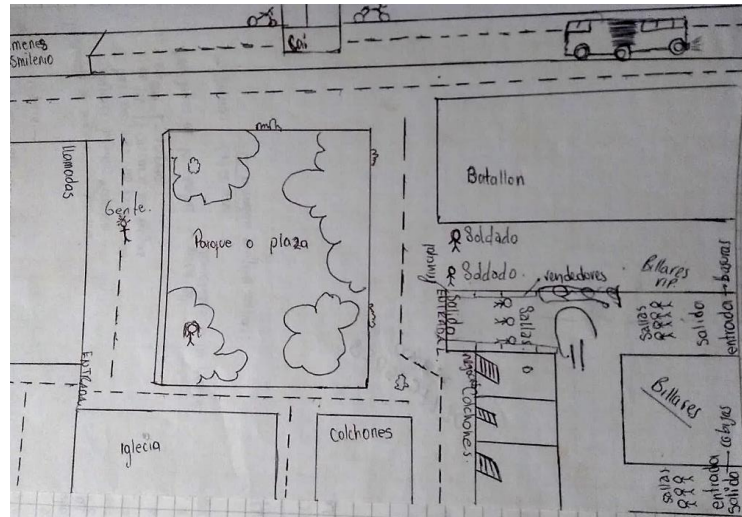
“Porque después que usted se echa el primero, viene el segundo, el tercero, el cuarto y así” (Alana, sesión 1, 4 de Octubre, 2016)

“Yo duré dos meses sin consumir y en el momento que volví a consumir. Me fume hasta el apellido” (Fabiana, sesión 1, 4 de Octubre, 2016)

Mora (2005) expone que la auto-devaluación de sí mismo le hace auto-estigmatizarse, permaneciendo en ciertos territorios y en actividades propias de calle. El consumo de SPA, que ha sido permanentemente relacionado con su permanencia en calle, le permite sobrevivir ante la falta de comida y el frío, lo enajena de la realidad y le permite fundamentar un sentido de pertenencia y cohesión al grupo.

El mapa de la Figura 3-15 lo hizo un joven de 17 años, en el que creí mucho. Los fines de semana en que no estaba en el IDIPRON, estaba en el Bronx o en San Bernardo. Un día no regresó más.

Figura 3- 16. Mapa construido por joven del IDIPRON.



En la otra cara de la moneda, encuentras el espacio calle desligado del consumo de sustancias. Pocas fueron las narraciones que pude ver sin la dependencia a ese consumo, Gali, Christopher y Paloma, eran testimonio. Y como lo dijo Dana en uno de nuestros encuentros, esto tiene que ver con la determinación, la conciencia-estado de alerta y como hayas gestionado tus recuerdos:

“Uno primero tiene que alejarse espiritualmente para dejar todo. Porque si uno, no limpia la cabeza, no limpia nada” (Dana, sesión 3, 20 de Octubre, 2016)

“Irene me había dicho que no salía de la unidad para no fumar, pero que a veces se sentía mal y le daban ganas, que sus recuerdos le provocaban esa sensación. Sin inmiscuirme demasiado, le pregunté: <entonces, ¿son malos recuerdos?> Al principio me dijo que no, se quedó pensando un rato y luego me dijo que sí.” (Sesión 5, 17 de Noviembre, 2016)

Tal vez, en los momentos en que indagué por el cuidado -entre nosotras/os- en el espacio calle, no estaba al lado la persona que representa para mí, el cuidado, el compañerismo, la parceria; en otros momentos, si los encontré.

Rosas (2009) resume cuatro factores fundamentales que regulan la intensidad de los vínculos establecidos:

- La distancia social. De acuerdo con cada grupo sociocultural, existen pautas preestablecidas sobre lo que se puede esperar e intercambiar en una relación

concreta, por ejemplo, el tipo de contratos implícitos entre padres e hijos, abuelos y nietos, hermanos y hermanas, compadres y comadres, amigas y amigos, varía significativamente de una cultura a otra.

- La distancia física. La vecindad física, sobre todo en poblaciones pobres, juega un papel fundamental para que la ayuda mutua y las relaciones de intercambio puedan existir. En este sentido, los lazos de parentesco por sí solos no garantizan el buen funcionamiento de la red social cuando la distancia física está presente.
- La distancia económica. La existencia de condiciones sociales y económicas similares es un factor relevante para que las redes de intercambio recíproco puedan operar. Cuando se presenta una movilidad económica en alguno de los miembros de la red social, este factor predispone a una relación de intercambio asimétrica y el vínculo tiende a deteriorarse o a desaparecer, pues ya no hay una igualdad de condiciones, carencias y necesidades.
- La distancia psicológica. Se trata sobre todo del componente psicosocial denominado *confianza*. Es decir, el deseo y la disposición para iniciar y mantener una relación de ayuda mutua entre dos personas. La confianza implica la familiaridad, la cercanía física y el conocimiento de las necesidades y los recursos de los otros.

Cristopher afirmaba que a él lo cuidaban los “sayas” del Bronx, que lo querían y le otorgaban tareas porque confiaban en él. Dana, a pesar de que desde su narración dominante decía que no se podía confiar en nadie, le otorgó un espacio a la palabra “amigos” y a andar con ellos.

Un día, las estaba visitando, y ese día, las llamaron a formación. Un rostro muy joven, que nunca había visto antes, estaba allí, sus pies y piernas estaban muy inquietas, su mente también lo estaba. Tuvo que decirlo, gritarlo y reclamarlo a otra, que también hacía esa fila: “¿por qué le dio de fumar a mi socia¹⁷? Es culpa suya, por culpa suya ella

¹⁷ Socia: Femenino de socio, compañero o parcerero. Muy comunes en la juventud proveniente de los suburbios de Cali y Bogotá, así como de las comunas populares de Medellín. Disponible en <https://definicion.de/parcerero/>

está en el hospital muriéndose”. Lágrimas brotaban de sus ojos, ganas de golpearla, y sus compañeras trataban de contenerla y el facilitador, controlarla.

Ese día, esa niña de rostro joven que, parecía menor de edad, reconocía la amistad y el cariño por otra de la calle. La distancia psicológica entre ambas depende del grado de confianza, varía en el tiempo y depende sobre todo de que existan valores y normas compartidos entre aquellos que establecen el vínculo social (Rosas, 2009). El consumo de bazuco no hacía parte de su vínculo y desde este lugar, a ella le dolía su compañera. Hallé rastros de amor, afecto, solidaridad y compañía, relaciones que se fundamentan en la calle y se complementan al estar en ella. Muchas historias determinadas por la paciencia y la constancia, pese al espacio y el movimiento que hay en sus vidas. En ese lugar, se hallan los intentos por conformar familia, convivir en pareja o mantener una relación, como también lo hacemos nosotros en nuestra vida.

Se detecta una inversión emocional importante en las relaciones con los miembros que componen su red; Rosas (2009) afirma que cada miembro participa en procesos de intercambio recíproco tanto en el ámbito de lo material como de lo emocional con los demás miembros de su red social.

Desde esos pequeños lugares donde puedo re-construir mis saberes de la calle, representan, para mí y para quien me lea, la deslegitimación del orden establecido, de lo esperado de ese espacio y me hacen sentir la complejidad y la riqueza de nuestras interacciones. Hubiese deseado ver más.

Saucedo & Taracena (2011) hallaron en un parque de la Delegación Cuauhtémoc de la Ciudad de México, lo que yo llamaría, un híbrido entre casa y calle. Un grupo de al menos 60 personas que ocupan este espacio y lo organizan por habitaciones, con enseres habituales de una casa, donde se sientan a platicar, a comprar o consumir droga, a mirar televisión, escuchar música, dormir, bañarse, entre otras actividades. Mantienen una rutina de autocuidado e incluso un altar religioso.

Los autores adjudican este proceso, a concebir la calle como un espacio de socialización más amplio que el habitual, donde se negocian significados constantemente a través de interacciones con sentido afectivo, lúdico, económico, conflictivo, entre otros, que pueden relacionarse en mayor o menor proporción a la sustitución del ámbito familiar.

Por otra parte, la permanencia en calle y el latente apoyo del estado retroalimentan la existencia de las instituciones como espacio de socialización, por tanto, la legitiman. Mora (2005) argumenta que la institución permite encontrar personas en condiciones similares, mantener el equilibrio entre lo público y lo privado, y forma parte de una identificación e integración como una forma de vida aceptada por la misma institución, donde entrar y salir hace parte de la dinámica.

Reconstruyendo las conversaciones, encontré características de la institución que son importantes de mencionar.

“¿Una casa más cerrada que la suya? Una casa más cerrada que... las cerraduras que tiene este lugar. En este lugar todo mantiene cerrado. Si va a ir a tal lado tiene que pedir permiso. Si mira pa' allá está cerrado, si va a ir allá está cerrado. A pasar al lado de los chicos, está cerrado. Para tener que sacar la ropa, o pedir una toalla higiénica está cerrado” (Helen, sesión 5, 17 de Noviembre, 2016)

La institución, como tal, no puede ser una casa porque no tiene nadie que la cuide y “no hay papás” como me dijo Christopher en un momento. Así que tiene cerraduras, así que, como está dispuesta, empieza a crear rencillas entre quienes viven allí. “Aquí son todas envidiosas” argumentaba Karina cuando hablaba por celular, luego dijo que era el mismo motivo por el que le habían quitado la mandala, y la razón de Dana, para no poder colgarla en su habitación. Entre grupos, luchan la batalla del más fuerte, hablándose despectivamente, buscando peleas, tranzándose con drogas, ropa, meriendas, y en momentos más calmados, por ejemplo, cuando están en las actividades, están tranquilas, riéndose y demostrándose su amistad. Existen, tanto violencias como solidaridades entre ellas, y esto dependerá de la calidad del vínculo.

De acuerdo a su estudio Salazar (1996) afirma que las mujeres prefieren resolver sus problemas de manera autónoma y autosuficiente, y establecer límites espaciales definidos para evitar la cercanía social. Sin embargo, hay que plantear que el empobrecimiento de estas redes de apoyo y solidaridad puede estar relacionado con los procesos de consolidación urbana, es decir una distancia física que nace a raíz de la globalización y que se dirime cuando se logra una vinculación, que involucra una confianza afectiva.

Ahora, el Oasis II -Unidad de mujeres- queda contiguo al Oasis I -Unidad de hombres-, los cuales están atravesados por una reja en el centro.

“A través de esa reja, buscan amores, se odian y se esperan. Por eso, tantas ya tienen novios del otro lado. A veces se convierten en sus motores y en otros momentos solo son motivo para escaparse o echar vicio, después un pretexto para que alguien las maltrate-“(Diarios, Sesión 5, 17 de Noviembre, 2016).

Esta dinámica suscita un interés positivo en la población, permite que estos intercambios generen actitudes y emociones positivas, un clima de comprensión y empatía, de estímulo y apoyo, el poder contar con la resonancia emocional y la buena voluntad del otro. Slutzki (1996) lo acuña bajo el término de “apoyo emocional”. Encontré en algunos relatos de vinculación afectiva, en los cuales ambos se apoyan desde su patio, a contenerse y fortalecerse. Por ejemplo el “no fallarse” concentra su atención y los aleja del consumo.

La institución produce un sistema para leer los cuerpos, donde se administran las representaciones que tengamos de ellas a partir de la codificación, y por tanto, su existencia es limitada (Rodríguez, 2014). Sin embargo, es la institución un puente de conexión entre muchas historias de vida y es un lugar de descanso, la tranquilidad y el reposo que necesitan sus cuerpos. Elaborar rutinas de autocuidado, actividades lúdicas, conocer a los demás, comer lo necesario, permite que este espacio se construya a través de las interacciones. Éste lugar valida el tejido social, la red de apoyo, las historias de valentía y la permanencia de la experiencia de la mujer que vive en calle. Todo esto, pese a que su finalidad de sacarlas de la calle no se cumpla.

Desde una óptica más incluyente Rodríguez (2014) realiza su investigación sobre la institucionalización y la adopción de políticas públicas que protegen a la mujer habitante de calle, en un estudio que se realiza a través del IDIPRON. Postula la importancia de pensarnos la categoría de cuerpos femeninos callejeros y reconocer la diversidad construida a partir de la producción y construcción de los cuerpos, las identidades y las subjetividades que se revelan en la vida desde la calle. Alean & Medina (2012) aboga por un abordaje interinstitucional y una formulación de políticas públicas con enfoque diferencial, donde se aborde la subjetividad del proceso de la mujer y se incluya la intervención familiar con hijos y conyugues, puesto que para nos encontramos entre “el

asistencialismo permanente y los programas tradicionales (basados en la dependencia ya sea de Dios o en los hogares de paso)” p.117.

4. Conclusiones y recomendaciones

4.1 Conclusiones

Utilizando un enfoque metodológico cualitativo, apoyado por el construccionismo social, se realizó una aproximación a la experiencia de mujeres jóvenes que han vivido en calle y que transitan por la Unidad de Protección Integral Oasis II del IDIPRON, ubicado en la localidad de Puente Aranda de la ciudad de Bogotá. Esta es una síntesis de los acercamientos logrados con ellas desde talleres grupales, reflexivos, inspirados por sus narraciones y las exploraciones artísticas. Esta última permitió interactuar desde otro nivel y fue parte esencial de la apuesta metodológica. Creamos un espacio de armonía, confianza, imaginación, el pensarnos fuera del control racional y relacionarnos con mayor naturalidad, donde lo pre-verbal y no verbal afloraban sin mayor contención.

Reconocer otras formas del lenguaje y de interacción permite que el método investigativo, a través de la exploración artística, enriquezca la experiencia y el lugar que le otorgamos a sus vivencias, que en este caso estuvieron trazadas por el género, la calle y la familia, tres temas que no son ajenos a la cotidianidad y a sentirnos seres humanos. Por esto, nos habla desde lo sensible y lo real de sí mismas, mientras nos hace la invitación a teorizar y explorar sus universos.

El arte, su exploración y los talleres reflexivos son un alcance metodológico de esta investigación, al menos desde lo cualitativo. Es una forma que invita a investigadores que, como yo, desean explorar otros métodos para acercarse de manera más versátil a los temas que llaman nuestra atención. No sólo involucra hacerlo de forma novedosa sino que logra ser afín a cualquier tipo de población, especialmente a aquella que ha sido descrita desde el margen –Individuos que viven de formas inesperadas para el cotidiano- (Torres, 2006). Hacerles partícipes, escuchar sus voces y relatar desde ese lugar una teoría que se aproxima a sus formas de vida es parte de una investigación que se propuso hacer algo diferente y distinto.

Asumir esta metodología basada en talleres requiere hacerse cargo de las decepciones y triunfos del proceso de investigación social, que me haya atrevido a arriesgar proposiciones y preguntas que facilitan la construcción de conocimiento, y que no por ello, le tema a las contradicciones y los desajustes que surgieron en mi misma, en mi

vida y en mi relación junto a ellas. Es por esta iniciativa que puedo presentar este texto y asumir las paradojas que conlleve y que me invitan a dialogar con otros investigadores y saberes.

Hilando entre nuestras narraciones, exploraciones artísticas y mis cuestionamientos expongo experiencias de familia y género en tres categorías teóricas: 1) procesos de conformación familiar y formas familiares desde/en calle, 2) socialización de género en familia y en calle, y 3) espacios de socialización, entre la casa, la calle y la institución. En este apartado concluyo algunas aproximaciones que presenté en el documento, aclaro mis principales hallazgos y aportes al mundo investigativo y teórico, en temas de familia y género relacionados con la experiencia de mujeres jóvenes que han vivido en calle. Dejo en claro que no se universaliza su experiencia como verdad última e inamovible, sino que está sujeta a las interpretaciones que hice como participante reflexiva.

Antes de pronunciarme sobre los hallazgos, hay que aclarar los aportes del estado del arte a esta investigación. Primero, reconocer que la familia sigue ocupando el lugar de la culpa y que su desintegración “facilita” la existencia de la habitabilidad en calle, sobretodo cargándole este peso a la figura materna. Anteriormente, se reconocía que su aparición se relacionaba con dificultades comportamentales, trastornos del Yo o problemas relacionales en el hogar. Sin embargo, a este punto social e histórico, no pueden corroborarse como causales, y si, se atañe cierta responsabilidad a factores estructurales, como la pobreza y la desigualdad social. Seguir idealizando las estructuras familiares invalida su singularidad.

Segundo, que siga promoviendo un reconocimiento estatal que deslegitime los prejuicios, las representaciones e imaginarios sociales, y en cambio, asegure los derechos de los individuos que deciden habitar calle. En línea con esto, reconocer las motivaciones personales para sentirse a gusto en el espacio público, y sobre todo la permanencia de mujeres. Disminuir la noción de que este espacio es masculino, por tanto sectario con las mujeres y las orientaciones diversas, ya que pensarlo de este modo, potencia y justifica el uso de las distintas formas de violencia contra unos cuerpos más que otros.

Tercero, entender que son escasos los aportes teóricos que existen sobre la presencia de mujeres en calle, a veces ajustados a los de los hombres sin darles singularidad, en

otros casos argumentando desde la diferencia sin realmente definirlos u otros, invisibilizando su existencia anidándolos a temáticas como el trabajo sexual o la prostitución. Lo cierto es que no nos podemos quedar argumentando que hay menor presencia y que con ello, se justifique que no haya aproximaciones teóricas e investigaciones.

Creo que la tarea está en darle un lugar a esas investigaciones que buscan ampliar la conciencia y que son reflexivas sobre el asunto. Existen algunas, pero aún son pocas o todavía no adquieren el peso necesario para romper con imaginarios sociales o lo cotidiano de los medios de comunicación. Por otro lado, la realidad de las mujeres que viven en calle no debe ser deducida a través de las vivencias de los hombres, el binarismo de lo público y privado, y que figuren de forma independiente. Esta más que ser una investigación que ahonda sobre las percepciones, las diferencias y las convergencias entre ambos géneros, prioriza la visión de las mujeres, por tanto, tiene un corte feminista.

Entre los aportes más significativos, que se halla en el análisis de la primera categoría, está la familia y el reconocer el movimiento en sus formas, interacciones y estructuras. Le apuesto más a una indefinición, que a una definición de lo que es y no es, para darme cuenta que persisten interacciones que están mediadas por la fuerza del vínculo que provee una identidad y estructura del Yo o del sí mismo, un refugio que provee soporte emocional y afectivo. Ninguna, de las mujeres con las que hablé, inclusive yo misma, nos pensamos como sujetos sin familia. Todas tenemos un referente que varía por la presencia física y/o mental de sus integrantes, que va más allá de la convivencia, sin demeritarla, e incluye otras formas de ejercer los distintos roles, especialmente la maternidad.

En la misma línea, se constata que permanece la intención de conformar familia en la mayoría, sean mujeres que quieren encargarse de sus hijos o hijas, convivir con su pareja, mantenerse al tanto de sus progenitores, encontrar a sus hermanos, construir un proyecto familiar con alguien fuera o dentro de la ciudad, ya sea desde el espacio individual, la calle o la casa, e incluso podrían pensarse algunas formas dentro de la institución. Esta intención puede darse o no, y en esa medida, lo que afirmo, es que se sustenta en cuatro factores que influyen a nivel individual: 1) proceso de individuación, 2) proyecto de vida, 3) atribución a las relaciones y 4) determinantes

psicológicos. Dada la presencia de estos elementos, suponer que cualquier hombre o cualquier mujer desea constituir familia, representa una posición reduccionista, que limita su individualidad y su toma de decisiones. Especialmente, teniendo en cuenta que se ha atribuido como un imperativo asociado a la mujer y a lo femenino (Fernández, 1993; Rebolledo, 1998) o se espera que adopte un rol similar (Gutiérrez de Pineda, 1975).

Aunque también se demuestra que desde la calle no descuidan su vieja “especialidad”: la familia, los afectos y la racionalización de las emociones, ideales que permanecen socialmente en la psiquis de algunas mujeres y hombres, y particularmente, en la de los hombres habitantes de calle. Esto será evidente en su imagen-feminidad, sus trabajos de subsistencia, los roles que asumen, los espacios que comparten de familia y las violencias a las que son sometidas, pues en la calle son avaladas las prácticas violentas. A pesar de esto, ellas representan un espacio de lucha y reivindicación de la condición femenina.

En el proceso de socialización de género en familia o en calle (segunda categoría) es difícil de determinar la causalidad de las variables que influyen sus *modus vivendi*. Sin embargo, de sus narraciones y exploraciones artísticas no se pueden descartar los significados que tienen ambos entornos en sus formas de actuar o de pensar la vida.

Tanto en familia como en calle, y en esto será repetitiva como las investigaciones del estado del arte, parece haber un predominio del uso de la violencia. En familia fue más clara su relación con la violencia física y psicológica ejercida por la figura materna o femenina encargada de la crianza (hubo casos donde se hizo referencia a figuras adoptivas o tías maternas). Esto lo puedo asociar en dos sentidos: con una figura paterna que es generalmente abandonada o que ejerce su rol desde lo ocasional, y dos, la carga que representa para la mujer moderna lidiar con todas sus responsabilidades. En cualquiera de los casos, podemos remitirnos al pensamiento patriarcal y los mandamientos de la familia tradicional, donde el cuidado y el afecto son delegados a la mujer y la autoridad, al hombre. El maltrato infantil, usualmente avalado como método de corrección -antes de los derechos de los niños y niñas-, es un mecanismo que se utiliza en caso de dificultades de autoridad. Por tanto, se remite a él, cuando se presentan conflictos que no logran solucionarse a través de acuerdos, negociaciones y comunicación. Dado que la figura paterna es lejana, la madre o figura femenina es quien ejerce la autoridad y reprende con violencia. En cuanto a la violencia psicológica, que

normalmente adquiere rasgos más sutiles, identifique narraciones donde constantemente se les compara, se les juzga y se generaliza su comportamiento, siendo situaciones más hirientes que el propio maltrato físico.

Mientras que, en calle, se evidencia violencia patrimonial, sexual y física, sobre todo contra los cuerpos de las mujeres, que suele ser ejercida por un hombre, y en menor medida, se da entre mujeres. En cuanto al abuso sexual lo relaciono con el pensamiento patriarcal y sus nociones de mujer, donde a raíz de su estadía en el ámbito público, su sexualidad es de este dominio (Rueda, 2007; Muñoz & Pachón, 1980; Rebolledo, 1998). Por otro lado, hallé una fuerte correlación entre violencia de género y tener pareja del sexo opuesto, sin descartar que esto se debe a sus imaginarios sobre el amor y el afecto (Fromm, 2017) y en ellos, vivir la relación como un mecanismo de poder (Jiménez, 2007).

Si, como lo han enmarcado distintas investigaciones, el maltrato y la violencia son agentes expulsores del hogar ¿por qué habitar calle (si en esta también permanece una interacción violenta)? Queda como una inquietud abierta a la interpretación de quien me lea.

Lagarde (2001) y Fernández (1993) problematizan las distintas representaciones en que se ha planteado a la mujer, y pese a ello, en los análisis corroboro la vigencia que tienen los mismos entre nosotras, algunos con mayor incidencia que otros. Por ejemplo, alimentar la idea de que eres un buen partido si conoces de labores domésticas, la necesidad constante de buscar refugio en una pareja –que puede incrementarse con la suerte de indefensión que hay ante la violencia física y sexual de vivir en calle-, asumir el maternar como una obligación femenina y como resultado, culpabilizarme constantemente cuando no lo cumplo. Frente al abandono de los hijos y la infidelidad, reconocer que “culturalmente” se le permite más al hombre que a la mujer, por tanto son actos más reprochables en ellas. Todas percibidas como permanencias de una ideología tradicional.

Mientras que se identifican algunas desavenencias contra este orden como el paternar y el maternar como una elección, pese a que las alternativas para controlar la natalidad son mínimas, mantener lazos con su familia de origen, alternar relaciones afectivas, adaptar el vestir y el actuar a formas tendientes a lo masculino. Sin embargo, el espacio

calle como agente socializador de las mujeres, implica que se adapten a las labores del medio, donde el trabajo sexual, el reciclaje y el robo son las opciones más prácticas, donde se les obliga a enfrentarse de manera más violenta para el resguardo de lo propio y donde su cuerpo de mujer les implica estar a la defensiva o “pararse duro”.

En cuanto a las orientaciones diversas, puesto que en nuestro compartir existían mujeres heterosexuales, lesbianas, bisexuales y en tránsito de género, se halla que durante la socialización familiar no es muy bien acogida la diferencia, incluso se constituye un factor que potencia la violencia psicológica, llevándolas a alejarse de sus familias de origen. Por demás, en la calle el tránsito de distintos cuerpos es más visible y aceptado, las formas de vestir, de cuidarse y las interacciones son diversas, a pesar de que existan algunas reglas implícitas de territorio.

Es la socialización de género en familia y en calle, el proceso que orienta la formación de la identidad y la performatividad de género, así que los cambios en su imagen, el uso de un vocabulario peculiar, la forma como se relacionan y en sí, todas sus elecciones de vida se constituyen en los resultados de este.

Entender las variaciones que hay entre casa, calle e institución fue el objetivo de la tercera categoría de análisis. Primero entender que existe la segregación espacial, luego admitir que los espacios que transitas tienen en cuenta género, raza, edad, clase social -entre otras variables-, y que ordinariamente se ha pensado que la casa es el espacio de referencia más importante para las mujeres (Rebolledo, 1998). Las asociaciones entre hogar-femenino, hogar-mujer, hogar-mujer-doméstico-femenino son tan fuertes que son difíciles de llegar a transformar, al menos en su totalidad; la casa sigue siendo pensada como nuestro “lugar”. Sin embargo, este fue un significado que ellas no quisieron adoptar y en contravía a lo que pensaba, existió mucha reticencia para identificarlo como propio. Así que esto, en vez de identificarlas empieza a transformar el mandato cultural y social, donde la calle y lo público también es nuestro. Desde ese lugar, pongo en evidencia a autoras como Bernal (2012), quien propone una serie de espacios que alteran el sentido original de casa y reivindican los aportes de las mujeres al mismo. Son áreas que han existido históricamente, que no han sido reconocidas y legitiman la diversidad de pensamiento y acción entre nosotras, pese a la obligación del modelo donde se vincula casa-hogar-femenino.

Las diferencias entre lo público y privado alimentan el binarismo masculino-femenino, donde la socialización del hombre desde su infancia involucra salir a la calle, tener libertad y recorrer otros espacios, mientras que la de la mujer es realizada dentro del hogar, por otras mujeres, e involucra la enseñanza de labores domésticas o femeninas. Dentro de esta misma realidad, las mujeres que salen a calle habitualmente son desprestigiadas, señaladas, tanto por hombres como por mujeres.

Tanto para las mujeres que participaron en las sesiones y, en general, para la mayoría de mujeres, transitar por los distintos espacios se convierte en un logro, un resultado de nuestra resistencia y persistencia. Sin embargo, para que puede mantenerse parece que debemos mostrarnos más fuertes, “menos vulnerables”, valientes y determinadas, por tanto asumirnos mujeres en el espacio público nos sigue pasando cuenta cobro.

En la experiencia de las mujeres, la calle y la olla son entornos llenos de contradicciones, donde se haya violencia-compañerismo, maltrato-hermandad, consumo- libertad de elección, odio-amor al prójimo, soledad-familia, donde es difícil determinar lo que es y no es, y en cambio, se reconoce su complejidad. Ahora, la institución también funciona como un permanente en la dinámica de calle, donde también se construyen significados, se haya comunidad y se permite ser. El IDIPRON representa esto para las mujeres, una fuente de tejido social y de apoyo que valida que ellas permanezcan en el espacio calle, permite reconocerlas. Allí se encuentran con otras mujeres que conocen de la experiencia y fortalecen relaciones con el equipo profesional, en los cuales depositan su confianza, reciben atención y se retroalimentan entre una y otra interacción. Finalmente, es este espacio el que permite que se construya este recorrido, que pueda registrar sus experiencias y darles un lugar en la ciudad y en el espacio público.

Es al IDIPRON a quien le debo una retroalimentación sobre lo expuesto en este documento, como parte de los acuerdos previstos entre investigadora e institución. Allí transmitiré mis reflexiones y aportes que puedan ser tomados para fortalecer la intervención.

Esta investigación constituye un aporte a la línea de investigación de *Familia y Procesos Sociales*, dado que adquiere un lugar tras el reconocimiento del dinamismo del concepto y su influencia sobre el de vivir y el transitar calle. Pasa por diversos hallazgos donde se delibera la experiencia de mujeres jóvenes que han vivido en calle, que tienen y

construyen familia, que asumen un género y que reconocen los entornos que influyen su experiencia, mientras que sus historias son narradas a través de mi voz, que soy mujer joven, con familia, de género femenino, donde nuestra única discrepancia es que transito la calle y ellas la viven. Aporta al entendimiento de las nuevas dinámicas y procesos al que está sujeto el ser humano.

Como propósito personal, me planteó lograr la publicación de los hallazgos de la investigación para contribuir al reconocimiento de la complejidad de las vivencias de las mujeres que han vivido en calle, ya sea por medio de artículo científico, capítulo de libro, ponencia, o incluso extender la investigación hacia un proceso de doctorado.

- *Sobre el proceso personal aquí si cabe todo lo personal*

En este apartado, quise hacer una reflexión muy especial sobre el proceso que viví entre narraciones, diarios de campo y exploraciones artísticas. Yo tengo –y todas tenemos- una carga implícita, explícita, comprobada, teorizada y practica en asumirnos mujeres. Lo irónico, que algunos y algunas, nos quejemos de la existencia del feminismo, cuando cada vez es más evidente la desigualdad que existe entre géneros. Yo provengo de un hogar de jefatura femenina, soy la menor de dos hermanos, y mis progenitores fueron pujantes, pues son oriundos de dos pueblos muy pequeños en Colombia, vinieron a estudiar y trabajar en Bogotá. A causa de muchos de sus sacrificios y retos, soy una hija de la clase media, logré terminar mi bachillerato y mi carrera profesional en psicología – en entidades privadas-, nada me faltó ni me sobró, tuve acceso a servicios de salud, recreación y bienestar, que permiten que mi historia de vida sea más “fácil” que muchas otras –las redes que me dan soporte apoyan este devenir-. Sin embargo, el confrontar estas realidades con otras que versan entre lo distinto, provoca la reflexión constante y variable de mí misma, y estas inician en el ser mujer, que es claramente más difícil si no naces como hija de la clase media.

Como investigadora me enfrenté a tropiezos que marcaban las diferencias entre ellas y yo, pese a que mi postura epistemológica y yo pretendía conectarse en un nivel personal, siempre hubo resistencia de ambas partes. Luche en mis textos, transcripciones, talleres y diálogos para entender finalmente que el lugar que debía ocupar era ese y no me hacía menos capaz de sentir, pensar y analizar con ellas. Finalmente construí un texto desde mi visión y tras ello, solo quedó mi voz y el reflejo de

ese compartir que, a pesar de todo, logró un acercamiento muy distinto al quehacer profesional y el discurso del deber ser. Este camino se hizo más fácil a través del círculo de palabra y la exploración artística. Ellas no entendían quién era o cuál era mi objetivo final, y la pregunta y el hacer arte construyó la respuesta.

Me decían “profe” porque así suelen decirle a cualquier figura de autoridad y eso era para ellas. En ocasiones desprestigiaban mi apariencia y en otras me defendían –como aquella vez que escondieron mi celular o cogieron la grabadora a hablarle como quien está confesando a alguien- y hacían comentarios lindos, sensatos y sueltos como mejor saben comunicarse.

Verlas, sentirlas y escucharlas, algunas desde el relato de la diferencia, de la rabia, de la angustia y de la sororidad, solo pueden hacerme dar cuenta de lo difícil que es asumirse mujer y enfrentarse socialmente a los ideales que nos han sido impuestos y que hemos aceptado –rastros de la historia, donde también pensamos que era nuestra función-. En algunos de los apartados de mi diario escribía que “somos lo que no se puede ser” y haber vivido en la calle, es el grito más fuerte que podemos hacer en contra del orden social. Así, que su cuerpo no debería estar sujeto a la disposición pública, su cuerpo debería ser escuchado y atendido como el de cualquier hombre, su cuerpo merece y su cuerpo es valiente. En la exploración de la Figura 4-16 confrontaba las formas de sus cuerpos.

Figura 4-17. Sobre mi cuerpo y algunas preguntas que me hice.



Me siento culpable cuando percibo la diferencia, cuando digo que esa no soy yo o ellas me lo dicen a mí, porque, desde ese lugar, pierdo humanidad, capacidad de empatía y apertura para escucharnos. A través de la Figura 4-17, exploré desde la cooperación. Tengo muchos prejuicios y contradicciones para verme en sus ojos. Estoy repleta de nociones sobre la maternidad, la crianza, la familia, el trabajo, las amistades, los lugares públicos, los hombres, y también, soy increíblemente femenina, pinto, tejo, uso faldas, trenzo mi pelo, soy madre.

Figura 4-18. Cuando releí mis diarios y quise concluir.



Hacer esta investigación, y, en general, las desavenencias que encuentro en el orden, hacen que mi consciencia sea más compleja respecto a todos los temas. El objetivo siempre será la reflexividad misma, que nutre y reconoce las diferentes formas en que se puede vivir, y con ello, saber que paso a paso vamos construyendo decisiones.

4.2 Recomendaciones

Mi invitación seguirá siendo que la persona que desee acercarse a reconocerlas, se atreva a ver más allá y a desmontar sus propios prejuicios para que no entorpezca la riqueza de este mundo. Por mi parte, no descarto que algunos preceptos sigan habitando en mí y cuestionarlos seguirá siendo parte de mis objetivos. Sin demeritar que ahora me reconozco más sensible y reflexiva, y eso hacía parte de este proceso.

Con respecto al método, entiendo que el arte respeta y entiende las subjetividades desde cualquier visión, cada uno desde su interpretación le otorga un sentido a la realidad completamente válido. Este vaivén me permite construir nuevos lenguajes y reconocer el universo en que algunas mujeres jóvenes viven en familia y en calle. Por esto, lo último que quise presentar es mi fascinación por el arte, como método, si, pero como encarna nuestra voz interior, siempre habrá algo que decir cuando desees verlo y cuando no, también. Dana, mientras tejíamos en la sesión 3, hablaba sobre el consumo y argumentaba que:

“Uno primero tiene que alejarse espiritualmente para dejar todo. Porque si uno no limpia la cabeza, no limpia nada” - Dana

“¿Esto limpia?” – me refería al tejido

“Pues claro.”- responde

“¿O sea que en vez de consumir bazuco? Podrías quedarte haciendo esto... tejiendo...” - pregunté

“Yo podría trabajar haciendo esto.” – afirmó

(Dana, sesión 3, 20 de Octubre, 2016)

Creo que finalmente la apuesta está en probarse a sí mismo, romper esquemas de pensamiento, pensar en formas distintas de reconocer la realidad y no ajustarse a lo programado. En consecuencia, se confronta, se nutre y se valida la investigación, y con ella, nuestro quehacer.

A. ANEXO: Diario de campo. Sesión 0: Volver a la unidad



Fecha: 26 de Septiembre de 2016

Hora: 3:00pm

Había pasado un buen tiempo sin verlas, sin recordarlas, sin saber de sus vidas. Las sensaciones que sentí fueron como la vez primera. Observé, miré, recordé la forma de sus cuerpos, sus historias e incluso empecé a ver rostros que ya conocía y con los que había trabajado. Unas con más huellas, más historias –porque las calles se les nota- y otras con rostros de niñas, con ilusiones de ver edades más jóvenes pero en este lugar.

Ese primer día sólo pasamos a saludarlas, a invitarlas a los talleres y era un lunes porque con mucho entusiasmo trabajan haciendo un tejido, cada una tenía un cuadrado que se convertiría en colcha y se subastaría en internet. Es una iniciativa de la revista VICE que hacen durante todo el día. Las vi entusiasmadas, concentradas, tranquilas, motivadas, que a veces nos cuesta tanto, y pensaba que lindo verlas así y no dormidas, no angustiadas por drogarse, por llenar vacíos. No sé si sean los míos, no quiero juzgar.

Ese día Carolina me presentó a una de sus favoritas: Paola, se quieren y se respetan. Sabina, de otro lado, estaba muy feliz, quería compartir con ellas, las abrazo, se presentó y yo no esperaba menos. Verlas, entenderlas, comprenderlas, comprendernos es un asunto de mujeres, de ser iguales. Hubo un momento que me incomodó porque les ofrecía sus cigarrillos. Yo le dije que no lo hiciera, que no sabía si estaba permitido y aunque lo esté, no creo que esté bien ofertar vicio para calmar las ansiedades. Puede usarse otro mecanismo. A veces también creemos que darles todo por todo está bien, ofrecerles y llevarles, y tal vez de eso no aprenden.

Ese día estuvo bien, yo permanecí medianamente alejada, observando y recordando cosas. Algo me resonó, me quedó sonando, me dejó pensando de lo que dijo Carolina y es que a veces destapamos historias y eso las rebota tanto que deciden salir a la calle. Me contó que eso le pasó con una niña que estaba reconstruyendo la historia de un aborto y es cierto, yo pienso que la droga se usa para huir de realidades que nos cuesta asimilar. En eso están muchas con historias muy duras y complicadas. No quiero que solo sea investigar, abrir con sevicia y obtener mis resultados, me gustaría motivar un cambio desde el darse cuenta de lo que sucede.

B. ANEXO: Sobre la violencia en nuestros cuerpos

Mi vida, como un islote de arena, ha sido tomada por un hombre, por un monstruo.

Él ha querido mi cuerpo bajo su control.

De modo que si así lo desea, puede hurtar mis vestidos
y tomar la belleza desnuda en su puño.

De modo que si lo desea puede arrancar mis ojos
de modo que sí lo desea puede arrancar mis pies
si lo desea puede sin ningún remordimiento usar en mi su látigo.

Si lo desea puede arrancar mis manos y sus dedos.

Si lo desea puede rociar con sal la herida abierta,
puede echar pimienta negra en mis ojos.

De modo que si lo desea puede abrirme el muslo con su daga,
de modo que si lo desea puede atarme y ahorcarme.

Él ha querido mi corazón bajo su control

para que yo lo amase:

De noche en la casa solitaria,

insomne, llena de ansiedad, abrazando la reja de la ventana lo esperase sollozando

para que bañada en lágrimas, hornease pan casero,

para que bebiera, como si fuera ambrosía,

los sucios líquidos de su cuerpo poligámico.

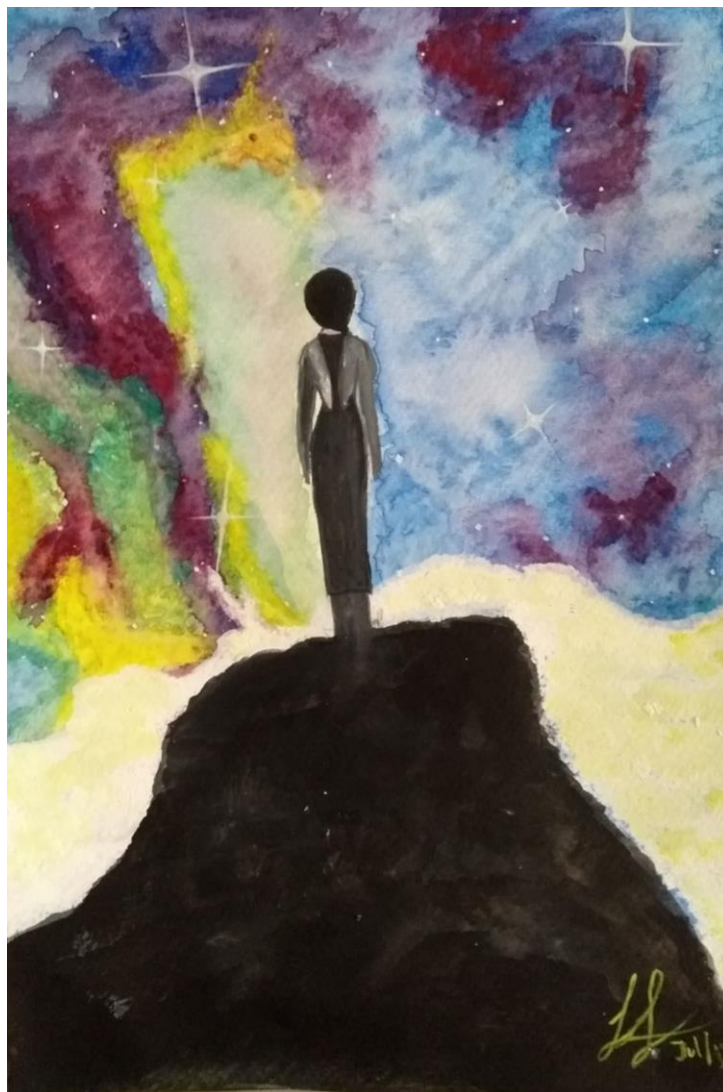
Para que amándolo, me derritiera como cera, sin poner mis ojos en ningún otro hombre
diera prueba de castidad toda mi vida

para que amándolo

alguna noche de luna, en un paroxismo de éxtasis,
me suicidase.

Talisma Nasrín, citada en Florence Thomas, Conversaciones con Violeta.

C. ANEXO: Cuando salí a caminar en la noche



D. ANEXO: ¿Por qué le doy miedo a esa chica que anda sola por la calle?

Os voy a contar una cosa que me pasa con mucha frecuencia. Voy por la calle de noche, yo solo, y a lo lejos veo una chica que también camina sola. Vamos por la calle vacía los dos, cada uno con sus cosas en la cabeza, no se ve ni un alma, solo el asfalto largo de la avenida alumbrado por las farolas amarillas, y son todos bares cerrados, persianas, ventanas apagadas en los bloques de vivienda. Resulta que suelo caminar muy rápido. Siempre que no estoy dando un paseo ocioso y voluntario, pienso que ojalá hubieran inventando el teletransporte.

Clap, clap, clap.

A ese ritmo, con mi prisa por llegar a casa de una santa vez, la chica oye mis pasos. Estoy suficientemente cerca – pero lejos aún- para el clap, clap, clap que hace eco en las paredes de ladrillo, y ella se vuelve sin dejar de caminar, y de pronto vista al frente. A mí no me ha dado tiempo a verle la cara –estamos demasiado lejos para eso- y ella no ha podido verme la cara a mí. Se ha vuelto el tiempo justo, creo, para advertir que soy hombre.

A partir de este momento, noto que la chica tiene miedo. No sé bien cómo lo noto: igual es que acelera el paso, o que empieza a caminar de otra manera, o que en esa fracción de segundo me ha confundido con alguien con aspecto amenazante – juro que soy un piltrafa-, pero lo noto: me teme. Quizá simplemente lo sé y esto me hace sentir incomodo. Muy, muy, muy incomodo.

El miedo de esta chica no es miedo a mí, sino a cualquier hombre. Piensa que la estoy persiguiendo, pero no se me ocurre una forma de sacarla del error.

¿Qué hacer? Sé que el miedo de esta chica no es miedo a mí, sino a nosotros, a cualquier hombre, y sé que piensa que la estoy persiguiendo pero no se me ocurre una forma de sacarla del error. Sé que en su cabeza chilla una alarma y me pregunto cuántas veces le ocurrirá algo parecido. Una adolescente publicaba ayer en twitter una foto de una calle vacía, luz amarilla de farolas y la pregunta “A que vosotras me entendéis?”

Pues yo también te entiendo. Te entiendo desde atrás y no sé cómo demonios demostrarte que no soy de esos.

Cuando me siento como una amenaza ambulante, me puede la impotencia. A esta chica que prácticamente corre delante me gustaría decirle en el tono de voz más desenfadado: ¡Eh tranquila, que solo voy a mi casa!, pero me da miedo que no me entienda bien y oiga: ¡Eh, putilla, que te voy a llevar a mi casa! O algo por el estilo.

Para una chica asustada, solo oír “¡eh!” de una voz de un hombre puede ser taquicárdico. Empiezo a aflojar el paso. Si ella sigue ese ritmo, pronto la habré perdido de vista. Pero no, ¡no hay manera sigue ahí! ¡Vaya coreografía! Durante unos metros más espero, a ver si gira por cualquier bocacalle, pero no lo hace: sigue recto por la avenida larga, por el mismo que tengo que recorrer yo para llegar a mi casa. ¡En buena hora!

Os diré lo que hago (muy urgente) finalmente: Acelero el paso, cruzo la acera de enfrente y sigo caminando a toda prisa. Cuando paso a su altura, saco el móvil del bolsillo y finjo que la voy mirando como si tuviera algo urgente en mis manos. Ya veis qué tontera, pero tengo comprobado que eso resulta tranquilizador. Y ya, cuando la he dejado atrás, no sé cómo, noto que se tranquiliza. Lo juro! Será que la oigo caminar de otra manera, como aliviada y vuelvo a tener ganas de decirle algo y girarme con mi expresión más simpática: “¿Ves? ¡Si no pasa nada!”. Pero si dijera eso, mentiría. Claro que pasa.

Pasa que muchas chicas tienen miedo cuando se cruzan con un hombre en una calle solitaria y pasa que tienen miedo porque saben que una de cada veinte mujeres españolas ha sufrido abusos alguna vez en su vida.

De esto, no suelen hablar cuando hay un hombre en la sala, pero entre ellas vaya que si se comenta. Así que si pasa.

Pasa que hay mucho garulo, mucho subnormal y mucho bestia suelto y otro día la chica, además de oír mis pasos, oye que le silban. Como para no andar precavida y sé que muchos hombres no oís das cuenta de este miedo que provocamos a las chicas por la calle. Uno va con la conciencia tranquila, no faltaba más. Uno en los tiempos de ligue, no podía quitarse de encima la timidez, jamás encontraba el atrevimiento. Pero hay que ponerse en la piel de esta chica que va triscando por la calle como si huyera del demonio.

Siento haberte asustado.

Escrito y publicado el 11 de Diciembre 2016. Blog de Ecofeminismo.

Autor: Juan Soto Ivars.

Bibliografía

- Academia Americana de Pediatría (1968). *Simposio para la prevención y tratamiento Médico-social de la Inadaptación Social del menor*. Academia Americana de Pediatría. Bogotá.
- Aguilar, L.E, & Fregoso, G. (2013). La lectura de la polifonía e intertextualidad en el texto científico. *Revista mexicana de investigación educativa*, 18(57), 413-435.
Recuperado en 12 de febrero de 2019, de
http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1405-66662013000200005&lng=es&tlng=es.
- Aguilera, B., Bastida, A., Cascón, P., Vásquez, A., González, M., Grasa, R., Ibáñez, V., Iglesias, C., Jares, X., López, J., Martínez, M. & Poleo, A. (1995). *La alternativa del juego II: Juegos y dinámicas de educación para la paz*. Madrid: Los libros de la catarata.
- Alean, V.R. & Medina, A. (2012). Voces, mujeres y calles (*Tesis de pregrado*). Corporación Universitaria Minuto de Dios - UNIMINUTO, Bogotá.
- Baeza, S. (2005). Familia y género: las transformaciones en la familia y la trama invisible del género. *Praxis Educativa*, 9.
- Ballesteros, G. (1968). Psicopatología del gamín bogotano. *Revista Colombiana de Psicología*, 149-160.
- Barreto, J. & Puyana, Y. (1996). *Sentí que se me desprendía el alma: Análisis de procesos y prácticas de socialización*. Bogotá: Instituto de Estudios para el desarrollo y la paz – INDEPAZ.
- Becerra, A. (2010). *Tacones, siliconas, hormonas. Teoría feminista y experiencias trans en Bogotá* (Tesis doctoral). Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, Colombia.
- Beck-Gernsheim, E. (2003). *La reinención de la familia: en busca de nuevas formas de convivencia*. España: Grupo Planeta.
- Berger, P. & Luckman, T. (1979). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.

- Bernal, M. S. (2012). *Vivienda y mujeres: herencias, autonomías, ámbitos y alternativas espaciales*. Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Artes.
- Bixler, R. (1965). Aculturación de niños desadaptados de la clase media mediante los cuidados de un instituto. *Revista Colombiana de Psicología*, 59-66.
- Boehm, C. (22 de Abril de 2016). Censo en São Paulo revela a inmigrantes en situación de calle, *Agência Brasil*. Recuperado de <http://agenciabrasil.ebc.com.br/es/dereitos-humanos/noticia/2016-04/censo-en-sao-paulo-revela-inmigrantes-en-situacion-de-calle>
- Borges, C. & Magalhães, A. (2013). Individualism, life trajectories and plans of constituting a family. *Estudos de Psicologia Campinas*, 30(2), 177-185.
- Bourdieu, P. (1997). El espíritu de familia. *Razones prácticas: Sobre la teoría de la acción*. Barcelona, Anagrama.
- Butler, J. (2004). *Deshacer el género*. Barcelona: Paidós.
- Cáceres, J. y Santamaría, L. (2018). La arteterapia como camino de transformación espiritual. *Trabajo Social 20 (1)*: 133-161. Bogotá: Departamento de Trabajo Social, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.
- Cámara de comercio. (1997). *Habitantes de la calle: Un estudio de El Cartucho en Santa Fe de Bogotá*. Colombia: Cámara de comercio de Bogotá - Departamento de publicaciones.
- Castillo, E. (2003). Lo científico de la investigación cualitativa: viejos dilemas, nuevas posturas. *Revista Nómadas*, 18, 46-53.
- Centro de Estudios de Opinión. (2009). Realización del Censo de habitantes de calle y en calle de la ciudad de Medellín y sus corregimientos. *Alcaldía de Medellín y Universidad de Antioquia*.
- Chilhope. (1990). *Hacia donde van las niñas y adolescentes víctimas de la pobreza*.
- Congreso de la República de Colombia. (2013). *Ley 1641 del 12 de Julio de 2013 por la cual se establecen los lineamientos para la formulación de la política pública social para habitantes de calle y se dictan otras disposiciones*. Bogotá D.C: Congreso de la República de Colombia.
- Cruz, E. (5 de Diciembre de 2015). Académicos estiman que caso de asesino en serie de Monserrate no es aislado, *RCN Radio*. Recuperado de <http://www.rcnradio.com/locales/academicos-estiman-caso-asesino-serie-monserrate-no-aislado/>

- DANE, Alcaldía de Santiago de Cali & Fundación FES Social. (2005). *Censo Sectorial de Habitantes De y En la Calle*, Santiago de Cali.
- DANE-IDIPRON. (1999). *Mujeres con hijos habitantes de calle: Estudio de caracterización*. Bogotá.
- DANE & Secretaria Distrital de Integración Social. (2018). *Censo de habitantes de la calle (7)*. Recuperado de <https://www.dane.gov.co/files/investigaciones/boletines/censo-habitantes-calle/caracterizacion-hab-calle-bogota-2017.pdf>
- Dufrenne, M. (1976). Pintar, siempre. *Revue d'Esthétique*, 7-24.
- Echeverri, L. (1985). *Antropología y familia*. Colombia: Ediciones Tercer Mundo.
- Fernández, A. (1993). *La mujer de la ilusión*. Argentina: Editorial Paidós SAICF.
- Flores, E. (2016). Nuevos modelos de familia y léxico español actual. *Facultad de Humanidades - Universidad Pablo de Olavide*.
- Fox, R. (1967). *Sistemas de parentesco y matrimonio*. España: Alianza Universidad.
- Fromm, E. (2017). *El arte de amar: Una investigación sobre la naturaleza del amor*. Colombia: Editorial Paidós.
- Galtung, J. (2004). Violencia, guerra y su impacto: Sobre los efectos visibles e invisibles de la violencia. Foro filosofía intercultural 5. Disponible en: <https://them.polylog.org/5/fgj-es.htm>
- Ganuzá, E., Olivari, L., Paño, P., Buitrago, L. & Lorenzana, C. (2010). *La democracia en acción: Una visión desde las metodologías participativas*. España: Antígona, procesos participativos.
- Gentile, M. F. (2008). "Ser niña o niño y 'estar' en la calle. Género y sociabilidad", en Julieta Pojomovsky (dir), *Cruzar la calle. TOMO 2: Vínculo con las instituciones y relaciones de género en niños, niñas y adolescentes en situación de calle*, Buenos Aires, Ed. Espacio. Pp- 153-174.
- Gergen, K. (1996). *Realidades y relaciones: aproximaciones a la construcción social*. Barcelona: Paidós.
- Ghiso, A. (1999). Acercamientos: el taller en procesos de investigación interactivos. *Estudios sobre las culturas contemporáneas*, 5 (9), 141-153.
- Gil, J. (2011). Pensamiento visual y pedagogía. *Errata# 4*, 130-147.
- Grajales, N. (2013). Las ciudadanas habitantes de calle: Mujeres en reconocimiento. *Secretaría Distrital de la Mujer*.
- Granados (1976). *Gamines*. Colombia: Editorial Temis.

- González, M., Blandón, D., Quiceno, J., Giraldo, A. & Forero, C. (2014). Habitar los puentes: vida y muerte, dos formas de comenzar algo. *Revista Facultad Nacional de Salud Pública*, 32 (2), 36-41.
- Gutiérrez, J. (1998). *Gamín: Mi vida con niños de la calle*. Bogotá: Spiridon.
- Gutiérrez, G. (2003). *El taller reflexivo*. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana, Centro de Familia.
- Gutiérrez, M.A. (2007). *Género, familias y trabajo: rupturas y continuidades. Desafíos para la investigación política*. Argentina: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Gutiérrez de Pineda, V. (1975). *Familia y cultura en Colombia. Tipología, funciones y dinámica de la familia. Manifestaciones múltiples a través del mosaico cultural y sus estructuras sociales*. Colombia: Instituto Colombiano de Cultura.
- Gutiérrez de Pineda, V., Perry, E., Vila, P., Echeverry, Y. & Arias, J. (1978). *El gamín: Su albergue social y su familia*. Colombia: UNICEF.
- Jenkins, M., Ruchrdanz, A., McCullough, A., Casillas, K. & Fluke, J. D. (2012). *Canines and childhood cancer. Examining the effects of therapy dogs with childhood cancer patients and their families: literature review*. United States: American Humane Association.
- Jiménez, B.I. (2007). "El poder y los conflictos en familias con adolescentes". Una propuesta para pensar las relaciones intergeneracionales. En Y. Puyana & M.H. Ramírez (Eds.) *Familias, cambios y estrategias*. (pp. 358-373). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Hernández, A. (2010). Vínculos, individuación y ecología humana. *Facultad de Psicología - Universidad Santo Tomás*.
- Hochschild, A. (2003). La mercantilización de la vida íntima: Apuntes de la casa y el trabajo. España: Katz editores.
- Hocoy, D. (2005). Art therapy and social action: a transpersonal framework. *Journal of the American Art therapy Association*, 22 (1), 7-16.
- IDIPRON. (2017). Plataforma estratégica (3). Recuperado de <http://www.idipron.gov.co/plataforma-estrat%C3%A9gica>
- IDIPRON. (2019). Manual operativo contexto pedagógico Internado (1). Recuperado de <http://intranet.idipron.gov.co/index.php#232-manuales>

- IDIPRON. (2019a). Manual operativo contexto pedagógico Externado (2). Recuperado de <http://intranet.idipron.gov.co/index.php#232-manuales>
- Lagarde, M. (2001). *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-UNAM.
- Lax, W. (1998). Narrativa, Construcción social y budismo. En M. Pakman (comp.): *Construcciones de la Experiencia Humana* (pp. 147-172) Barcelona: Ed Gedisa,
- Lerner, G. (1990). *La creación del patriarcado*. Barcelona: Crítica.
- Lévi-Strauss, C. (1956). La familia. En: Lévi-Strauss, C., Spiro, M.E. & Gough, K. *Polémica sobre el Origen y la Universalidad de la Familia*. Barcelona: Anagrama.
- Llera, E. & Guibert, W. (2000). Las terapias con recursos artísticos: su utilidad en la atención primaria de salud. *Revista Cubana Medicina General Integral*, 16 (3), 295-304.
- López-Montaño, L.M. (2004). *Tres décadas de desarrollo familiar en Colombia*. Colombia: Editorial Universidad de Caldas.
- López, Sánchez & Palacio. (2013). Vida familiar transnacional: nuevas lógicas para comprender la organización familiar. En Y. Puyana, A. Micolta & Palacio (Eds) *Familias colombianas y migración internacional: entre la distancia y la proximidad* (pp.135-205). Bogotá: Centro de Estudios Sociales - Universidad Nacional de Colombia.
- Losantos, M., Montoya, T., Exeni, S., Santa Cruz, M. & Loots, G. (2016). Aplicando la Epistemología Socioconstruccionista a la Investigación en Psicología. *International Journal of Collaborative Practice*, 6(1), 32-46.
- Martínez, N. (2006) Técnicas clásicas: Dibujo, pintura, escultura. En M. López & N. Martínez: *Arteterapia conocimiento interior a través de la expresión artística* (pp.125-154). Madrid: Ediciones Tutor.
- Milfont, T.L., Gouveia, V.V. & Costa, J. B. (2006). Determinantes Psicológicos da Intenção de Constituir Família. *Psicologia: Reflexão & Crítica*, 19(1), 25-33.
- Moncada, K. & Segura, L. (2015). *Uso de las expresiones artísticas como medio terapéutico en un grupo de personas habitantes de calle* (Tesis de pregrado). Universidad Nacional de Colombia, Bogotá-Colombia.
- Molinari, J.M. (2003). *Psicología clínica en la posmodernidad: Perspectivas desde el construccionismo social*. *PSYCHI*, 12 (1), 3-15.
- Morris, C. G., & Maisto, A. A. (2005). *Introducción a la Psicología*. Pearson Educación.

- Muñoz, C. & Pachón, X. (1980). *Gamines: Testimonios*. Colombia: Carlos Valencia Editores.
- Muñoz, C. & Pachón, X. (1995). Las niñas a principios del siglo: futuras esposas, religiosas o célibes caritativas. Bogotá 1900-1930. En M. Velásquez. (Ed.), *Las mujeres en la historia de Colombia* (pp. 424-453). Santafé de Bogotá: Consejería Presidencial para Política Social Norma.
- Nicoló, J. (2000). *El niño de la calle qué hacer: Musarañas II*. Colombia: Fundación Servicio Juvenil – UNICEF.
- Nicoló, J. (2000a). *Musarañas: Programa de intervención con niños de la calle*. Bogotá: Fundación Servicio Juvenil – UNICEF.
- Noreña, C., Muñoz, I. & Rodríguez, S. (2015). Indicadores antropométricos de la niñez en situación de calle en Medellín, Colombia. *Revista Facultad Nacional Salud Pública*, 33(1), 39-49.
- Nuñez, S. (s.f). *Población en situación de calle: Desafíos de los programas de inclusión social en Bucaramanga (2012-2014)*
- Ochoa, R. (2007). *“De ñeras, parceras y otras chicas”* (Tesis de pregrado). Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia
- Omenat, M. (2006). Arteterapia con mujeres que han sufrido violencia de género: Valor y uso del objeto artístico. En F. Coll Espinosa (Comp.) *Arteterapia, dinámicas entre creación y procesos terapéuticos* (pp. 225-263). España: Universidad de Murcia Servicio de publicaciones.
- Osho, (2009). *Mojud: El hombre de vida inexplicable*. España: Gaia Ediciones.
- Ospina, P. (1997). *Una mirada a las niñas en las instituciones de protección a la infancia*. Bogotá: Unicef y Fundación Antonio Restrepo Barco.
- Oyarzún, P. A. (2016). *Cáncer e individuación arteterapia, un camino para ir más allá del cuerpo* (Tesis de posgrado). Facultad de Artes - Universidad de Chile. Santiago de Chile, Chile.
- Pachón, X. (2007). “La familia en Colombia a lo largo del siglo XX”. En Y. Puyana & M.H. Ramírez (Eds.) *Familias, cambios y estrategias*. (pp. 146-159). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Pachón X. & Muñoz, C. (1991). *La niñez en el siglo XX*. Bogotá: Planeta Colombiana Editorial.

- Pachón X. & Muñoz, C. (1996). *La aventura infantil a mediados del siglo*. Bogotá: Planeta Colombiana Editorial.
- Pakman, M. (1994). Investigación e intervención en grupos familiares: Una perspectiva constructivista. En J.M. Delgado, J. Gutiérrez (coords.) *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales* (pp. 359-377). España: Editorial Síntesis.
- Pearce, W.B. (1998). Nuevos modelos y metáforas comunicacionales: el pasaje de la teoría a la praxis, del objetivismo al construccionismo social y de la representación a la reflexividad. En: Fried Schnitman, D. (ed.). *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad* (pp. 265-283). Buenos Aires: Paidós
- Preciado, B. (2008). Cartografías queer: El *flâneur* perverso, la lesbiana topofóbica y la puta multicartográfica, o como hacer una cartografía "zorra". *Parole de Queer*. Disponible en: <http://paroledequeer.blogspot.com.br/2014/12/beatriz-preciado-cartografias-queer.html>
- Puyana, Y. & Rojas, A. (2011). Afectos y emociones entre padres, madres e hijos en el vivir transnacional. *Trabajo Social* 13 (1): 95-110. Bogotá: Departamento de Trabajo Social, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.
- Puyana, Y. (2014) *El familismo: Algunas de sus fuentes y su articulación con la legislación colombiana*. Maestría en Trabajo social, familia y redes sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia.
- Quintero, L. (2008). La exclusión social de habitantes de calle en Bogotá. *Revista Colombiana de Bioética*, 3 (1), 101-144.
- Ramírez, M.H. (1987). Mujer y violencia. En F. Thomas, G. Dueñas, M. E Martínez, M.H Ramírez, Y. Puyana, J. Barreto, Y. López, M. León, M. Ordóñez. (Ed.), *Mujer, amor y violencia. Nuevas interpretaciones de antiguas realidades* (pp. 111-126). Colombia: Editores Tercer Mundo.
- Rebolledo, L. (1998). *Género y espacios de sociabilidad: el barrio, la calle, la casa--*. Programa Interdisciplinario de Estudios de Género, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile.
- Revista Semana. (20 Abril 2018). La historia del voto femenino, Publicaciones Semana SA. Recuperado de <https://www.semana.com/nacion/articulo/la-historia-del-voto-de-las-mujeres-en-colombia/590688>
- Reyes, E. (2012). *Memorias por correspondencia*. Barcelona: Libros del Asteroide.

- Ricardo, C., Correa, M., Velásquez, J.D, Álvarez, M., Franco, J. & Celis, M.A. (2011). *Características sociodemográficas y trastornos mentales en niños y adolescentes habitantes de la calle en un centro de atención social de Medellín, Colombia. Medicina UPB*, 30 (1), 21-29.
- Rodado, J. (2006). "Dibujar, construir habitar". En F. Coll Espinosa (Comp.) *Arteterapia, dinámicas entre creación y procesos terapéuticos* (pp. 277-302). España: Universidad de Murcia Servicio de publicaciones.
- Rodríguez, C. (2014). *Cuerpos femeninos callejeros: Hacia una construcción de política social con enfoque de género en Bogotá* (Tesis de posgrado). Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia.
- Rodríguez, D. (2016). *Hacer de mi familia un hogar*. Bogotá: Gente Nueva Editorial.
- Román, A. (2011). *Prácticas de crianza recibidas por jóvenes adultos habitantes de la calle en la ciudad de Bogotá* (Tesis posgrado). Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia.
- Rosa, P.C. (2013). ¿Cuántos son, quiénes son los habitantes de la calle? Acercamientos a las cifras, *Trabajo y sociedad*, 21, 563-577.
- Rosas, E.R. (2009). *El crisol de la pobreza: mujeres, subjetividades, emociones y redes sociales*. Tlaquepaque, Jalisco: ITESO.
- Rueda, B. (2007). *La educación de las jóvenes que viven en calle: Un aporte a la discusión sobre los objetivos y los métodos*. Guatemala: UNESCO - Centro Educativo solo para mujeres.
- Sabaté, A., Rodríguez, J. y Díaz, M.A. (1995). *Mujeres, espacio y sociedad: hacia una geografía del género*. España: Editorial Síntesis.
- Sandoval, J. (2010). Construcciónismo, conocimiento y realidad: Una lectura crítica desde la Psicología Social. *Revista del Magíster Análisis Sistemico Aplicado a la Sociedad*, 23, 31-37.
- Saucedo, I.A. & Taracena, B.E. (2011). Habitar la calle: pasos hacia una ciudadanía a partir del espacio. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 1 (9), 269 - 285.
- Secretaria Distrital de Integración Social. (2015). *Política Pública Distrital para el fenómeno de habitabilidad de calle 2015-2025*. Secretaria Distrital de Integración Social, Alcaldía Mayor de Bogotá.

- Seon, K., Hyung, K. & Youn K. (2009). A computer system for art therapy assessment of elements in structured mandala. *The Arts in Psychotherapy*, 19-28.
- Sluzki, C.E. (1996). *La red social: Frontera de la práctica sistémica*. España: Editorial Gedisa.
- The Economist. (19 April 2018). *End of history and the last woman*, The Economist Group Limited. Available in <https://www.economist.com/blogs/dailychart/2011/08/populations>
- Torres, A. (2006). Por una investigación desde el margen. En A. Jiménez & A. Torres (comp.): *Las prácticas investigativas en ciencias sociales*. Colombia: Departamento de Ciencias Sociales - Universidad Pedagógica Nacional.
- Valencia, J., Sánchez, J., Montoya, L., Giraldo, A. & Forero, C. (2014). Ser niño en situación de calle: Un riesgo permanente. *Revista Facultad Nacional Salud Pública*, 32 (2), 85-91.
- Vásquez, M. E. (1998). Diario de una militancia. *Las violencias: Inclusión creciente*, 266-285
- Wilber, K. (1981). *Un Dios sociable*. Barcelona: Kairós.
- Zapata, B. (2004). Narrativas y construcción de identidades: Una aproximación desde el construccionismo social. *Facultad de Ciencias Humanas – Universidad Nacional de Colombia*.
- Zapata, J. (2006). Propuesta de taller reflexivo para el sistema tutorial en la UPB. *Revista de la Facultad de Trabajo Social UPB*, 22 (22), 88-105.